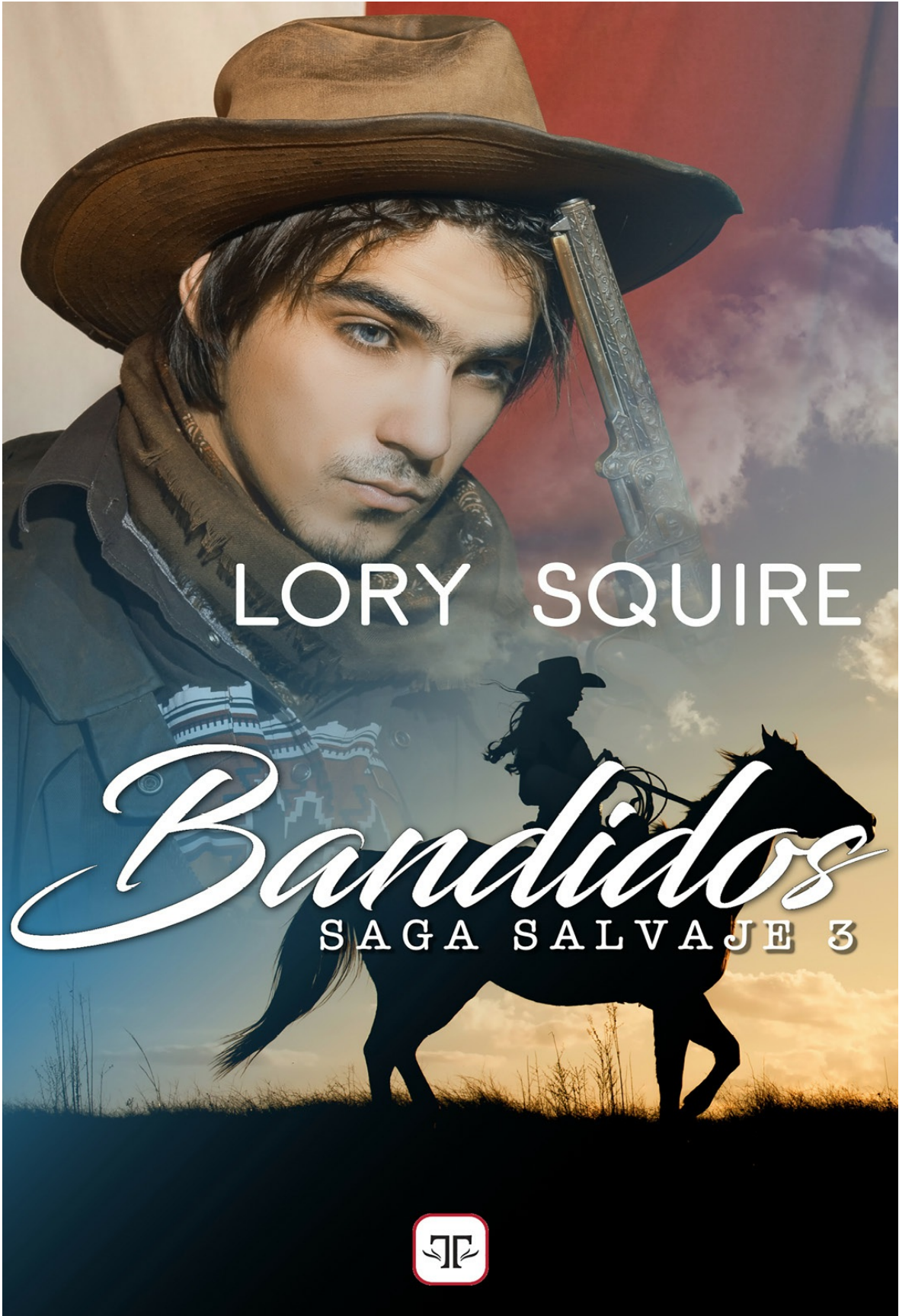


A close-up portrait of a man with dark hair and a goatee, wearing a brown cowboy hat and a dark jacket. A silver revolver is balanced on his forehead. The background is a soft-focus landscape with a sunset sky. In the lower half, there is a silhouette of a cowboy on a horse against a bright sunset.

LORY SQUIRE

Bandidos
SAGA SALVAJE 3





LORY SQUIRE

Bandidos

SAGA SALVAJE 3



Bandidos

(Saga salvaje 3)

Lory Squire



BANDIDOS

Lory Squire

**«Tres almas perdidas que comienzan a encontrar su camino.
El amor y la tenacidad guiarán sus pasos.»**

ACERCA DE LA OBRA

«Como bien dicen, las malas hierbas no crecen solas; necesitan la compañía de otras para emponzoñar el suelo que colonizan porque eso les hace sentirse más fuertes.»

Y aunque quizá las malas hierbas no lo sean tanto, así como tampoco las flores más hermosas están exentas de peligro alguno, sí es cierto que nunca aparecen solas... En el final de esta saga, sus protagonistas, Edlyn, Nate y Nobah, encontrarán lo que tanto ansiaban... Incluso aunque tengan que dejar atrás todo cuanto han sido y enfrentarse a sus más temidos adversarios.

Como en todas las guerras, no puede haber vencedores sin vencidos. O quizá no se trate de una derrota, sino de una puerta abierta hacia un nuevo futuro, lleno de distintas posibilidades.

Pero ¿para quién de los tres?

ACERCA DE LA AUTORA

Lory Squire es el seudónimo que utiliza Lorena Escudero para la serie de libros Bay Town, novelas románticas independientes ambientadas en un rincón del norte de Yorkshire, en Reino Unido.

La autora nació en Redován, Alicante, en 1979. Estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Alicante y también cursó estudios en la Universidad de West Sussex, Inglaterra, y en la Universidad de Leipzig, Alemania. Se licenció en 2002 y a partir de entonces ha trabajado como traductora autónoma, principalmente en el ámbito jurídico. Sin embargo, no fue hasta el 2014 que decidió al fin emprender el camino de la narrativa, y desde entonces no ha cesado de publicar libros.

En estos momentos se dedica por completo a la maternidad y a la literatura.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Introducción

1. Bandidos
2. La bruja malvada
3. El convoy
4. La granja
5. Ojo por ojo, diente por diente
6. Despedidas
7. Quien posee el poder
8. Quizá encuentres más de las que seas capaz de soportar
9. El águila
10. Una verdadera *quahadi*
11. El retorno
12. Una promesa
13. El beso
14. El pasado retorna
15. Corazón dividido
16. Una agradable sorpresa
17. A por ella
18. Los problemas nunca llegan solos
19. Reunidos en el infierno
20. Hacia un nuevo futuro
21. Los tres mosqueteros
22. Tregua sí, tregua no
23. No era una mujer cualquiera
24. Gran espíritu, no nos abandones
25. Una familia
26. Esos cobardes encapuchados
27. La semilla de la felicidad

Epílogo
Créditos

*Dedicado a todas esas mujeres valientes que,
no creyendo ser fuertes, han superado
los más duros obstáculos a lo largo de su vida.*

Introducción

*E*l hombre tuerto llegó al poblado a lomos de un caballo extenuado. El pobre animal avanzaba con torpeza, una pata temblorosa detrás de otra, resoplando sin cesar.

Quienes le observaban pasar se apartaban por puro instinto, pues su aspecto desaliñado, la barba de varias semanas y el olor a mugre que desprendía y que el viento arrastraba hasta sus orificios nasales no presagiaban nada bueno.

Acechaba a los lugareños con su único ojo bueno —el inservible oculto bajo el ala del sombrero—, mientras avanzaba a paso lento a lo largo de la polvorienta calle flanqueada por destartaladas casas.

Al llegar al *saloon*, desmontó, dejó a la maltrecha bestia amarrada junto al abrevadero y se dio la vuelta para dirigirse al lugar en donde a buen seguro ahogaría sus penas. Un ruido sordo le hizo darse la vuelta antes de subir la escalinata: la pobre yegua había caído desfallecida al suelo.

Se encogió de hombros y continuó su camino. Allí adentro conseguiría unos dólares jugando al póquer, y si haciendo trampas no obtenía buen lucro, siempre quedaba la opción de arrebatarse las cosas a la fuerza. Las cantinas eran una fuente infalible de riqueza.

Cuando hubo llenado de nuevo la saca —a costa de los infames pueblerinos— y saciado su sed y hambre, pidió una habitación en el cochambroso hotel. A peores cosas estaba acostumbrado. Allí se lavó, se afeitó la barba y mandó limpiar sus ropas. Pasó esa única noche en una cómoda y mullida cama. Las pulgas nunca le habían molestado.

A la mañana siguiente, ya repuesto del largo viaje y habiendo recuperado las fuerzas, sació sus ansias con una mujer algo madura y, puede que por ello, habituada al ímpetu de los hombres rudos, pues no se quejó en ningún momento de los golpes que le prodigaba. Una vez satisfecho, arrojó una moneda a la cama con un gesto de desidia, como si le estuviera haciendo un gran favor.

Más no valía esa vieja mujer.

Después desayunó, se hizo con un caballo algo más joven y lozano merced de un trato más que ventajoso y continuó con su camino.

Varios ojos temerosos, ocultos tras sus ventanas, le taladraron la espalda. A Parker le encantaba causar esa sensación: adoraba provocar el terror en esas inmundas ratas. Lo único bueno que le había traído el carecer de un ojo era que ya no tenía que esforzarse por provocar el pavor en sus congéneres.

Sonrió.

Ya quedaba muy poco para su destino: su hermano estaba muy cerca.

Capítulo 1

Bandidos

Las semanas transcurrían con suma lentitud para quienes recorrían las llanuras a pleno sol. Habían logrado establecer una rutina con la que se sentían cómodos: Nate daba las órdenes durante las reuniones, Edlyn hacía lo que se le antojaba en cuanto este se marchaba, sin rendir cuentas a nadie, y Frank... Frank no tenía más remedio que perseguir a la joven so pena de morir de un ataque de nervios. Prefería maldecir en voz baja, calmarse después y continuar detrás de ella como un perrito faldero.

Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer? Alguno de los dos debía ser el maduro, o eso se decía él.

Para la muchacha, aquello parecía un juego.

—Bueno, ¡los bandidos vuelven al ataque! —le gustaba afirmar cada vez que emprendían de nuevo el tortuoso camino.

Porque tortuoso, lo era. Y bastante. Ella lo encontraba divertido, pero el *cowboy*, que había vivido antes mil aventuras y siempre a su libre albedrío, se ponía de los nervios cada vez que se encontraban dando vueltas sin cesar porque ella se empeñara en que se les habían escapado pistas. O que había encontrado nuevas huellas. O que ese excremento de coyote no estaba antes ahí, y eso quería decir que había gente cerca. Los coyotes acechaban, en muchas ocasiones, a las personas en busca de comida... Y ella se empeñaba en que había que seguir ese y otros muchos rastros.

No podían haber peinado mejor aquellos condados, y sin embargo, nunca hallaban rastro de los malditos comanches, y por tanto volvían una y otra vez a Mineral Wells enfurruñados y hartos el uno del otro.

Ver a Nathaniel era un soplo de aire fresco para ambos.

Los encuentros entre los dos enamorados eran tranquilos, sosegados, casi como un bálsamo. La primera vez que volvieron a verse fue como si se reconocieran de nuevo, un regreso a aquellos días repletos de emociones en que estaban conociéndose. La sonrisa asomó a los labios del muchacho y a los ojos de ella. No hubo grandes florituras ni excesivas muestras de cariño; con un simple y tímido abrazo, prodigado tras una breve caricia, el chico le transmitió a Edlyn todo lo que ella necesitaba saber: consuelo, respeto, cariño.

Ella suspiraba y se apretaba contra él, aspirando el aroma a cuero y pólvora, y con ese simple gesto Nate sabía que su amor era correspondido, que ella, poco a poco, estaba derribando las barreras que había erigido a su alrededor.

Tras un tímido primer encuentro, el resto prosiguió de la misma manera. Los tres amigos se sentaban junto a la hoguera y contaban las nuevas, que no eran demasiadas en el caso de los fugitivos. Nathaniel omitía las ocasiones en que se había enfrentado a forajidos, así como tampoco relataba las heridas que había sufrido durante las escaramuzas en las que solía verse inmerso.

No eran visibles a menos que mostrara su cuerpo desnudo, y lo creía muy poco probable.

No se alejaban de su escondite, pues la zona se había convertido en un lugar de paso para nuevos colonos, y la mayoría de esas personas darían cualquier cosa por una recompensa, por mísera que fuera.

Edlyn y Frank siempre contaban lo mismo: no, no habían seguido las instrucciones del *ranger*. Habían decidido otear la zona norte... O más bien, Edlyn decidía por los dos, y el otro se veía obligado a cuidar de ella como si de una oveja descarriada se tratara. Recorrían las planicies eternas y volvían de nuevo con los brazos vacíos y cabizbajos hacia el punto de encuentro establecido. Por norma general, según contaban, tan solo se cruzaban, muy de vez en cuando, con *cowboys* que dirigían al ganado hacia terrenos más frondosos, pero no eran raras las ocasiones en que se topaban con los restos de una hoguera y las huellas de varios caballos, y entonces decidían desviar su ruta con el fin de no cruzarse con posibles desperados. Si pescaban a alguien que hubiera robado ganado o caballos, Frank estaba seguro de que no saldrían vivos.

Con el paso del tiempo, y tras varias semanas a la intemperie, Edlyn comenzó a aburrirse. Estaba hasta las enaguas —de las que carecía— de tener que hacerlo todo bajo el techo de las estrellas y la atenta mirada de su guardián... Tanto si debía hacer los asuntos de los que las señoritas no hablan, como si debía bañarse en agua fría como el hielo; se sentía harta. Aunque no era la muchacha fina y delicada de antaño —a decir verdad, no es que nunca lo fuera demasiado—, durante el tiempo que había pasado en el *saloon* se había acostumbrado a cierta rutina en la que debía de agasajarse a sí misma, ya fuera de un modo menos distinguido, y echaba de menos un buen baño. No había podido disfrutar de ninguno desde que partieran, pues solo habían aceptado recibir la hospitalidad de una familia cuyo rancho tuvieron la suerte de cruzar un día de tormenta. La comida caliente que les sirvieron no solo llenó los estómagos de los invitados a la mesa, sino también el pecho de Edlyn de añoranza. Las peleas de los niños, la regañina de la estricta madre, el cariño de un padre bondadoso... Cosas de las que disfrutó, y cosas de las que no. Cosas que ya nunca más experimentaría.

Al escampar, la pareja de supuestos *cowboys* marchó agradecida y triste al mismo tiempo; sabían que tal hospitalidad no les estaría reservada más que una vez en la vida... Los granjeros eran gente desconfiada, y no era de extrañar. La mayoría de *cowboys* solitarios que atravesaban las llanuras no eran de fiar.

En tales asuntos estaba pensando la muchacha mientras intentaba lavarse la mugre en el lecho de un río cuando sintió una suave caricia recorriendo su pierna bajo el agua.

—¡Estoy harta! ¡Harta de todo! ¡Necesito una cama! ¡Y un cepillo! ¡Y agua caliente! —chilló como loca tras salir disparada del agua—. ¡No soporto a esas malditas serpientes, ni a los bichos, ni a los coyotes! No sé qué harás tú, pero yo me quedo en el próximo poblacho que encontremos por el camino —sentenció mientras terminaba de colocarse la ropa.

Frank volvió a recostarse tras el susto que le había provocado tal escándalo y se ocultó la cara con el sombrero, emulando la misma postura en la que estaba justo antes de que la chica le sobresaltase. Estaba cansado de repetir que las aldeas eran muy peligrosas, que sus *saloons* estaban repletos de desperados y que tenía miedo de que descubrieran que el chico no era más que una atractiva muchacha. Quién sabe lo que podía ocurrir, además, si hasta ellos hubiera llegado algún aviso de busca y captura de ambos.

Llevaba días escuchando las mismas quejas de la chica por lo bajo y estaba esperando de un momento a otro el instante en que explotara. Todavía debía acostumbrarse a aquello. Puede que les quedara demasiado.

Aún así... Fue incapaz de callarse.

—Hablas como una nenaza —se escuchó su voz bajo el sombrero—. Cualquiera hombre de verdad lo habría expresado de otro modo, no como una niña llorona.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo demonios habría hablado «un hombre de verdad»?

—Estoy hasta las pelotas...

La risa de Edlyn se contagió a los labios del *cowboy*, que no terminó la frase.

—¡No sé si podré hacerlo algún día! Estoy hasta las pelotas... —repitió intentando emitir una voz gutural, sin lograrlo.

—Pues entonces calla. Mejor callar que parecer una damisela en apuros... Igual te confunden con algo que no eres.

La joven se quedó mirándole, pensativa. No estaba segura de a qué se había referido el *cowboy*... Pero le dio igual. Se intentó escurrir el agua del cabello, que ya le llegaba a la altura de los hombros, y permaneció sentada un rato al sol, sobre la suave roca a la orilla del río, para disfrutar del paisaje mientras se le secaba. Era tan bonito, rezumaba tanta paz... Fingió disfrutarlo mientras se reconcomía las entrañas, enfadada con ella misma y con el mundo entero. Se le daba muy mal pensar. Siempre que lo hacía, alguien acababa mal.

Por otro lado, Frank se hallaba siempre inquieto. Mientras ella aparentaba ser el colmo de la tranquilidad —aunque tan solo lo aparentaba, pues intentaba en todo momento calmar los demonios que pugnaban por salir a la superficie—, el hombre no cesaba de maquinarse. Había cedido al deseo de la muchacha de dirigirse hacia el suroeste en esta ocasión, y llevaban mucho tiempo dando vueltas sin llegar a ninguna parte, simplemente oteando el terreno y cabalgando con cautela. ¡Siempre con temores! De no ser porque se había hecho cargo de la chica, él mismo se marcharía en busca de los asesinos de su familia, pero ella... Le daba demasiado miedo tener que enfrentarla a tiroteo alguno. Era solo una muchacha ingenua que creía ser más capaz de lo que realmente era.

Y por su parte, Edlyn estaba ya harta de tanto prado, monte y tierra seca. Parecía que nunca fueran a encontrar indicios de esos indios. ¡No lo soportaba! Pensaba que iba a vivir mil aventuras, que la vida de un *cowboy* iba a ser de lo más interesante, pero lo único que había descubierto hasta ese momento era que le gustaba llevar pantalones. ¡Qué comodidad, Dios bendito! ¿Para qué servían, en realidad, tanta enagua y tanto corsé y tanto miriñaque y tanta ropa interior absurda? ¡Era de lo más impráctico! Los hombres tenían todas las ventajas del mundo, hasta podían hacer sus necesidades sin tener que quitarse la ropa, mientras que ellas no bebían agua en todo el día con tal de no manchar tan engorrosos ropajes.

Nunca más se pondría un maldito vestido. O sí. El día en que encontrara al maldito asesino de su familia, se lo pondría y haría que la mirara fijamente mientras una mujer blanca acababa con su vida. Y después, solo después, volvería a disfrutar de verse hermosa y exuberante con un llamativo vestido.

Fue justo entonces, en el momento en que ambos se estaban tomando su tiempo de descanso y reflexión, cuando escucharon un disparo.

Edlyn se levantó sobresaltada y comenzó a observar a su alrededor. Frank se colocó apresurado el sombrero en su lugar y echó mano directamente al revólver.

—¡Ed! —intentó susurrar no demasiado alto—. ¡Ed, ponte a cubierto!

¿A cubierto? ¿Qué demonios era eso de cubierto? Le miró ceñuda y corrió hacia su caballo.

—¡Que te escondas, demonios! —gritó el otro más fuerte—. ¡Deja a Liberty y escóndete detrás de un arbusto!

Él ya había hecho lo propio, pero la chica no estaba dispuesta a abandonar a su caballo así como así, después de lo que habían pasado los dos juntos y por separado. Tiró del animal y lo escondió detrás de un gran arbusto, aunque tampoco es que sirviera demasiado. Después, se colocó a su lado y comenzó a susurrarle para que se tranquilizara.

Al cabo de unos segundos se escuchó otro disparo.

Se colocó a toda prisa el cinto con los revólveres, no sin comprobar antes que estuvieran cargados: no se iba a quedar escondida esperando que, quien quiera que fuese, les pillara de improviso y acabaran todos con un disparo en la sien. Y lo que era más, Liberty no había recorrido tan largo camino de vuelta a casa en vano, y no pensaba permitir que muriera de un disparo en semejante situación mientras ella se escondía como una cobarde. Jamás le abandonaría.

Por puro instinto, salió agazapada de su escondrijo y corrió veloz como una liebre hacia donde provenían los disparos.

—¡Maldita cabezota! —escuchó despotricar a Frank tras ella.

Después le escuchó mascullar algo más, pero el sonido no llegó a sus oídos con la suficiente nitidez. Sencillamente, se dejó guiar por su intuición y siguió avanzando. Después de todo, esta había sido la que en tantas ocasiones la había salvado antes...

Aunque también la había metido en muchos líos.

Habían accedido al río a través de un terreno algo escarpado, sorteando montículos rocosos en donde crecían salvajes arbustos. Continuó su camino hasta acercarse a las risas que adivinó a escuchar: varios hombres gritaban, y entre ellos le pareció oír el llanto de un niño. Si no andaba con cuidado, la aniquilarían.

Pues bien, quizá hubiera llegado la hora de practicar el tiro.

Se recostó y continuó arrastrando el cuerpo, tratando de esconderse entre la maleza para no ser descubierta al tiempo que rezaba por que ningún animal venenoso se cruzara en su camino. Asomó la cabeza por entre las ramas justo cuando una ronda de carcajadas explotó frente a ella, cuesta abajo.

Había dos hombres. No podía ver con claridad qué es lo que hacían, pero estaban sentados sobre unas piedras. Supuso que estarían comiendo, en apariencia de lo más tranquilos. Los gritos no procedían de esos dos, pues parecían ajenos al tumulto.

Despacio, intentando no hacer ruido alguno, la muchacha se desplazó un poco más a la derecha, de donde parecían provenir los gritos. La curiosidad pudo más que el temor a ser descubierta, y terminó por sacar toda la cabeza del arbusto para saciarla.

Lo único que pudo ver fue a otro hombre, que se ensañaba de forma vil con otra persona.

Cuando el *cowboy* se giró, Edlyn vio con claridad que se trataba de una mujer india con un pequeñín en brazos. En ese momento no pudo evitar sentir un vuelco en el corazón, pues recordó con añoranza lo que era sentir al travieso de su hermanito Charlie intentando escabullirse de su férreo agarre. No obstante, volvió a endurecer el gesto con rapidez: los de ahí abajo no eran personas, eran de los otros.

La india emitía unos fieros gruñidos, al tiempo que su retoño lloraba sin cesar. El tipo, alentado por los vítores y risas que los otros dos andrajosos emitían de vez en cuando, tiró a su presa de un empujón al suelo y la arrastró de los pelos hasta su caballo. La mujer protegía con todo su cuerpo al pequeño, que se aferraba a ella y ocultaba la cara en el cuello de su madre para evitar sufrir daño.

El malhechor sacó una cuerda de la alforja, sin soltar el cabello de la chica, y la anudó en torno a su cuello para después asírsela al sillín, sobre el que se montó para comenzar a trotar mientras

gritaba:

—¡Arre! ¡Arre! ¡Ahora te vas a enterar de lo que es bueno, pequeña zorra! ¡Aprenderás a obedecer a tu amo!

Los esfuerzos de la chica por soltarse la cuerda con una mano mientras todavía asía al niño con la otra fueron en vano. De un fuerte tirón, la sogla al fin se tensó y la arrastró por encima de las piedras, golpeándola en la cabeza y en el cuerpo sin cesar. La mujer soltó al niño como acto reflejo, a buen seguro para evitar que él también fuera golpeado. Se quedó solo, sobre la tierra, llorando desconsolado. No debía tener más de dos años.

En ningún momento dejó de forcejear, por mucho que le dolieran los golpes: tiraba de la sogla entre alaridos de dolor, se aferraba a ella para intentar controlar los golpes, pataleaba para levantarse. Pero el jinete espoleó al caballo para que corriera más rápido, y la indígena ya no pudo más que intentar por todos los medios no ahogarse.

Dieron dos vueltas en torno al escarpado monte y volvieron al punto de inicio. Justo ahí, cuando parecía que el cuerpo de la chica estaba inerte, el semental se detuvo y el hombre se apeó y se paró frente a ella.

—¿Has tenido ya suficiente, india asquerosa? ¿O quieres ver cómo te matamos a ti y a tu hijo?

Y dicho esto, le propinó una buena patada en las costillas para comprobar que la chica respondía. Ella seguía allí, tumbada, y Edlyn no podía ver con claridad si estaba viva, muerta o malherida. Con un movimiento rápido, la mano de la mujer pareció cobrar repentina vida y cogió un pedrusco, que arrojó con la poca fuerza que tenía contra la cabeza de su asaltante. Se escuchó un impacto, y el hombre cayó hacia atrás atontado. La mujer intentó entonces escapar con torpeza hacia donde el niño continuaba sentado mientras el agresor se tocaba la sien. Cuando contempló su mano impregnada de sangre, se levantó a toda prisa insultándola en voz alta y utilizando palabras que Edlyn, ni aun habiendo trabajado en el *saloon*, había oído jamás.

Antes de que alcanzara al niño, el tipo desató la cuerda y tiró de ella para que no huyera, acercándola entre pataletas hasta que pudo sentarse a horcajadas encima de ella.

Desde su escondite, Edlyn tuvo un muy mal presentimiento. Algo en su estómago se contrajo. Otro maldito bastardo, otro sucio y asqueroso forajido violentando a una mujer, y justo enfrente de su hijo pequeño. Las imágenes de aquella fatídica noche retornaron a su mente, llenándola de angustia.

Pero la mujer era india.

¿Se lo merecía? Seguro que sí. Debía merecerse todo aquello, estaba convencida de que esa mujer habría participado en todas las cosas horribles que su gente cometía, y si ahora se estaba llevando una buena tunda, era su culpa.

Se lo merecía. Se lo merecía, se lo merecía...

Agachó la cabeza y apretó los ojos con fuerza para no ver lo que ocurría. Cuando volvió a abrirlos y descubrió que la mujer ya no llevaba ropa y todo a su alrededor estaba lleno de sangre, se llevó la mano al revólver.

—Ni se te ocurra —susurró una voz tras ella mientras le sujetaba con fuerza la mano.

Frank se había acercado con tanto sigilo que no había podido escucharle. O quizá no se había percatado de su presencia porque estaba demasiado absorbida por la escena que tenía frente a sí.

Tras el susto inicial y una vez que el *cowboy* se colocó junto a ella, se preguntó a sí misma qué era lo que había estado a punto de hacer. No podía creerlo.

Y sin embargo, cuando volvió a atisbar lo que estaba ocurriendo allá abajo...

Los vítores de los otros dos desalmados no habían cesado, al contrario, se habían incrementado

y ya no estaban sentados tan tranquilos, sino que reían sin cesar. El atacante mantenía a la mujer debajo de él, pero la poca ropa que llevaba encima había sido desgarrada y yacía ahora rota alrededor de la joven, que seguía gritando y forcejeando sin cesar, luchando como una tigresa hasta que le quedaran fuerzas en el cuerpo.

—¡Cochina india! ¡Sucio animal! —gritaba a todo pulmón mientras la golpeaba—. Despidete del mundo, ¡este va a ser el último día que tú y tu pequeño gusano lo veáis!

La giró, agarró la cuerda que tenía al lado y se la pasó por la garganta. Tirando de ella hacia arriba. Con una sola mano continuó tirando de la cuerda mientras con la otra sacó su navaja y comenzó a clavársela una y otra vez en el abdomen.

Edlyn perdió la capacidad de razonar. Con la respiración entrecortada, se irguió sin temor a ser descubierta y, aunque Frank intentara tirar de ella para que volviera a agazaparse en el suelo, su determinación no varió: desenfundó el revólver, apuntó a la espalda del asesino, y disparó.

Capítulo 2

La bruja malvada

*E*l hombre cayó fulminado.

El certero disparo atravesó su espalda y fue a parar al corazón, donde quedó incrustada la bala. La víctima, otrora verdugo, cayó sobre el cuerpo de la mujer india que había cosido a cuchilladas. Su sangre se mezcló con la de ella, con la del animal al que tanto había despreciado.

Edlyn inspiró con todas sus fuerzas, congelada. El tiempo se había detenido en ese instante, y observó anonadada cómo el cuerpo del bandolero temblaba mientras la vida se le escapaba.

Un par de disparos cruzados, que sonaron demasiado cerca, la sacaron de su estupor. Frank había descargado contra uno de los hombres, que se había levantado con rapidez e intentado disparar, aunque sin suerte. El otro salió despavorido hacia su caballo mientras ella todavía observaba, pero recordó las palabras que había escuchado comentar antes a su compañero... Si dejas a alguien con vida, puede que sea él quien te mate a ti después.

Así que disparó de nuevo.

—¡Para, Ed! —gritó Frank mientras agachaba la mano que asía el revólver.

No se había percatado, pero había disparado varias veces, no sabía cuántas...

—No malgastes la maldita munición —gruñó, para después bajar de una carrera hacia donde se encontraban las víctimas.

Sin embargo, Edlyn no le prestó atención. Giró la cabeza en la dirección en la que se encontraba el niño, y continuó observando cómo lloraba sin cesar. El crío se levantó y se acercó hacia donde yacía el cuerpo de su madre, pero solo pudo tomarle la mano, pues estaba totalmente cubierto por el cuerpo de su asesino. Balbuceó y lloró, sin consuelo, hasta que Frank terminó de comprobar que los otros dos hombres estaban muertos y llegó junto a ellos.

Ni siquiera prestó atención al niño. Quitó de encima el cuerpo inerte del hombre, y una vez estuvo boca arriba, le dio un par de patadas. Nada, ningún movimiento. Después, dirigió su atención a la mujer. Se agachó y le movió la cara. Le levantó la mano y la dejó caer al suelo. Nada.

Fue entonces cuando se decidió a levantar la mirada hacia el pequeño nativo.

Edlyn tembló casi imperceptiblemente.

Frank volvió a agachar la cabeza y la meneó, angustiado.

—Mierda —susurró, mientras colocaba la mano sobre el revólver.

Entonces la chica se apresuró a tomarle del brazo, como impulsada por un resorte invisible.

—¡Déjale! ¡Déjale! —gritó desesperada, empujándole hacia atrás y colocándose delante del chiquillo para impedir que quedara expuesto al *cowboy*—. Lo siento... Pero, ¿qué demonios crees que vas a hacer con él?

Ella calló y le observó de cerca. Estaba asustado y les miraba sin saber qué hacer, llorando todavía más fuerte porque le habían alejado de su madre de nuevo. Balbuceaba sin cesar, y aunque

en un principio Edlyn solo vio a un mocoso sucio y harapiento, y seguía considerando a los de su calaña como animales, su corazón se enterneció.

Quizá ese niño era como Nate, hijo de aquella india y un blanco que, además, la maltrataba... Quizá ese niño era otra víctima más, como tantos otros niños.

—¿Tendrías la sangre fría de matarle? —preguntó a Frank mientras aún le daba la espalda.

Se hizo un silencio.

—No podemos cuidarle. No tenemos hogar, ni tenemos dinero, ni comida para un niño. ¿Qué haríamos con él, si no? Hay que aprender a mirar hacia otro lado si quieres sobrevivir. Tienes que pensar qué es lo mejor para él, y desde luego, lo mejor no es que se lo coman los buitres después de dejarle morir de hambre y sed.

Edlyn apartó la mirada del niño, pues los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

Ella ya sabía todo eso. Lo sabía, y lo compartía... Pero era incapaz de dejar que nadie matara a un niño tan pequeño. Y no comprendía cómo Frank tenía el corazón tan endurecido.

—Ed, escucha... Es mejor que se vaya junto a su madre. Créeme.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Cómo puedes ser tan cruel! —le respondió ella dándose la vuelta para mirarle a la cara.

—¡Porque no lo pienso, maldita sea! ¿Cómo crees que he podido salir adelante todos estos años? ¡No pensando! Déjale que descanse en paz y marchémonos de aquí ya mismo. No sentirá dolor, es lo mejor. Créeme.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras, Edlyn se volvió de nuevo hacia el chico, que la miró y dejó de llorar.

—Tata... tata... —gimió.

Ella se arrojó al suelo, frente al crío, y suspiró.

—Pues entonces hasta aquí llega nuestro tiempo juntos, Frank. Vete. Toma tu camino y olvídate de que existimos.

El otro soltó una carcajada escéptica.

—¿Qué crees que vas a hacer tú sola con él? ¿Cómo vas a cuidarle, o a alimentarle? ¡Si ni siquiera sabes cuidar de ti misma!

Entonces ella se giró, furiosa.

—¡Sé cuidar muy bien de mí misma, maldita sea! Soy perfectamente capaz de protegerme a mí y a quien me rodea —sentenció, levantándose y desenfundando su Colt. Apuntó a Frank, que la miraba estupefacto, amartilló, y sentenció: —O estás con nosotros, o coges ahora mismo tu caballo y te marchas.

Él apretó la mandíbula y frunció el ceño, para después mirar hacia abajo y pasarse las manos, desesperado, por su desgredado cabello.

—No serás capaz de hacerlo —le gruñó.

—Pruébame —le contestó ella con firmeza. La mano no le temblaba lo más mínimo.

Frank dio una patada en el suelo y rezongó, al tiempo que giraba mirando hacia el cielo. Después, se volvió de nuevo hacia ella con los ojos entrecerrados.

Esa maldita cría iba a terminar con él, pero ella ganaba de nuevo.

—Podemos llevarle a la granja de Consuelo, pero nos va a matar a los tres.

No sabían cómo llamar al niño, así que Edlyn decidió que sería mejor dirigirse a él como «renacuajo», para no encariñarse demasiado con él. Cada vez que le miraba, pensaba que ojalá

los indios se apiadasen de su hermano igual que ella lo había hecho con uno de ellos. Pensaba que, si le dejaba solo y desamparado, quizá le pasara lo mismo a Charlie. Era un cierto *quid pro quo*.

Aunque Nate era mestizo, y le había odiado durante bastante tiempo por ello, en el fondo sabía que había intentado perdonarle con todas sus fuerzas desde hacía mucho. E incluso era posible que no lo hubiera hecho del todo, pero sí comprendía, al fin, cómo una persona podía perder la cabeza al atestiguar la muerte de un ser querido. Ella también la había perdido, y eso que siempre había pensado que ni siquiera les quería y que nunca actuaría de tal modo.

Uno nunca sabe cómo va a reaccionar hasta que no se enfrenta a la situación por sí mismo.

Puede que la suya no fuera la mejor madre, ni que tuviera los mejores hermanos, pero eran los suyos. Y nadie tocaba lo suyo. Ahora lo comprendía.

Observó al pequeño, que dormía tranquilo acurrucado junto a ella. Debía ser comanche, o quizá apache, pero no sabía si pertenecería a la misma tribu que los guerreros que atacaron su hogar. Al principio había evitado toda suerte de contacto, aunque pronto Frank le recordó que la idea de traerlo había sido suya, y que por tanto el crío era su responsabilidad hasta que le encontraran un hogar.

Así que tuvo que aguantarse y llevar ella al niño e intentar calmarle cuando lloraba. También tuvo que darle de comer, arroparle, cantarle nanas... Era horroroso, porque además, y aunque no lo reconociera, el mocoso le daba miedo. ¿Y si le daba por morderle o querer comérsela? No sabía de qué le estarían alimentando esas bestias. A lo mejor le daban la sangre de sus víctimas blancas, o igual en las noches de luna llena se convertía en demonio y la devoraba viva. Quién lo sabía.

Pero poco a poco, con el paso de los días y observando que, a pesar de que le costaba comer, sí que actuaba con normalidad, al igual que ellos, ese miedo fue desapareciendo. Y es que además el niño se aferraba a ella como si fuera lo único que tuviera en ese mundo. Y quizá lo fuera.

De camino a la pequeña granja de Consuelo, Edlyn y el niño fueron creando y estrechando lazos, y el «renacuajo» pasó a ser, sin que ella siquiera lo apercibiera, «pequeñajo» o incluso «mocoso», los mismos epítetos que utilizaba para su hermano Charlie. No entendía nada de lo que el niño balbuceaba, solía llorar por las noches gritando *pia* —que ella supuso que sería su madre—, pero sí sabía que a ella la llamaba algo así como *pachi* o *patsi*¹.

Cuatro días de viaje les separaban de su destino, ya que este estaba en dirección totalmente opuesta a la que habían tomado en un inicio. Se encontraba al suroeste de Fort Worth, en una zona mucho más tranquila desde que la frontera se fuera extendiendo en dirección oeste. Aún así, el hambre era bastante común, y la gente que trabajaba los campos y no disponía de ganado tenía que arreglárselas comiendo carne los días de fiesta, a lo sumo.

Conforme se acercaban, Frank le ordenó a Edlyn que fuera a la retaguardia. Si Consuelo no conocía a los visitantes disparaba contra ellos sin dudarlos, así que debía ser él quien cabalgara en primer lugar y a paso lo más lento posible para ser reconocido. Toda precaución era poca.

En su fuero interno, la chica tuvo que reconocer que sintió algo de miedo. Llevaba al niño consigo, y no sabía si sería capaz de evitar un balazo contra el pobrecito. No sabía en qué momento había ocurrido, pero había tomado cariño la pequeñín, y comenzó a cuidarle no solo porque deseaba que los otros hicieran lo mismo con su hermano, sino también porque sintió que el niño era igual a ella: se había quedado solo en el mundo, sin nadie que le protegiera o a quien querer.

Así que, al divisar aquella granja, le aferró con fuerza contra sí y aflojó el paso.

—¡Quédate pegada a mí, no queremos que vea al niño! —gruñó Frank al no escuchar al caballo junto a él.

Ella le tapó un poco con el abrigo que le había dado Nate y que le quedaba demasiado grande, y espoleó ligeramente a Liberty hasta volver a acercarse al *cowboy*.

La casa era de madera sin tratar, o quizá tratada pero dejada de la mano de Dios. El color marrón amarilleaba en muchas partes, y era tan pequeña que Edlyn dudaba de que cupieran más de tres personas allí adentro. La bordeaba una valla hecha de troncos de distinto tamaño y grosor, y un chico apareció bordeándola desde la parte trasera de la vivienda.

—¡Madre! —gritó mientras giraba la cabeza ligeramente hacia la casa y tomaba un fusil que había colgado de la cerca.

El chico les apuntó y no movió un dedo, pero Frank siguió acercándose, cada vez a paso más lento.

—¡No dispaes, Manuel! ¡Soy yo, Frank!

Justo en ese momento asomó por la puerta una mujer de mediana edad que aterrorizó a Edlyn, y no solo porque estuviera apuntando con un fusil: llevaba un vestido holgado y de color gris, pero no un gris bonito, sino más bien... el color indefinido de algún antiguo vestido desgastado, y en un lateral de él colgaba un látigo negro y enorme. Tenía el cabello recogido, o en un intento de ello, pues los mechones caían rebeldes en torno a su rostro y el moño alto que llevaba se había caído hacia un lado.

¿Es que había estado dando saltos esa mujer, o se había peleado con algún animal salvaje?

—¡Dichosos sean los ojos, maldito bribón! —gritó a Frank para después agachar el arma y soltar una sonora risotada—. Casi te llevas un par de balazos, ¡no aprenderás nunca!

Una vez pasado el peligro, Edlyn se sintió más segura y avanzó unos cuantos pasos.

—Maldita sea, ¿pero qué carajo es eso que traéis con vosotros?

Consuelo les hizo pasar en el estrecho habitáculo al que llamaba hogar. Era lo más rústico con que se hubiera tropezado la muchacha antes: paredes toscas y desnudas, una mesa con cuatro sillas —cada una distinta de la otra—, una vieja alacena y un hogar sobre el que quedaban prendidas algunas brasas. Ella cargó con el niño todo el tiempo, pues las miradas recelosas de los anfitriones despertaron en ella un instinto protector. Tenía que reconocer que estaba cansada de llevarle en brazos todo el tiempo y ocuparse de él como si fuera su madre, pero eso no quería decir que estuviera deseando deshacerse de él.

Edlyn nunca había conocido a una mujer como esa. Su aspecto, aunque desaliñado, era de mujer, mas no así su personalidad. Tenía una boca como la de un *cowboy* de las llanuras: imprecaba y vociferaba sin cesar, y la mayoría de los vocablos que utilizaba ni siquiera los conocía. Debía de ser porque era hija de inmigrantes españoles, y a buen seguro que todos aquellos improperios eran en español.

—Ya sabes que aquí no tengo gran cosa para ofreceros, no hay más que unas gachas y pan, pero poneos cómodos y algo sacaré para calentaros —dijo dirigiéndose tan solo a Frank, como si ella no existiera—. ¡Manuel, ya estás tardando con ese *whisky*, zascandil!

Les pusieron un vaso delante con un líquido de un color un tanto dudoso, pero el vaquero no dudó en beberlo de un trago.

—¡Ah, cómo echaba de menos tu veneno! —rió, dando un golpe en la mesa.

—Sí, sí, sí... Todo lo que tú quieras, rufián, pero ya estás tirando de esa lengua tuya que tantos

problemas me ha dado —le contestó mientras se inclinaba sobre la mesa para acercarse más a él y entrecerraba los ojos.

Edlyn se echó hacia atrás por impulso. ¡Menuda mujer! Con esa cara y ese peinado, hasta los indios debían de tener pavor a acercarse a esa granjucha.

—¿Me estás pidiendo qué?! —le chilló a su compañero mientras se levantaba de la mesa—. Vamos a ver si me aclaro... ¿Tú y este mequetrefe que tienes a tu lado habéis recogido a un indio asilvestrado y queréis que yo me cargue el muerto? —tras señalarse el pecho con el pulgar, se echó hacia atrás en su silla, que crujió como mil demonios, y prorrumpió en carcajadas.

—No se lo estaríamos pidiendo si no tuviéramos otro remedio, señora —cortó Edlyn, indignada.

De inmediato se arrepintió de su lengua larga y su irrefrenable ímpetu. Otra vez estaba en un lío.

La mujer dejó de reír de inmediato, la miró con gravedad, taladrándola con la mirada, y dijo mientras la señalaba con el dedo:

—Tú no eres un puñetero chico.

La manera en que había susurrado esa frase, como si de una bruja malvada se tratase, hizo que la valiente Edlyn casi se orinara encima.

Capítulo 3

El convoy

Nathaniel McCoy se había reunido con sus hombres en una depresión en el valle de camino de Fort Worth a Abilene, el lugar que en aquella ocasión había sido designado como el punto de encuentro.

Estaba de buen humor, pues la misión que les esperaba aquel día era bastante relevante: una diligencia cruzaba esas tierras de camino a los nuevos asentamientos y habían recibido la orden de protegerla costase lo que costase. No eran pocos los carruajes que atravesaban Texas en dirección a los nuevos condados, pero por lo general solían estar tripuladas por gente humilde y sin recursos, gente que no importaba a nadie. Pero este caso era distinto.

Se decía que dentro de él iba una rica dama cargada de joyas... Pero lo cierto es que Nate sabía que no era más que una patraña. Solía serlo, pues era habitual que se escondiera la verdadera naturaleza del pasajero o pasajeros. A él, no obstante, le habían soplado que quien iba en su interior era un rico minero de dudosa procedencia, pero cuya persona valía más que el pueblo de Fort Worth entero. Es por ello que se lo podrían rifar tanto los desesperados como los indios, en vista de la suculenta recompensa que podrían embolsarse. Sin embargo, todos sabían que los soplos entre desesperados corrían como la pólvora, y por tanto esperaban casi con toda certeza que alguno se dejara ver en cualquier momento. A veces no sufrían un solo ataque, sino varios, durante todo el trayecto hasta su destino... Todo dependía del valor del contenido.

Los rangers habían recibido el encargo de proteger dicha diligencia, y Nate tenía la corazonada de que algo iba a ocurrir durante el mismo.

Entre todos decidieron la manera de actuar. Aunque se suponía que los hombres estaban a su cargo, a él le gustaba darles voz y voto a cada uno de ellos. Se sentía sumamente identificado con sus dispares naturalezas: hombres de raza negra, hispanos, e incluso de dudoso origen. Lo único que les diferenciaba es que ellos eran pobres y él, adinerado. Si bien no sabía por cuánto tiempo podría preservar la que creía que seguía siendo su fortuna...

Una vez hubieron dilucidado el plan, se desplazaron en dirección a la ruta marcada. Les esperaban varios días de viaje, pues debían cubrir todo el trayecto que llegaba hasta Abilene. A partir de allí, ya no había nada... Y por tanto su campo de actuación quedaba limitado.

Acamparon en las colinas a esperar la llegada del carruaje, según les habían informado, en la madrugada del día siguiente. Habían de esconderse, ya que esperaban poder protegerlo desde lejos para pillar desprevenidos a los *desperados*. Antes de amanecer, se dividieron en grupos y esperaron hasta que al fin, a lo lejos y con los primeros rayos del sol, divisaron el polvo levantado por los caballos al trote.

Todos se prepararon: debían seguir el paso desde las montañas sin perder de vista en ningún momento el objetivo. Escoltarían al carruaje por las montañas, siempre bordeando el sendero trazado para no ser descubiertos, pues lo que pretendían no era otra cosa sino pillar

desprevenidos a aquellos que pretendieran llevarse el jugoso premio. Aunque lo más importante era proteger a los viajeros, los compañeros estaban en segundo lugar: era indispensable cubrirse los unos a los otros. De esa misión dependía el buen nombre de la compañía, puesto que era el primer encargo de gran envergadura que recibían.

A pesar de que la temperatura no era demasiado elevada, Nathaniel comenzó a sudar. Se había agazapado sobre el suelo y apuntaba con su fusil Henry —el mejor de que disponía, pues podía disparar hasta dieciséis veces antes de volver a cargar— en todo momento en dirección a la diligencia intentando divisar movimientos extraños a su alrededor. Había hecho una ronda horas antes, intentando avanzar con el caballo el máximo terreno posible para situarse, a solas, en un lugar tranquilo donde esperar su llegada y poder detectar mejor cualquier elemento extraño.

Pero su objetivo estaba demasiado lejos. Tomó el catalejo, antigua reliquia de su padre que llevaba guardado en el jubón, y oteó el terreno.

No había nada fuera de lo habitual. Todos sus compañeros estaban en sus puestos, inmóviles, y Jonah y Samuel ya se estaban acercando.

—Voy a avanzar unos cuantos metros, seguidme en cuanto la diligencia haya cruzado el río —les ordenó en cuanto le alcanzaron. Ellos, a su vez, asintieron antes de descabalar y colocarse en posición.

Eran buenos hombres. Hombres con mala suerte, mucha peor que la de él.

Prosiguió el camino y, cuando encontró un lugar seguro, se detuvo y tomó el catalejo. Habían continuado con la misma rutina durante un tramo bastante extenso, ya adentrado en tierras más desoladas, y el *ranger* pensó que el final de su servicio se estaba acercando sin incidentes. Era una lástima, porque desde el principio había creído que atraparía a algún cuatrero, y con suerte a los que andaba buscando... Pero no parecía ser el caso.

Suspiró. Estaba comenzando a cansarse de la posición que había tomado y sentía los músculos algo tensos. Apartó la mirada unos instantes del carruaje y giró la cabeza, haciendo leves movimientos para relajar el cuello. Fue entonces, al levantar de nuevo la mirada, cuando divisó algo extraño por el rabillo del ojo. Algo que no había estado allí antes.

Allá, en el horizonte, en lo alto del monte que debía atravesar el vehículo en tan solo unos minutos, parecía haber algo que antes no estaba.

Cogió de nuevo el catalejo, ahora con manos algo temblorosas, y apuntó en aquella dirección. Le costó enfocar a tanta distancia, pero al final encontró lo que había creído percibir y no pudo evitar que un terrible escalofrío le recorriera toda la espalda.

Salió a toda velocidad en busca de los compañeros que habían quedado atrás, no sin antes levantar un espejo en la dirección en que debía encontrarse el resto de la compañía. Era la señal de aviso elegida en caso de peligro. Después de pasar toda la tarde protegiendo la retaguardia de los viajeros, el reto que se avecinaba le resultó en extremo peligroso.

En aquellas circunstancias, temía que cayeran algunos de ellos, no podía ser de otra manera. Pero después de meditar durante tan solo unos segundos, cayó en la cuenta de que no importaba quiénes fueran los saqueadores: su cometido era proteger la diligencia, era lo que le había sido encargado, y no iba a dejar que pudieran con él. Fuera quien fuese el atacante.

—Vamos, daos prisa —anunció a Jonah y Samuel casi sin aliento—. Se acercan comanches.

¿Cómo demonios se habían enterado de aquel paquete? Habrían jurado que se tropezarían con unos cuantos desalmados, pero no contaban con la probabilidad de los nativos. Está bien, sí,

Nathaniel hubo de reconocer que la posibilidad había existido, pero confiaba en que se encontraran lejos de sus tierras.

Por lo visto, se habían acercado demasiado... La última noticia que tenía es que habían ocupado Llano Estacado, y si había trascurrido casi un día desde que dejaran atrás Abilene, entonces aquello significaba que estaban ganando terreno. Tuvo una corazonada, y de inmediato se arrepintió de no haber pensado en ello antes. Deberían haber oteado el terreno, pero les faltaban hombres...

De todas formas, si lo hubieran hecho habría faltado a su cita con Edlyn, y aquello era impensable. No podía fallarle.

Lo único que podían hacer ahora era dejarse ver y esperar que aquellos comanches —si es que lo eran, y no los temibles apaches, que eran todavía peores— se acobardaran al observar el número de *rangers* que sumaban el convoy y abandonaran cualquier intento de asalto.

Se acercaron al convoy a toda velocidad, aunque portando una bandera blanca de la paz. Los tripulantes ya habían sido avisados de que un grupo de *rangers* estarían protegiéndoles en la retaguardia, pero aún así siempre había que avisar antes de aparecer para evitar una lluvia de disparos. El carruaje se detuvo, y Nate informó al cochero de que debía continuar con precaución, pues habían detectado una amenaza.

No tenía sentido advertirles del verdadero peligro. No querían que nadie perdiera los nervios. Cuando se asomó al interior del coche se sorprendió al encontrar tan solo a dos pasajeros. Por lo general, el pez gordo solía ir acompañado de varias personas para ocultar su identidad y protegerse, pero ahora tan solo viajaban dos hombres de mediana edad y con semblantes lúgubres. Uno iba muy bien vestido y se estaba quedando calvo, aunque peinaba su cabello para disimularlo. El otro era más delgado y rubio, mas no iba tan bien vestido.

—¿Qué pasa, chico? —inquirió el calvo en tono brusco.

El *ranger* entrecerró los ojos. La falta de educación se extendía a todas partes.

—No soy un chico, soy un *ranger* de Texas, señor —le contestó antes de apretar la mandíbula para refrenarse y proseguir—: Lamento informarles de que estamos siendo vigilados. No hagan nada, no se muevan y, sobre todo... No se les ocurra disparar. ¿Lo han entendido?

Los hombres se miraron sin mediar palabra, como enviándose un mensaje secreto entre ellos. Después, el calvo volvió a observar a Nathaniel y asintió, aunque su mano se movió de manera casi imperceptible hacia su cadera, donde previsiblemente debía estar su revólver.

El mensaje era claro: no eran de fiar.

Y eso era lo peor con lo que podría haberse tropezado Nate en aquellas circunstancias.

En silencio, el carruaje volvió a ponerse en marcha, pero esta vez el avance fue más lento, casi temeroso. Todo el mundo esperaba el ataque de un momento a otro, con el miedo recorriendo cada milímetro de su ser. Y al mismo tiempo... Todo el mundo rezaba por que nada ocurriera.

Pero ocurrió.

Y cuando Nate vio que el cochero caía al suelo con una flecha clavada en el pecho, maldijo para sus adentros y, por si ese era el último día en que estuviera con vida, se santiguó, cerró los ojos, y susurró:

—Perdóname, Edlyn.

Después, los gritos se comieron el silencio del valle y se mezclaron con los aullidos de guerra de los temibles jinetes que descendieron de las montañas: eran demasiados contra solo siete hombres... Siete jóvenes que, en su mayoría, no habían sido entrenados en las artes de la guerra y que nunca antes habían luchado cuerpo a cuerpo con los indios. Siete buenos hombres que

encomendaron su alma a Dios y lo dieron todo por defender su honor y las vidas de aquellos dos desconocidos pasajeros.

Nathaniel McCoy yacía tendido en el suelo, boca arriba, con las estrellas inundando de luz su rostro sucio y ensangrentado. Lo tenía inclinado hacia un lado, mirando hacia el resto de compañeros que, por desgracia, se encontraban en las mismas circunstancias que él.

Estaban todos muertos.

Intentó mover los párpados, pero era tal el dolor que sentía en el costado y que se extendía por todo su cuerpo, que era incapaz de realizar el más mínimo esfuerzo. Estaba acabado.

Todo había acabado.

La flecha le había atravesado de lado a lado, y sabía que esos eran los últimos instantes de su vida. Allí nadie acudiría a salvarle.

Los comanches colocaron de rodillas a ambos viajeros y acabaron con la vida del hombre calvo en un santiamén, cercenándole el cuello de un solo y certero tajo.

Se llevaron a rastras al otro viajero, pero Nate no pudo seguirle con la mirada. La vida se le estaba escapando, y ya empezaba a perder toda sensibilidad. El dolor se estaba mitigando.

Y pensó en Edlyn. En cuánto la quería. En los errores que ambos habían cometido. En cómo la vida se empeñaba en separar a las personas, en poner obstáculos tan difíciles de salvar que a veces resultaba mucho más fácil rendirse y morir.

También pensó en su mirada azul. En su cabello dorado ondeando al viento cuando cabalgaba, porque odiaba recogerlo. En su voz, aquella voz tan dura, aquel temperamento explosivo... En su risa sonora. La rabia que había en sus ojos cuando hablaba sobre sus hermanos, el amor que los inundaba después. En cuánto la quería.

En que la querría siempre.

Y entonces, sus ojos se cerraron.

Capítulo 4

La granja

Al contrario que la mayoría de las noches, Edlyn había descansado bien sobre el rugoso y duro suelo de aquella diminuta cabaña. Se sentía tranquila y segura, y la respiración del pequeñajo que se acurrucaba entre sus brazos, con ese cabello negro azabache rozándole la barbilla, le resultaba extrañamente tranquilizadora.

Aunque también podía deberse al hecho de que aquella mujer era tan temible que la hacía sentirse protegida.

Cuando la acusó de no ser un chico, ella había mirado a Frank en busca de ayuda, y este había prorrumpido en carcajadas para después delatarla.

—¡Quería saber cuánto tardabas en descubrirla! —se había mofado.

—¿Os habéis metido en algún lío? —fue la contestación automática de la otra.

—No hemos robado nada, no —aseguró el *cowboy*—. Todavía.

Edlyn frunció el ceño. «¿Cómo que todavía?», pensó.

—Más te vale. Las cosas se han puesto muy complicadas en los últimos tiempos —continuó Consuelo. Edlyn se giró hacia Manuel, que la observaba sin parpadear y con la boca abierta—. Aquí el zascandil —le dio un codazo a su hijo, que espabiló y cerró la boca— tuvo que marcharse tres días porque se le ocurrió tomar prestados unos lápices. ¡Unos lápices! ¿Y para qué demonios querrás tú unos lápices, si se puede saber? —le recriminó mientras le daba un manotazo en la cabeza—. Los lápices no sirven para trabajar la tierra, ni tampoco para criar ganado. Ni siquiera te dan fruta. El idiota tuvo que largarse para que no pensarán que había sido él. ¡Diantres! Este hijo mío no puede haberme salido más torpe... ¡Lo que tiene que hacer es trabajar y dejarse de tanto dibujo! ¡Artista, dice que quiere ser! Si no lo hubiera cogido yo misma al parirlo, diría que no es hijo mío.

La mujer se levantó y echó leña en el hogar. Lo removió y puso una cazuela con agua encima. Después, se dio la vuelta y la observó de hito en hito.

—Y dime, si no has robado nada, ¿a quién has matado, muchacha?

Recordaba cómo se le heló la sangre en las venas. ¿Qué debía decir? ¿La verdad, o inventarse una historia?

—Consuelo, ella...

—Cállate, rufián —ordenó—. Déjale hablar a ella, que todavía no sé si tiene lengua o se la ha comido el pequeño indio ese que lleva en brazos.

Edlyn decidió contarle todo. Si aquella mujer era como aparentaba ser, le demostraría que ella tampoco era una niña llorona, que quizá pudiera llegar a hacerle sombra algún día. ¿Qué se había creído? Ella ya no era una muchacha, era toda una mujer de mundo.

Consuelo la escuchó sin mediar palabra, y la chica contó todo lo que había ocurrido con ella, con su familia, con Parker y con la madre del niño que traía consigo. Resumió los hechos, pero no

los ocultó ni maquilló. No era preciso.

—Por los clavos de Cristo... —susurró Manuel cuando hubo acabado la narración.

La muchacha no alzó la vista, tomó la mano del pequeñín, que tiraba de su camisa, y la acarició con suavidad.

No se percató del intercambio de miradas entre Frank y Consuelo. Esta última le reprendió en silencio... Desde que apareciera en su granja siendo tan solo un muchacho imberbe, era un imán para meterse en líos. Su actitud rebelde y su rabia contra todo y todos le habían convertido en un hombre renegado, pero también le habían otorgado una debilidad desmesurada por las causas perdidas.

Y aquella chiquilla era, sin duda alguna, una de ellas.

Ella, en su no tan larga vida, ya había visto demasiadas cosas y conocido a demasiada gente como para saber cuándo una persona estaba predestinada a sufrir... Por mucho que quisiera evitarlo. A ella misma le sucedía. Había perdido a todos sus hijos excepto a Manuel.

Manuel, el artista sensible. Un soñador...

¿Qué se suponía que debía hacer ella, una mujer que había batallado desde que enviudara, con un hijo así? Se marcharon todas sus hijas e hijos, los cinco, incluso los más fuertes... Aquellos que podrían haber prosperado. Pero le quedó Manuel. Y no sabía si era una bendición o una cruz.

Consuelo opinaba que Manuel terminaría dejándola también. ¿Cuál sería el motivo? Quién demonios lo sabía. Una enfermedad, una riña por una mujer... Estaba ya en edad de enamorarse, y si era capaz de hacerlo hasta de los pájaros que picoteaban el estiércol de los cerdos, poco le faltaría para hacerlo de una mujer y liarse a balazos con otro inconsciente.

Así que observó de nuevo a Edlyn.

Menuda cruz.

—Tú te has pensado que yo soy una samaritana... Que te acogiera a ti cuando te estabas muriendo de hambre no quiere decir que vaya a quedarme con todo el que me traigas a casa —comenzó en tono agrio—. Lo siento, niña. Siento lo que te ha pasado... Pero aquí todos llevamos lo nuestro a las espaldas. Así es la vida.

—Déjanos quedarnos contigo unos días al menos antes de volver. No te pido más, por favor —escuchó Edlyn rogar a Frank... Nunca le había visto hacer algo similar. Se estaba rebajando por el lío en que ella les había metido—. ¿Qué habrías hecho tú? ¿Le habrías dejado morir? Si fuera por mí, no te digo que no... Este mundo no está hecho para ese chiquillo, pero ella se apiadó de él. Y yo no tengo a nadie más, ya lo sabes. Eres mi única madre.

—¡Ja! No me vengas con esas, vaquero, que no nací ayer. ¡Y mis canas lo atestiguan! Os quedaréis unos días. Pero solo unos días, ¿oído? Y trabajaréis duro. Todos —terminó mirando fijamente a Edlyn.

Ella asintió.

—Ya he trabajado duro antes, señora. No me importa.

Tener un techo sobre sus cabezas era una gran ventaja... Sobre todo después de pasar tanto tiempo a la intemperie, con los constantes cambios de temperatura que habían de sufrir. Dormían en el suelo, junto al hogar para estar calientes, y sobre unas cuantas mantas viejas. Era toda una comodidad, dadas las circunstancias.

No conseguía entender cómo podría vivir allí un matrimonio y seis hijos. Recordó la época en que opinaba que vivir en el rancho Fletcher era una maldición. La casa estaba un poco destartada pero, por lo demás, habían dispuesto de todas las comodidades... Hasta de criada.

Una mujer que se dividía en tres de ser necesario. Bernarda nunca fue aceptada ni por los blancos, ni por los indios... Y murió a manos de estos últimos. Eso sí era digno de compasión.

Quizá lo ocurrido no fuera más que un castigo por todo cuanto ella se había quejado. A lo mejor Dios se había propuesto que expiara todos sus pecados infringiéndole sufrimiento. Era posible. Lo que sí tenía claro, entonces más que nunca, era que no volvería a ser una niña quejica y amargada.

Cuando miraba hacia atrás era eso cuanto veía: una niña que se hallaba siempre en guerra con unos padres que no terminaban de entenderla. Porque el hecho de que ella no fuera una muchacha sensible como Anna no quería decir que no tuviera sentimientos... Los tenía, pero de otra manera. Eso no lo había comprendido nadie. A excepción de Nate.

Suspiró al pensar en él mientras se levantaba y se preparaba para trabajar. Vivir allí era lo más parecido a volver al Rancho Fletcher: madrugaban, recogían los huevos que habían puesto las gallinas, desayunaban y se iban a trabajar en el campo. La diferencia era que allí araba el campo y quitaba malas hierbas o recogía las pocas hortalizas que producía la tierra, pues Consuelo tan solo disponía de una vaca que ordeñar y un par de cerdos, y solo ella era la encargada de traer la leche. Decía que no se fiaba de que tuvieran las manos bien limpias, que ese oro blanco era demasiado preciado como para mancharlo con mugre.

Así que ella se quedaba tan tranquila ordeñando mientras los demás se encargaban del trabajo duro. El pequeñín corría siempre detrás de Edlyn. Parecía estar acostumbrado a aquella vida, y en muchas ocasiones tenía que evitar que cogiera los frutos todavía verdes de sus matas. A veces la miraba y buscaba su aprobación antes de recoger uno, y ella comprendió que, al fin y al cabo, ambas culturas no debían ser tan distintas.

Quizá no comieran blancos, después de todo... Con todo, le resultaba muy difícil imaginarlos como seres civilizados. Eran bestias... Solo que esta era una bestia muy pequeñita y tierna. Casi, casi... adorable. Dentro de lo adorable que podía ser un niño de su edad, claro estaba.

Agachada sobre la tierra, removiendo en busca de alguna triste patata que llevarse a la boca, sus pensamientos volvieron a volar hacia Nathaniel McCoy.

Dentro de poco deberían volver a salir en busca de noticias. Se verían, como siempre, en aquel recóndito escondrijo junto al lago. Los problemas de confianza que todavía tenía con él se habían ido difuminando con el tiempo, conforme pasaban las noches charlando sobre cuestiones triviales o no tan triviales... Y al ver cómo, con el paso del tiempo, las miradas ardientes que cruzaban a través de las llamas no se atenuaban... Al contrario. Los mensajes que se enviaban en silencio eran cada vez más evidentes, las palabras susurradas al aire eran cada vez más sugerentes. Cuando conectaban, ella sabía que él estaba deseando abrazarla de nuevo, repetir lo que aquella noche dejaron a medias... Pero también era consciente de que no volvería a hacerlo en aquellas circunstancias. Qué gran dominio de sí mismo tenía.

Si hubiera sido por ella, hacía mucho que hubieran sobrepasado aquella barrera. Pero él... Él era distinto. Quería sacarla de allí, darle un hogar digno, como tantas veces repetía.

¡Como si a ella le hiciera falta que nadie le diera un hogar, y mucho menos que fuera «digno»!

Él seguía empeñado en querer ser el caballero que salvaba a la damisela en apuros... Y aunque ya le había quedado claro que ella no era tal cosa, ni mucho menos, Edlyn entendía que, en una esquina recóndita de su corazón, él necesitaba salvarla para perdonarse a sí mismo por lo que había hecho, o más bien dejado de hacer, tiempo atrás.

Era como un duelo de titanes: «yo te quiero salvar», decía uno, «pero yo no necesito que me salves», contestaba el otro... Y así constantemente. Ya casi se estaba planteando permitirle que la salvara... Quizá un día dejaría que pensara que se iba a caer del caballo para que la tomara en el

aire. Y hasta era posible que soltara alguna lagrimilla, para parecer más asustada. A ver si así conseguía sentirse mejor el chico.

Quería quitarse de en medio de una vez aquella culpabilidad para poder ser libres los dos. Aunque quizá nunca lo fueran... Mientras sus asuntos pendientes no se vieran resueltos.

—¿Sabes que cuando suspiras pareces una princesa sacada de un cuento de hadas? —escuchó a sus espaldas.

Ella frunció el ceño.

Ya estaba el maldito Manuel con sus paparruchas.

Desde que volvió a usar unas faldas viejas con una camisa que le prestó Consuelo, el chico la había estado siguiendo a hurtadillas por todas partes. De verdad, ¿es que no había salido nunca de aquel agujero y era la primera vez que veía a otra mujer que no fuera su madre?

Se dio la vuelta y le respondió:

—¿Y a ti no te han dicho que espiar es de mala educación?

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y le envió una mirada furibunda, a la que Manuel reaccionó agachando la mirada.

—No te estaba espiando. Te estaba... Dibujando.

«Vaya por Dios...», pensó ella. «Ahora resulta que me ha tocado la suerte de ser la musa de este mequetrefe».

—Déjate de tonterías y ponte a trabajar, que eso de los dibujos no te va a dar de comer —le contestó mientras se volvía de nuevo a escarbar en la tierra.

—Te pareces a mi madre... —le escuchó susurrar.

Ella sonrió. Eso no estaba nada, pero que nada mal. Igual un día hasta se hacía con un látigo... Impondría más con uno a cuestas, y sentía curiosidad por aprender a manejar uno. Le pediría a su anfitriona que le enseñara... O no. No quería terminar con las manos cortadas.

Durante los días que permanecieron en la granja, Edlyn tuvo que sortear en diversas ocasiones al soñador de Manuel. En tan solo dos días se había enamorado perdidamente de ella, y hasta le recitaba poemas en cuanto nadie les observaba. Porque si lo hacía a la vista de su madre, le mandaba un latigazo a traición que le rompía la camisa... Y era él quien debía coserla después, como si de una mujer se tratara.

Eso le hacía gracia a Edlyn. Era más sensible que Anna. Y hasta se le daba bien coser... Se hubiera llevado bien con ella. Además, no era feo... Lo que ocurría es que, con tanto cabello largo y enredado, era difícil verle la cara. Y siempre andaba tan sucio...

Si algún día recuperaba a Anna, la llevaría a la granja para conocerle. Aunque claro, primero tendría que asearse y arreglarse un poco... Pero a ella le encantaría que le recitara poesías y la cortejara. Estaba del todo segura.

Capítulo 5

Ojo por ojo, diente por diente

Anna había pasado el día en el río. Sentía que las manos se le comenzaban a congelar y tenía las yemas de los dedos tan rojas que la piel le escocía. En casa solían usar una piedra estriada y un balde, pero dado el espíritu nómada de la tribu, encontrar en el lecho del río una roca lo suficientemente lisa como para restregar aquellos harapos se hacía una tarea casi imposible, con lo que al final terminó por acostumbrarse a llevar los nudillos y las yemas en sangre viva.

Después de más de un año con ellos, había comenzado al fin a habituarse a la rutina de aquella gente... Y ya casi no la sentía extraña. Hablaba comanche, aunque no tan bien como su hermano, y no había aspecto de las labores de una mujer que no conociera. En las últimas semanas, además, habían trasladado el campamento, con todo el trabajo que ello conllevaba. Según Kumaquai había tratado de relatarle, un campamento próximo había sido atacado y todos estaban ahora con el Gran Espíritu. Anna no comprendía bien qué era lo que había ocurrido, pero hacía lo que le ordenaban sin mostrar oposición, tal y como su naturaleza le dictaba. ¿Qué sentido tenía desobedecer unas órdenes que eran por el bien común?

Por suerte, disponían de muchos caballos para llevar la carga, aunque el camino que recorrieron durante días se hizo tan duro que Anna casi desfalleció. La actividad física nunca había sido su fuerte... Y por si fuera poco, al llegar donde marcaron los hombres no les permitieron descansar, sino que plantaron los *tipis* y organizaron los hogares tal y como estaban antes de la mudanza.

Kumaquai y ella cocinaron aquella noche para ambas, para Charlie —o Yanny-va-too'ah, no se acostumbraba a llamarle por su nombre comanche todavía aunque le hubieran prohibido usar el antiguo— y para Pea'hochso, el chamán, quien se había encargado de vigilar a Anna día y noche desde el día en que celebraran la ceremonia de bautismo. A ella le resultaba molesto en muchas ocasiones, a pesar de ser su mentor. La observaba con tal seriedad que se sentía en extremo atemorizada en su presencia.

No obstante, había algo dentro de ella que le decía que aquel hombre nunca le haría daño, y que quizá ese semblante grave no era más que curiosidad no saciada.

Ella era su protegida... Pero también veía lo que ocurría con otras muchachas de su edad en la tribu. La mayoría de ellas ya tenía compañero. Las veía servirles con abnegación, lavarles, cocinarles, ofrecerles la comida con la cabeza gacha... Siempre había pensado que ella sería una buena esposa, que trataría a su marido con mucho amor y tendrían muchos niños, unos niños maravillosos que la llenarían de alegría.

Pero, ¿y si su vida fuera aquello, de ahora en adelante? Su sueño ya no se vería cumplido tal y como ella lo había imaginado... ¿Y si era el chamán quien la exigía para él solo? Porque si no era con ese fin, ¿con qué otro la había tomado bajo su protección?

Ella moriría si se veía obligada a aceptar a ese hombre como esposo... ¡Era demasiado mayor! Le horrorizaba tener hijos con él. Aunque, para ser sincera consigo misma, la vida en la tribu no

era tan mala, salvo por el hecho de que carecían de las comodidades que ella siempre había tenido. Era una vida feliz, sobre todo para los niños, que correteaban alegres todo el día. Observó a Charlie, quien la había acompañado en esa ocasión y jugaba a su lado a arrojar piedras al río. Se había resistido porque ya había hecho muchos amigos y lo pasaba en grande, siempre corriendo, jugando, batallando como un guerrero, pero ella no quiso dejarle solo al cuidado del resto de mujeres porque los guerreros habían salido. Por lo general no solía traerle, pero algo le decía que ese día no debía separarse de ella. Era extraño, pero sus corazonadas, en los últimos tiempos, se estaban viendo cumplidas, así que aunque se aburriera allí abajo, al pequeño no le quedaba otra opción.

Suspiró y continuó pensando en su futuro.

Si tuviera que elegir a uno de los guerreros como esposo... Era incapaz siquiera de pensarlo. Todavía llegaban a su mente las imágenes de Nobah y el resto de jóvenes, a quienes ahora conocía mejor, con los machetes y hachas en mano, listos para asesinar a su familia. Y aunque ella se había desmayado, no era estúpida, sabía lo que había ocurrido... Y no podía perdonarles. Esa espina se le clavaba dentro de su corazón, profunda, impidiéndole echar raíces en el pueblo comanche.

Jamás se casaría con uno de ellos ni lograría olvidar su pasado por completo.

Sería la curandera, aprendería del chamán, tal y como lo había estado haciendo durante tanto tiempo y, si algún día la obligaban a unirse a alguno de los hombres, volvería a escaparse. Y si no conseguía hacerlo, prefería morir. Aunque solo de pensar en aquello se le anegaban los ojos de lágrimas, pues Charlie se quedaría solo.

Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Ya no sería la esposa y madre feliz que añoraba, pero estaba aprendiendo a aceptar su destino. De hecho, le gustaba acompañar al chamán a curar a los heridos de guerra. Le agradaba ponerles trapos mojados, lavar sus heridas y cuidarles. No pensaba en qué podría haber hecho antes el herido... Simplemente cuidaba de él. Porque, según ellos decían en la lengua que ella al fin comprendía, ellos cuidaban y protegían a la tribu.

Unos disparos interrumpieron sus pensamientos. Dejó de restregar durante unos segundos y levantó la vista, pero el campamento estaba demasiado lejos y los árboles lo ocultaban. Continuó escuchando disparos, pero eran tan continuados que pensó que los más jóvenes debían estar practicando. Solían hacerlo con los mayores, a modo de entrenamiento, de vez en cuando. Así que se tranquilizó y retomó de nuevo su tarea.

Una vez terminada la colada, llamó a Charlie para volver a casa. Él le respondió en comanche, ¡debía llamarle Yanny-va-too'ah!

Para él todo era una diversión, un juego de niños. Le encantaba su nombre comanche y hacer las cosas que los niños Quahadi hacían, pero no podía culparle. Al fin y al cabo, era solo un niño ansioso de aventuras y libertad.

Volvieron al *tipi* enfrascados en una carrera. Anna iba a cumplir quince años, y todavía le habría gustado jugar a algunas de las cosas que hacían los niños, pero allí no estaba tan bien visto y, de todas formas, ella no se sentía cómoda. El resto de muchachas le hacían sentirse torpe, tonta y pueril.

Casi habían llegado cuando advirtió que algo andaba mal. Desde lejos se podía apreciar que no había bullicio alguno: ni gritos de niños ni cánticos de niñas. Pero lo más sospechoso era que parecía haber hogueras por todas partes, más de las que se encendían normalmente.

La niña aflojó el paso, asustada. Mientras acortaba la distancia que la separaba del campamento, sus sospechas se fueron confirmando...

Ahogó un grito con las manos, y el canasto con la ropa mojada que llevaba consigo cayó al

suelo, esparciendo el contenido sobre el sucio suelo.

Una mujer estaba atada a un árbol, con las ropas rasgadas y la espalda llena de enormes cortes cuya sangre había manchado todo su cuerpo. La habían abrazado a él y atado las manos al tronco del mismo, y la cabeza le colgaba en un ángulo imposible.

Anna sintió que el corazón se le salía por la boca... A lo lejos podía percibirse cómo algunos de los *tipis* habían sido destrozados, y otros ardían por completo.

Lo primero que hizo fue pensar en el niño, que continuaba saltando alrededor de ella como si nada. Le agarró fuerte, tapándole la boca, y tiró de él hasta que se lo llevó a rastras detrás de unos espesos arbustos. El instinto le dijo que debían esconderse a toda costa... Lo que quiera que hubiera ocurrido allá arriba, no era nada bueno y tenía miedo de que algo les pudiera pasar a ellos también.

Charlie se removía entre sus brazos intentando zafarse de las manos que le tapaban la boca, pero ella le advirtió, entre susurros, que se callara y permaneciera quieto.

—Parece que han venido unos hombres malos, no te muevas ni respires —bisbiseó.

—Pero... —comenzó el niño.

—¡*Shh!* —volvió a ordenarle ella para después asomar la cabeza e intentar adivinar si quedaba algún asaltante en el campamento.

Tan solo asomaba uno de sus azules ojos, con lo cual no podía estar segura de lo que observaba. Parecía que había poco movimiento, aunque no podía fiarse, dada la distancia.

—Quédate aquí y prométeme que no te moverás —le dijo a su hermano mientras le cogía por los hombros.

Él asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra. Había conseguido asustarle.

—Pero prométemelo de verdad, ¿de acuerdo? Prométeme por papá y mamá que no te moverás de aquí hasta que yo vuelva.

Nunca había vuelto a hablar de ellos con el niño desde que sanara de forma repentina del mal que parecía consumirle. Al verle recuperarse, Anna había pensado que lo mejor era dejarle libertad para ser feliz. No quería verle triste ni enfermo de nuevo... Pero esa ocasión era distinta. Sus padres eran lo más sagrado para ella, y no conocía otra cosa que respetara y quisiera más que esa sobre la que poder jurar.

—Lo juro por Kumaquai —susurró el niño, dejándola congelada.

En ese momento, Anna sintió miedo de verdad. Ese miedo que te hace darte cuenta de la cruda realidad, aquel que es como una jarra de agua fría que te cae de repente, sin avisar.

Se dio cuenta de que Charlie ya no necesitaba su vida anterior. Su vida era ahora la de la tribu...

Y quizá también hubiera acabado.

Intentando reunir todo el valor que le fue posible, y con mayor voluntad que antes, se levantó y corrió a toda prisa hacia la parte trasera del campamento mientras rezaba para no ser descubierta. Cuando encontró otro lugar donde refugiarse, tras una montaña de pieles medio quemadas, cerró los ojos con fuerza e intentó respirar con normalidad para hacer el menor ruido posible. Tenía miedo por sí misma, pero lo más importante era no dejar a Charlie solo. Puede que ella fuera la única persona que quedara en el poblado...

Sin pensar en lo que estaba haciendo, cogió el abalorio que llevaba colgado en el cuello y lo apretó entre sus manos, pidiéndole al Gran Espíritu que se apiadara de ellos, que hubiera alguien con vida.

Entonces volvió a asomarse. La visión del desastre que se abría ante sus ojos la dejó

inmovilizada. Casi todos los *tipis* habían sido derribados o quemados, columnas de humo invadían los senderos y cada uno de los hogares, y parecía que no había más que piernas y brazos por todas partes, extremidades cuyos cuerpos no acertaba a distinguir.

Era peor de lo que había imaginado. Estaba tan asustada, que el llanto amenazó con salir a raudales, imposible de controlar. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo hacerlo, así que terminó por abrazarse las piernas con fuerza y acallar los sonidos que emitía su garganta mientras las lágrimas resbalaban sin tregua por las sonrojadas mejillas.

El Gran Espíritu debía haberles abandonado... ¿Cómo podía haber permitido que ocurriera aquello? Los hombres no estaban, solo los más mayores habían permanecido en el campamento, y aquello que había ocurrido allí había sido una masacre atroz... Niños, mujeres y viejos, todos ellos exterminados sin la menor pizca de compasión.

Y, de repente, le vino a la mente la noche en que ellos llegaron al rancho. El momento en que vio el filo de aquel cuchillo brillar a la luz de las llamas que habían quemado parte de sus pertenencias... No sabía por qué la perdonaron a ella. Si querían a Charlie, se lo podían haber llevado solo a él... De ser tan crueles como pretendían aparentar, les habría resultado indiferente que el niño sobreviviera o no.

Pero no acabaron con ellos, ellos estaban ahí, vivos, y en cambio el resto de niños de la tribu...

Conforme esos pensamientos se arremolinaban en su cabeza, se fue percatando de que reinaba un silencio casi absoluto, que solo se oía el crepitar de los fuegos y su respiración entrecortada. Se intentó calmar, inhalando y exhalando varias veces antes de volver a levantar la cabeza.

Quien hubiera hecho aquello, parecía haber rematado la faena con rapidez y desaparecido tal cual llegó.

De todas formas, por si no era ese el caso, Anna salió agazapada de su triste escondrijo y caminó a gatas, con toda la cautela de que fue capaz, durante un pequeño tramo. Tenía que llegar a su *tipi*. Necesitaba saber si Kumaquai seguía con vida, si no estaban de nuevo solos en el mundo. Durante el camino, procuró no fijarse en los cuerpos. Había visto heridos de guerra con graves lesiones y cortes grotescos, pero no estaba preparada todavía para ver a ningún niño en esa situación.

Lo primero era lo primero. Después, ya vería si podía ayudar a alguien más.

Todavía temblando, se levantó y comenzó a correr por el campamento intentando esquivar toda suerte de elementos que se cruzaran en su camino, más por evitarse el horror que por cualquier otro motivo. No miraba, solo tenía un objetivo: su casa.

En qué momento había comenzado a pensar en que esa era su casa... era algo que le había pasado desapercibido. Y sin embargo, sentía que lo más importante, para poder seguir cuidando de Charlie, era que nadie enturbiara la felicidad del hogar que habían conseguido crear. Kumaquai era ahora la única madre que el pequeño conocía.

Y es que si no lo conseguía, si no salvaba su hogar, si Kumaquai no había sobrevivido...

Entonces lo vio.

Vio el *tipi* donde habían vivido las últimas semanas. O lo que quedaba de él.

Estaba derribado y quemado. Tan solo quedaban de él columnas negruzcas de humo que desaparecían en el apacible cielo azul de la pradera. Algo le oprimió el pecho, y se llevó la mano hasta él al tiempo que aminoraba la marcha. No quería verlo... Tenía tanto miedo.

Pero ahí, debajo del montón de cuero quemado, asomaban unos pies descalzos. Los diminutos pies casi carbonizados de Kumaquai.

Cuando llegó junto a ellos, tomó un palo e intentó levantar el cuero chamuscado del *tipi* que se

había derrumbado sobre la mujer. Pero era hartó complicado, pues se había convertido en una masa negra y casi líquida que se pegaba al tronco y a la piel de la mujer. Aún así, y a sabiendas de que no podía tocar aquella pasta ardiente, intentó apartarla con una piedra con tan mala suerte que al hacerlo terminó por raspar la carne calcinada del rostro de la mujer.

Pero ella ni se movió. Su cuerpo estaba totalmente calcinado, enterrado bajo todos aquellos despojos. Era imposible que estuviera viva.

Anna maldijo en silencio. Lloró por ella, por la forma en que había acabado su vida, porque no se merecía algo así. Había sido una mujer buena, que no pedía nada a cambio. Era tranquila, sosegada y cariñosa. Quiso a ambos niños y los cuidó como si de sus propios nietos se hubiera tratado, sin preguntas ni exigencias. Con el tiempo, había llegado a recordarle a su propia y amada abuela, y ella había sido una desagradecida con la mujer.

Y entonces lloró más. Se habían quedado sin madre de nuevo, sin nadie que les cobijara a ambos... En vez de pensar que ahora era su momento, que al fin podría escapar, que era libre de tomar a Charlie de la mano e intentar volver a casa, solo había algo que le rondaba la cabeza y la atemorizaba más que nada, impidiendo que pudiera pensar con claridad: estaba segura de que Nobah volvería dispuesto a separar a ambos hermanos por siempre.

Lo cierto es que Anna era incapaz de marcharse así. Cuando estuvo convencida de que no podía hacer nada por Kumaquai, se dio la vuelta y comenzó a vagar a tientas por el resto del campamento Quahadi. Tenía que haber alguien con vida, era imposible que todos estuvieran muertos.

Se sentía desamparada y sola, como nunca antes se había sentido. Ni siquiera cuando llegó a la tribu. Era un vacío difícil de explicar y que debido a su juventud o rencor latente no quiso asimilar. Lo único que deseaba era encontrar a alguien con vida, ayudar a los inocentes. ¿Quién podía haber hecho todo aquello? ¿Cómo era posible que alguien fuera tan inhumano?

Comenzó a caminar despacio, buscando entre los hogares. Cuando estuvo más tranquila y pudo respirar con más calma, aguzó el oído. Quizá hubiera alguien pidiendo ayuda, o escondido.

Por mucho que le doliera hacerlo, no tuvo más remedio que contemplar los cuerpos. Algunos, aquellos con más suerte, habían sido abatidos de un solo tiro y yacían tendidos en el suelo en posturas extrañas, con los brazos y piernas retorcidos por la abrupta caída.

Y luego estaban los demás... Había ancianas acuchilladas hasta desangrarse, pero el enseñamiento había sido mucho peor con los ancianos: habían sido mutilados y sus extremidades se hallaban dispersas aquí y allá. No se habían conformado con matar... Su objetivo era hacerles sufrir.

Y es que cuanto más se fijaba Anna, peor se sentía. En el centro del campamento, las muchachas más jóvenes habían sido colocadas en una hilera, tendidas sin ropa. Algunas boca arriba, otras boca abajo... Con las piernas abiertas y un gran charco de sangre que emanaba de sus partes bajas. No creía posible que alguna de ellas estuviera viva, pues era patente que habían abusado de ellas y después las habían asesinado. Se tapó la boca y respiró hondo. Aquello era obra de animales.

Desde que llegara a la tribu había descubierto qué era lo que hacían los hombres con las mujeres: entre los comanches era algo natural, no lo ocultaban como si de un pecado mortal se tratase. Sin embargo, a ella le asustaba sobremedida, pues cuando escuchaba o acertaba a atisbar algo, era evidente que aquello se hacía única y exclusivamente en beneficio del sexo masculino. Las mujeres se colocaban a cuatro patas y callaban, mientras los hombres las cubrían y disfrutaban.

Pero aquello era horroroso, no era en absoluto lo mismo. Anna no pudo más y vomitó el poco contenido que llevaba en el estómago. Conocía a todas esas niñas. Había intentado entablar conversación con ellas, integrarse, estar a su altura... Algunas la habían acogido mejor, otras peor. Pero no se merecían aquello.

Cuando terminó de vomitar, se limpió la boca y la frente. Estaba sudando, a pesar de que no hacía calor en esa época del año. Decidió seguir buscando, más por inercia que por propia voluntad. Tenía que encontrar a alguien, debía quedar alguien con vida... ¿Dónde estaba Pea'hochso, el chamán?

De repente escuchó un suave gemir. Puede que no fuera solo uno pero, ¿de dónde provenía? Comenzaron a resonar en su cabeza, martilleantes, decenas de llantos y lamentos. Se giró y buscó entre los cuerpos inertes. No sabía de dónde procedían, le parecía que nadie se movía, así que comenzó a vagar de aquí para allá como una autómatas. Aquella situación era insostenible, sobre todo para una joven adolescente como Anna.

Guiada por la desesperación, se agachó en el suelo para escuchar mejor. Había un llanto que sobresalía por encima de los demás, tenue aunque claro. El origen de aquel lamento estaba escondido bajo el cuerpo de una anciana.

Era un bebé.

Un bebé que no tendría siquiera un año todavía, y que había recibido un golpe en la cabeza al caer su abuela sobre él, con todo el peso de su cuerpo, tras recibir un disparo en la cabeza. Anna volvió a llorar, pero apartó a la anciana y tomó al niño entre sus brazos. Le tocó la frente y después la cabeza con suavidad, intentando detectar si el golpe había sido grave. No podía calcular con precisión la gravedad de la herida, pero sí sabía qué cosas podían tener o no remedio.

Y esperaba que aquel niño lo tuviera. Buscó agua, se la dio, y el bebé comenzó a tranquilizarse. Con él en brazos continuó dando vueltas, sorteando cuerpos y *tipis* destrozados y quemados, todavía sin poder apagar los lamentos que escuchaba en su cabeza. Necesitaba salir de allí. No podía aguantarlo más.

Pero en el otro extremo del campamento le esperaba el mayor horror de todos: los niños, todos los chicos de la tribu que todavía no tenían edad para convertirse en guerreros, habían sido desprovistos de sus vestiduras y colgados de las ramas de una enorme acacia. No tenían manos, y la sangre fresca seguía goteando de ellas.

Anna abrazó con todas sus fuerzas al bebé que llevaba consigo y cayó al suelo de rodillas, sollozando.

Ese era el motivo por el que algo, muy dentro de ella, le había dicho que Charlie tenía que irse con ella aquel día. Comenzó a mecerse adelante y atrás, adelante y atrás... Y ya no pudo parar.

Un cántico comanche comenzó a salir de su garganta mientras mecía al niño y le apretaba contra sus brazos. El cántico tomó fuerza: salió de sus entrañas, se apoderó de ella y subió al cielo junto al alma destrozada de todos aquellos niños.

Se había olvidado de ir a buscar a su hermano.

El niño, cansado de esperar, salió de su escondrijo y, asustado, la buscó por todas partes hasta hallarla bajo los niños sacrificados. No entendía lo que había ocurrido, su mente todavía no era capaz de asimilar lo que se extendía ante sus ojos, y cansado de decirle que tenía hambre sin obtener respuesta alguna, se tendió junto a ella y se hizo un ovillo, exhausto.

Los guerreros volvieron aquella misma noche de su victoriosa misión.

Al principio, Nobah se sintió extrañado de la quietud que allí reinaba. Se extrañó, porque su

perro, su *sarii*, no llegaba a recibirle, como hacía siempre, pero se extrañó todavía más al percibir el olor a quemado que traía la suave brisa vespertina.

Lo primero que vieron al acercarse a los lindes del campamento fue la hilera de cuerpos de los niños colgando de aquel árbol y, a sus pies, a Ta'by-yecht en trance, con un bebé sollozante en brazos y el pequeño Yanny-va-too'ah hecho un ovillo a su lado.

Capítulo 6

Despedidas

*E*dlyn se despezó y pensó en quedarse un ratito más tumbada sobre aquel duro y ya no tan maravilloso suelo... Conforme habían transcurrido los días, se cansaba cada vez más de dormir de aquella manera, y lo cierto es que la espalda se le resentía. Debía ser que se estaba haciendo mayor.

Iba a cumplir dieciocho años, y ya era toda una mujer.

—Estoy harta de todo —gruñó Consuelo en cuanto se levantó del catre—. Si no despego un ojo, no me despierto. Ese maldito gallo es un vago... ¡Como todos los hombres! Siempre escabulléndose para no hacer su trabajo... Tenemos que hacerlo todo nosotras, ¡ni para hacer hijos son buenos! Y luego, son ellos los que no nos permiten tener ni voz ni voto en ninguno de los asuntos de importancia...

La muchacha le escuchaba mientras soltaba toda esa retahíla de lamentos y comenzaba a preparar el desayuno. Nunca había escuchado a ninguna mujer quejarse sobre el hecho de que no pudiera decidir sobre las cosas importantes. Cuando vivía en Nueva York, las mujeres acomodadas con las que solía codearse vivían de manera muy holgada, y ninguna de ellas era tan osada como para sugerir algo de tamaño calibre. Preferían no complicarse la vida.

—Tú eres todavía muy joven —prosiguió la mujer—, así que no te dejes engañar por nadie. Mi marido era... Dejémoslo en que era un blando. Al principio me trataba como a una reina, y en cuanto nos casamos, ea, se hacía el tonto todo lo que podía y más —Edlyn sonrió ante aquella graciosa expresión—, pero tú... Los tiempos van a cambiar, ya verás. Y vosotras, las jóvenes, sois las que tendréis la sartén por el mango. Las mujeres somos mucho más fuertes que ellos... Te lo digo yo, que hasta he superado en fuerza a algunos. Y sin el látigo, eh, que con él no hay nadie que se me ponga por delante. Hazme caso, ¡no te dejes engatusar por ningún hombre para que luego te lleve a su casa y te encierre en ella! Mira yo, cómo acabé aquí... ¡Con lo que podía haber hecho!

—¿De qué murió tu marido, Consuelo?

—Pues en la guerra, hija. Se lo llevaron obligado, no te creas que se marchó entusiasmado él. Estaba muy a gusto aquí, conmigo encargándome de todo. La vida no me ha tratado muy bien, ¡pero yo me seguiré rebelando hasta que muera!

Cuando puso los cuencos en la mesa y sirvió gachas para todos —unas que no tenían en absoluto nada que ver con aquellas otras que solía preparar su abuela—, Edlyn dio buena cuenta de ellas y ayudó a comer al pequeñajo. Aunque en un principio se resistiera a ponerle nombre, el niño era tan cariñoso que, al final, todos decidieron que era mejor llamarle de algún modo, y sobre ella recayó el honor de elegir.

Y decidió llamarle August.

Todos resoplaron, decían que aquel era un nombre muy antiguo y demasiado serio para que lo llevara un niño... Pero Frank lo entendió, y ella sentía que, de alguna forma, ese niño quizá pudiera rendir homenaje a aquel valeroso hombre... Que era, por otra parte, el querido y respetado padre de Nathaniel McCoy.

Se acercaba el momento de marchar. Por un lado sentía unos enormes deseos de hacerlo, pues se sentía demasiado abrumada por el cortejo sin cuartel que recibía de Manuel. Pero por otro... Por otro, aquello significaba que tendría que dejar al pequeño August, y hacerlo le rompería el corazón. Sabía que estaría bien con Consuelo, ella se hacía la dura y, de hecho, lo era, pero Edlyn no dejaba de ver en su interior una mujer con un corazón enorme que luchaba por salir adelante sin importar lo que pudieran pensar los demás.

Como ella, en muchas ocasiones.

—Si queremos llegar a Mineral Wells el sábado, tenemos que marcharnos ya —la voz de Frank interrumpió sus pensamientos.

—Lo sé —le contestó ella mientras limpiaba el corral con un rastrillo.

—Vaya, cuánto entusiasmo.

Ella suspiró, dejó su tarea, y levantó la vista.

—Sabes que me va a doler dejar a ese crío —se sinceró.

Era una tontería ocultarlo. No se iba a andar con rodeos.

—No quería decir esto, pero... Te lo dije. Te has encariñado de él y ahora es un problema. Le podemos dejar aquí un tiempo, pero no para siempre. Consuelo no es su madre, y ella no eligió tenerle, no podemos dejarle el mochuelo ahora.

—August no es un mochuelo. Es un niño muy bueno, y está solo.

—¡Pero es indio! ¿Cómo va a explicar ella que tiene un niño indio? Solo le faltaba eso... — Frank meneó la cabeza mientras miraba hacia el horizonte.

—Pues entonces volveremos a por él, cuando todo esto haya terminado... O incluso antes, si podemos.

Estaba segura de que en cuanto le contaran lo sucedido, Nate se apiadaría de él y se alegraría de cómo ella había actuado. Hasta incluso podría llevárselo a su rancho... Él lo tenía más fácil. Fingir que era un bastardo suyo no era una idea del todo descabellada.

A sabiendas de que era su propia invención, Edlyn sintió una punzada de celos con solo pensarlo.

Un hijo bastardo de Nate... Qué tontería.

Él la quería a ella por encima de todas las cosas. Después de todo lo ocurrido, tenía confianza ciega en él. Sabía que nunca podría mirar a una mujer como la miraba a ella, al igual que ella no podía pensar en nadie más como pensaba en él.

La despedida del pequeñajo fue penosa. Edlyn se había vuelto a quitar la ropa de Consuelo y ahora llevaba unos pantalones remendados de alguno de los hijos de Consuelo que esta le entregó porque eran demasiado pequeños. La ropa no le iba tan grande y se le ajustaba un poco, y había sorprendido a Manuel con la boca abierta observando su trasero.

—¡Descarado! —le había gritado ella, para después darle una bofetada tan sonora que le giró la cara.

—Eso te pasa por idiota —le había dicho su madre mientras el chico se frotaba la mejilla, compungido.

Poco después, fingieron que se marchaban a buscar provisiones para no tener que despedirse del niño. Consuelo se lo llevó lejos con el fin de que no les viera marcharse, pero sobre todo para que no viera las lágrimas de Edlyn, que intentaba disimular a base de restregones y fingiendo que le picaba la cara. Tener que despedirse de nuevo de alguien a quien había comenzado a tomar cariño era lo que más le costaba, sobre todo porque había olvidado lo que significaba tener que cuidar de alguien, y ya no lo consideraba una tarea tan fastidiosa. Sí, tenía sus momentos, momentos en que no sabía qué hacer con el crío porque berreaba o balbuceaba sin cesar, pero después estaban esos otros en que se le enroscaba junto al pecho y te abrazaba, y entonces... Entonces Edlyn sentía un dolor tan grande que casi le partía el corazón.

Se juró que volvería a por él. Tarde o temprano lo haría, y ese niño no sufriría nunca más.

Los días de viaje de vuelta a Mineral Wells, aquel lugar que se había convertido en un refugio para los tres amigos, fueron una tortura. Edlyn estaba deseando verle, poder contarle lo que había ocurrido, desahogarse con él, porque sabía que él sí alabaría la forma en que ella había actuado.

Era un hombre bueno, y en esos momentos necesitaba tenerle de su parte. Aunque más que nada, lo que necesitaba era a alguien que le sacara las castañas del fuego y le ayudara a darle a ese niño un hogar más o menos decente. El que ella sola no podía darle.

Pero demonios, a quién quería engañar... Lo que quería también, por encima de todas esas cosas, era volver a ver ese rostro moreno, ese cabello azabache y ondulado que ya no lucía tan peinado como cuando le conociera y que a veces le cubría los ojos cuando la miraba de soslayo. La última vez que le vio le había crecido bastante y eso, unido a que llevaba un par de días sin afeitarse y a su ruda indumentaria, le había echado unos cuantos años encima. Pero no de los que sientan mal, sino que le daban una cierta apariencia de hombre curtido, una masculinidad cada vez más patente en él.

Le deseaba, también por su físico, no le costaba reconocerlo. Siempre le atrajo, desde el primer momento en que le viera, y con el paso del tiempo no hacía más que ganar en atractivo. Ese hombre sería solo para ella. Algún día lograrían solucionar todo aquel lío y podrían construir un hogar. Tenían que hacerlo.

Él la quería, y ella sabía, al fin, que ya nunca la dejaría atrás.

Estaba oscureciendo y nada ocurría. Ni un disparo, ni dos, ni tres.

Edlyn comenzó a ponerse nerviosa. Si Nate no llegaba... ¿Qué pasaría si no llegaba? No quería ni pensarlo. Aquello no era posible.

—Tranquilízate, se habrá entretenido con alguna misión de esas que le hacen sentirse tan digno —intentó calmarla Frank con cierto tono de sorna.

Pero ella le miró de tal manera que casi le fulmina, y él no tuvo otro remedio que apartar la mirada y largarse a dar vueltas como un idiota si no quería acabar mal. A veces, esa chica le daba miedo.

No tenía bastante con haber tenido que dejar al pequeñajo con Consuelo. Ahora tampoco aparecía el chico McCoy, y más le valía hacerlo, porque de no ser así, esa mujer le haría la vida imposible. Tendría que aguantar su mal —mejor dicho, pésimo— carácter, sus desplantes, sus imprudencias y todas esas locuras que cometía cuando no estaba contenta. Era consciente del cambio que se había producido en ella desde que la conociera, de cómo había madurado hasta

convertirse en una valiente mujer, pero la esencia estaba ahí: seguía siendo voluble, caprichosa, mandona e irascible. Y terca como una mula.

—Como no tengas una buena excusa, *ranger* de los cojones, yo mismo te ahogaré en este maldito lago... O no, mejor la dejo hacerlo a ella, que seguro que tendrá pensado un castigo peor —sonrió ante esa idea.

Continuó dando vueltas, intentando buscarle o divisarle a lo lejos, pero nada ocurrió.

Cuando volvió al escondrijo, encontró a Edlyn sentada sobre una roca y haciendo dibujos en el suelo con el revólver.

—Oh, oh... —susurró.

Ella levantó la cabeza y entornó los ojos.

—Que te zurzan.

—Pues sí que has aprendido tú buenas cosas de Consuelo, sí.

Al ver que no contestaba, Frank comenzó a preguntarse si no estaría pensando en hacer alguna locura con aquel revólver.

No, qué va... Ella nunca. Nunca levantaría ese revólver y apuntaría a su propia sien. Por muy loca que estuviera, se había echado a demasiada gente y responsabilidades sobre sus espaldas como para dejarlas atrás... Y además, ella nunca se rendiría así de fácil.

Demonios. Entonces, no estaría pensando en dispararle a él porque no tenía a nadie más con quién pagarla, ¿no?

Sin hacer el más mínimo ruido, el *cowboy* desapareció dentro de la cueva y se tendió a descansar. No tenía sentido que se agotara. Si el chico no aparecía... Iban a necesitar todas sus fuerzas.

Hasta ahora habían contado con el dinero, víveres y ayuda que Nate les brindaba cada cuatro semanas. Todo eso había hecho posible que no tuvieran que verse inmersos en los asuntos turbios en los que en ocasiones Frank se había visto involucrado para poder salir adelante... No hubieron de arriesgar su vida en ningún momento, y aunque casi todo el tiempo transcurrido había carecido de las emociones a las que estaba acostumbrado, Frank daba las gracias en silencio por que las cosas hubieran sido así de fáciles, tanto por él como por la chica.

No quería ni imaginar cómo la iba a meter en sus incursiones sin que acabaran todos muertos.

En esos pensamientos andaba sumido su compañero mientras Edlyn seguía arañando el suelo. Se había hecho de noche y allí no había pasado nada. Si no venía...

Ya no era solo el hecho de que necesitaba su ayuda y quisiera verle de nuevo, porque los sentimientos eran algo que se le daba muy bien reprimir y hasta asfixiar. Sobre todo los buenos, porque los malos... En ellos tendía a recrearse, a bañarse en la amargura para dejar que el odio la tragara. Al menos así se evitaba el sufrimiento.

Pero es que también se daba el caso de que no tenían dinero, ni víveres ni demasiada munición. Y luego estaba el pequeño August. Todo se desmoronaría.

Al principio se enfadó tanto, que lo primero que hizo fue prometerse que, cuando le viera, si es que le volvía a ver algún día, le cortarían esa maldita lengua que no hacía más que soltar mentiras. No podía creerse que la hubiera vuelto a abandonar en esas circunstancias, sobre todo después de lo vivido... Después de tantas demostraciones de amor y apoyo, de incluso arriesgar su vida por ella.

Comenzó a pensar en todo eso, en la manera en que la había tratado, con una inmensa paciencia, con esa adoración silenciosa en sus ojos. Poco a poco la había ido convenciendo con sus hechos,

no con sus palabras. Sabía cuánto había arriesgado por ayudarles: toda la vida de que disfrutaba en Fort Worth. Abandonó todo por ella, y desde entonces no había fallado nunca a su cita.

Salvo esa noche.

Fue así como comenzó a pensar que su ausencia no era voluntaria. Después de todo lo vivido, de arriesgar su posición y cargo por estar a su lado, de pasarse los días y noches alejado de su hogar para intentar enmendar los errores cometidos, Edlyn cayó en la cuenta de que, si no aparecía, es que quizá le hubiera perdido para siempre.

Y entonces sintió como si su corazón se estuviera quebrando en mil añicos. Podía incluso escuchar el ruido de los pedazos al rasgarse, si continuaba en silencio.

Se tendió en el suelo boca arriba, observando las estrellas, mientras el tiempo pasaba y dejaba que todo su ser se desmoronara, pedacito a pedacito, al pensar en todas las cosas malas que podrían haber sucedido y las mil formas en que podría haber muerto.

En algún momento de la madrugada, sus ojos no pudieron más y se cerraron. Frank la encontró allí tendida boca arriba, y al principio pensó que estaba muerta. Sin embargo, al acercarse, pudo comprobar que no era así. La tomó en brazos con suavidad para no despertarla y la llevó adentro, junto al fuego, pues parecía congelada.

Ella, todavía inconsciente, se hizo un ovillo junto a la hoguera y continuó durmiendo como si no hubiera ocurrido nada hasta que, poco después, los rayos del sol la despertaran.

Capítulo 7

Quien posee el poder

Nobah había ordenado a todos sus hombres que exploraran las inmediaciones del campamento tan rápido como fuera posible. Debían hacerlo sin más dilación, porque el ataque parecía reciente y existía una remota posibilidad de que pudieran rastrear a los asaltantes.

Pero sus hombres siguieron sus huellas hacia el norte y, al llegar al río, tenían la opción o bien de continuar e intentar llegar hasta ellos —abandonando así a quienes quedaban con vida—, o bien volver e intentar ayudar a su pueblo.

El jefe guerrero se había quedado con la mayoría de sus hombres para comprobar la magnitud de la masacre. En un principio, cuando observó a Anna en trance y a los niños pendiendo de aquel árbol, había temido que la chica hubiera hecho cualquier suerte de sortilegio...

Porque en su fuero interno, para él ella seguía siendo una extraña. En público la llamaba Ta'byecht, como todos los demás, e incluso la trataba con aparente normalidad. O al menos, con la normalidad con que él trataba al resto de mujeres, es decir, con cierta distancia. Pero no podía apartar de su mente que ella era una de los otros, era Anna, y sabía a ciencia cierta que no había llegado a integrarse en la tribu como el chamán hubiera deseado. Con el pequeño Yanny-va-too'ah no le ocurría lo mismo, el crío se había mimetizado a la perfección, pero ella era distinta.

Le tenía miedo.

No podía ni debía reconocerlo ante nadie, pero el gran Nobah, el mayor guerrero que la tribu hubiera conocido, tenía miedo de una enclenque niña blanca de complexión débil y cabellos quebradizos que la tribu había intentado teñir de negro usando carbón para conseguir enterrar su procedencia.

Y era justo por ese motivo por el cual pensó que todo aquello había sido a causa de ella... Ella había convocado a algún espíritu maligno de su propio mundo, de esos a los que los blancos adoraban, y había destrozado todo aquello...

Cuando se acercó a ella, algo reticente, y la observó meciéndose y con los ojos en blanco mientras apretaba con todas sus fuerzas a aquel bebé, sintió un miedo mayor que el que hubiera experimentado antes de enfrentarse a cualquier batalla: definitivamente, habría jurado que dentro de ella había un espíritu maligno la había poseído y se había vengado de todos ellos por lo que le habían hecho a su familia.

Sin embargo, al bajarse de su caballo para rozarla con suavidad, la chica abrió los ojos de repente y le miró aterrada para después chillar con todas sus fuerzas:

—¡No! ¡No! ¡Marchaos! ¡Dejadnos! ¡Dejadnos!

El hecho de que hubiera gritado aquello no habría sido llamativo... De no ser porque lo había hecho haciendo uso de un perfecto comanche.

Aquellos gritos asustaron a todos, en primer lugar al pequeño Yanny-va-too'ah, que despertó y comenzó a llorar mientras se escondía detrás de su hermana.

Entonces, llevado por un impulso desconocido en él, la había tomado entre sus brazos y mecido con suavidad, intentando calmarla. Allí mismo, en aquel escenario, a la vista de sus desconcertados hombres. Había cerrado los ojos con fuerza y susurrado al oído de la chica para calmarla hasta que, poco a poco, sintió que ella comenzaba a respirar con mayor normalidad.

En ese momento se separó de ella para recobrar la compostura, se giró hacia sus hombres y fingió que todo aquello lo había hecho de manera premeditada.

—Puede ser la clave de todo esto y la única que pueda ayudarnos con los heridos. Buscad entre los *tipis*. Tiene que haber alguien con vida. Espero que Pea'hochso no haya caído.

Ellos le obedecieron sin rechistar, pues se habían quedado estupefactos con aquella escena, y no se habían movido de su sitio a excepción de aquellos a los que, nada más llegar, habían salido despavoridos tras las órdenes de Nobah de perseguir a los agresores.

Cuando se hubieron quedado a solas, Anna lloraba al tiempo que acariciaba la piel del niño pequeño, que se removía ahora más tranquilo.

—Él está bien. Está bien... —es lo único que dijo.

El jefe volvió a observarla de arriba abajo, intranquilo.

—Anna, ¿qué es lo que ha ocurrido? —inquirió sin apenas alzar la voz. Había decidido hablar de nuevo en inglés para que ella se sintiera más cómoda al dar las explicaciones.

Ella alzó la vista y le miró como si fuera la primera vez que le viera.

—No lo sé... —negó con la cabeza—. Nosotros estábamos en el río... Estábamos lavando la ropa y... —se le rompió la voz con un sollozo, se restregó las lágrimas y continuó—: Oí disparos. ¡Los oí! Pero yo no sabía... Yo pensé que...

Al ver que era incapaz continuar, Nobah colocó una mano sobre su hombro para hacerla entender que no le guardaba rencor. Con solo esas palabras, él había comprendido que no era posible que ella, en solitario, hubiera podido hacer aquello... ¿Cómo podía haberlo si era solo una chica blanca, asustadiza y débil?

Miró a su alrededor y se maldijo a él mismo y a su fortuna.

Les había dejado solos cuando más le habían necesitado... Se habían marchado en busca de más posesiones de las que tenían, sin dejar vigía alguno en las montañas colindantes porque habían pensado, erróneamente, que allí, entre aquellos bosques, estaban a salvo. Y se habían ausentado durante demasiado tiempo.

Aquello era lo que ocurría cuando se asumían demasiados riesgos.

Y no había tiempo que perder. Se levantó y se marchó a buscar algún hogar que todavía siguiera en pie. Fue tarea hartó complicada, pero cuando lo consiguió, volvió a por los tres críos y los llevó adentro.

—Cuida de ellos. Y deja de llorar, te vas a tener que hacer cargo de los heridos —le ordenó a la chica antes de desaparecer de nuevo entre la multitud.

Si el chamán no había sobrevivido, se tendrían que conformar con Anna. Y, ahora más que nunca, debía mostrarse duro con ella. Esa niña tenía que crecer de una vez, pues lo que le esperaba no era tarea sencilla.

Durante toda la noche, los hombres se dedicaron a escarbar entre los muertos y los despojos, a rebuscar cualquier ínfimo signo de vida. Todos habían perdido a familiares. Sus compañeras, los hijos de estas, sus madres, sus hermanos... Casi todos los ancianos habían muerto, incluido el chamán, cuya cabeza había sido separada del tronco y colocada sobre un palo, con los cuernos que usaba para las ceremonias incluidos. Nobah había captado el mensaje al instante.

Encontraron a algunas mujeres todavía con vida, aunque escapándoseles poco a poco. El

guerrero dudó de que alguna pudiera sobrevivir, sobre todo las jóvenes, pues eran con las que más se habían ensañado. Nobah no mancillaba a las mujeres blancas. Le resultaban repugnantes... Sus carnes flácidas, mortecinas y endebles le repelían. A sus hombres les dejaba hacer, y no habían sido raras las ocasiones en que se había ultrajado y desfigurado a alguna de ellas para después devolverla como moneda de cambio. Ellos no se escondían, pero los blancos sí. Les llamaban animales, pero bien que tomaban a sus mujeres en cuanto tenían la ocasión. Eran todos unos cobardes hipócritas.

Conforme entraba la madrugada, y aunque todos intentaran reprimir sus lamentos, cada vez se escuchaban más los gritos desgarradores de sus compañeros de batalla al encontrar a sus familiares y percatarse de que ya no estaban en este mundo. Nobah también perdió a dos de sus esposas, solo una de ellas sobrevivió, Tekwashana. Era la primera, y también la mayor y más fuerte de todas. Según la costumbre hubiera debido compartir su hogar con ella, pero todas sus mujeres disponían de sus propios *tipis*, pues él anhelaba demasiado su libertad como para atarse de aquella manera.

Ninguna de ellas había llegado a darle hijos, pero tampoco había podido disfrutar demasiado de las tres. No solía estar presente, el deber siempre era más importante que el placer, y el único motivo por el que se había hecho cargo de tres de ellas era para ofrecerles una vida más cómoda, para que tuvieran un futuro en la tribu. En ese momento agradeció que ninguna de ellas le hubiera dado un niño... Porque de haberlo perdido también, sería incapaz de controlar sus instintos. No solo había perdido a casi todos sus seres queridos, sino también a su amado *sarii*, aquel que tantos hermosos momentos le había regalado sin pedir nada a cambio, aquel que le daba cariño cuando él y nadie más que él, ni siquiera sus mujeres, percibía su tristeza.

Tekwashana había sufrido un golpe fuerte en la cabeza, y un hilo de sangre le recorría la sien cuando la recogieron. Y no solo era eso, sino que además tenía una pierna partida. Parecía como si algo la hubiera aplastado.

A buen seguro un caballo.

Respiraba, pero estaba inconsciente, así que Nobah pensó que aquello debía hacerlo rápido o la muerte estaba asegurada. Ordenó que le ayudaran y, entre varios hombres, la llevaron al *tipi* donde se encontraba Ta'by-yecht con los niños. La mujer se removía y sudaba profusamente, emitiendo un leve sonido lastimero semejante al de un pequeño animalito asustado.

—Cúrala —le ordenó a la chica.

Ella, al instante, soltó al pequeño y se inclinó sobre la mujer para estudiar sus heridas. ¿Cómo iba a ser ella capaz de encargarse de todo aquello? La instrucción recibida por parte de Pea'hochso había consistido, principalmente, en usar elementos de la naturaleza para demostrar que en ella se encontraba el poder.

Y para demostrarlo, no solo habían intentado cambiar el color de su cabello, que ya estaba oscureciéndose, sino que además había sido sometida a pruebas tras las que creyó que iba a morir. La peor de ellas fue cuando le colocaron carbón ardiendo en las palmas de las manos. Tras haber intentado resistirse con todo su ser, acabaron por retenerla entre varios ancianos y colocarle los carbones sobre las manos a la fuerza.

Para asombro de todos, ella tan solo había sentido un cosquilleo. Cuando comprobaron que la niña no gritaba, sino que se quedaba quieta, expectante, la tribu al completo se convenció de que, a pesar de su edad y de su origen, aquella niña tenía el poder de la sanación y, por tanto, era sagrada para ellos.

Sin embargo, las enseñanzas no le sirvieron de mucho en aquel momento. Anna supo que no

podía realizar ritual alguno antes de curar a aquella mujer, pues el problema de la pierna lo impedía. Había visto recomponer huesos, atendido a muchísimas explicaciones, ayudado en cuestiones leves... Pero nunca había practicado por sí sola.

Y aún así, sin más dilación, tomó el muslo y la pierna de Ta'by-yecht, aspiró hondo para reunir fuerzas, y los giró para intentar colocarlos en su lugar. La paciente pareció despertar de su letargo para emitir un grito ensordecedor que hizo llorar a los niños, pero instantes después volvió a desmayarse. El hueso no estaba todavía en su lugar y Anna, envalentonada, volvió a tirar aplicando la misma fuerza, y en esa ocasión la mujer ni se inmutó. Mucho mejor para ella. Si hubiera estado consciente, habría sido una tortura.

—¿Dónde está Pea'hochso? —le preguntó Anna a un estupefacto Nobah, que se había quedado paralizado observándola.

Él la miró y no dijo nada, pero el ligero apretón de labios le dijo a la joven todo lo que necesitaba saber.

Ahora estaba completamente sola.

—Necesito sus cosas.

El jefe guerrero se percató del tono autoritario en que había hablado ella, pero eso, lejos de disgustarle, despertó una suerte de extraña admiración en interior hacia ella.

—¿Qué cosas?

—Cedro y salvia. Y si podéis encontrar manteca, fresno y algodoncillo, también.

Él asintió y salió del *tipi* para buscar él mismo lo que la nueva chamán de la tribu le había requerido. Ahora le tocaba asumir a él el papel de subordinado y lo aceptó sin inmutarse, aunque se repitió a sí mismo que, cuando todo estuviera en orden, las cosas volverían a su lugar.

Por lo visto, Anna disponía ahora de un nuevo ayudante. Nobah fue trayéndole los utensilios poco a poco, conforme los iba encontrando y mientras, al mismo tiempo ayudaba a quienes lo necesitaban. Debían darse toda la prisa del mundo, curar a los heridos y salir de allí cuanto antes, pero sabía que aquello sería una tarea hartamente complicada.

Se habían llevado la mayoría de los caballos, además de todas sus riquezas, y no podían cargar con tantos enfermos. Estaban a merced de los blancos, así que había accedido a que sus hombres les dieran alcance. No debían ser más de diez, y si no andaban lejos, él mismo se encargaría de cortarles la cabeza. Tras reunir a un total de dos ancianos, siete mujeres y ocho niños, una cifra muy superior a la que él en un principio había calculado y que consideraba casi como un milagro, ayudaron a montar los *tipis* alrededor del que estaba usando Ta'by-yecht para sanar. No todos ellos lograrían sobrevivir, pero había que hacer todo lo posible por no perderles. Nobah no podría perdonarse jamás haber sido la causa de la extinción de su pueblo.

A la luz del día, de las tiendas emanaba ya un fuerte olor a cedro y salvia, los olores de la purificación.

Tan solo cuando estuvo seguro de que ya no había nada más que hacer por su gente, se acercó de nuevo al carruaje que habían traído consigo de aquella maldita expedición. Le había resultado indiferente dejarla sin vigilancia: su ocupante había sido incapaz de despertar durante los dos días de viaje de vuelta al poblado a causa de la herida de flecha que ellos mismos le habían inflingido, y quizá no lo hiciera nunca más.

Pero Nobah no podía negar que, ahora más que nunca, contaba con un elemento de venganza clave que pensaba exprimir al máximo, y a ser posible, a él también debería mantenerlo con vida.

Cuando llegó hasta la diligencia, abrió la portezuela con desgana. Estaba tan cansado que tuvo que restregarse los ojos para volver a mirar, pues no creía lo que estaba viendo. Aquello era imposible. No podía haber pasado. La falta de sueño le estaba jugando una mala pasada...

Cerró los ojos con fuerza de nuevo, pasándose las manos por la cara, y después volvió a abrirlos.

Lanzó una maldición al aire que esperaba que no escuchara nadie más que él mismo.

Nathaniel McCoy había desaparecido.

Capítulo 8

Quizá encuentres más de las que seas capaz de soportar

*E*dlyn despertó con un tremendo dolor de cabeza a causa del escaso sueño y las pesadillas. O quizá no hubieran sido tales.

Cuando se dio cuenta de dónde estaba, cayó en la cuenta de que, en realidad, no las había tenido. Nate no estaba. Y se sintió cansada, como nunca antes. Sintió unos enormes deseos de volver a estar en Nueva York, lejos de aquella espiral de desgracias, recostada sobre un mullido y limpio colchón y paseando por sus bulliciosas calles... Ese día no tenía fuerzas para nada. Había dejado al pequeño August con Consuelo, le había abandonado allí esperando poder hallar la solución a sus problemas, y se había encontrado con más.

Se había dormido con la certeza de que Nate no había venido porque algo grave le había ocurrido pero, ¿cómo demonios podrían averiguarlo? Tan solo esperaba que no hubiera sucedido lo peor...

Un ruido la distrajo. Giró la cabeza y entonces vio a Frank, que afilaba su navaja con una expresión de concentración. Continuó observándole, como si no le viera, sumida en sus pensamientos.

Tenían que volver a Fort Worth. No había otra manera de averiguar qué había ocurrido. La desesperación comenzó a adueñarse de ella, y su respiración agitada terminó por alertar a Frank de que ya estaba despierta.

—Ya es casi mediodía, Ed.

El tono cortante advirtió a Edlyn de que no estaba con humor para hablar. Era evidente que su compañero no deseaba oír la despotricar sobre la ausencia de su protector. Y ella no pensaba hacerlo, sencillamente seguía pensando en cómo persuadirle para volver a acudir a aquel pueblucho e intentar conseguir información sobre el *ranger*.

Pero antes de convencerle, debía tener buenos argumentos. No sabía cómo se las apañaría para no llamar la atención. No podían pasar por el *saloon*, allí todos les reconocerían incluso aunque ella fuera vestida como un hombre.

Un suspiro de impotencia se escapó de su pecho. Se levantó, se intentó mesar los alborotados cabellos y fue a comprobar si todavía les quedaba café en la saca. Por fortuna, Frank ya había traído agua, así que se limitó a rellenar el recipiente de hojalata para preparar el brebaje.

Frank la observaba en todo momento de reojo, esperando que estallara y cada vez más extrañado. Ella lo notaba por el ceño fruncido, que se acentuaba conforme la miraba.

—Una moneda por tus pensamientos —le dijo mientras la señalaba con la navaja—. Ay, no, espera. Ya me he arrepentido. No te voy a dar la moneda, así que más vale que no empieces a refunfuñar como una vieja gruñona.

Y dicho esto, volvió a lo suyo.

Así pues, nadie comentó lo que era evidente. No era necesario. Edlyn opinaba que, de hacerlo, podría parecer una mujer desesperada porque le hubiera abandonado su amor... Y en segundo lugar, porque estaba pensando en cómo apañárselas para convencer a Frank de volver a Fort Worth o incluso a cualquier otro pueblucho.

A mediodía, Frank rompió su mutismo.

—Prepárate, nos vamos.

—¿Adónde? —Le miró con la boca abierta—. ¿Volvemos a Fort Worth?

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —le respondió él antes de escupir—. Si volviéramos allí estaríamos muertos. Volvemos con Consuelo. Tú te quedarás allí con ella hasta que se haya solucionado todo esto.

—Ah, no. Ah, no, no, no, no. ¿Tú que te has creído? ¿Por quién me tomas?

La mirada furibunda de la chica no achantó en lo más mínimo al *cowboy*, que siguió preparando su alforja.

—No voy a ir allí —sentenció, viendo que él no respondía.

Entonces la miró, sereno.

—No puedes seguirme a donde voy. Eres solo una cría y demasiado peligrosa.

Ella soltó una carcajada irónica y volvió al ataque.

—Estoy de acuerdo con lo de peligrosa, pero no soy una cría. Ya no. Hace mucho que crecí, y ya lo sabes.

—Sí, pero de lo que no te das cuenta es de que te pones en peligro constantemente. A ti y a quienes te acompañan, y lo que hay que hacer para sobrevivir aquí es pasar lo más desapercibido posible. Pero tú eso no lo sabes porque siempre viviste entre algodones y para ti esto no es más que una aventura, un estúpido juego. Hasta ahora hemos estado protegidos, pero ya no te puede salvar nadie, ¿lo entiendes? Nate no vendrá a darte el sustento, no te traerá más comida ni munición. Tampoco tenemos dinero ¿Cómo vas a sobrevivir sin todo eso? ¿O es que no te das cuenta? ¡Se acabaron los juegos, Edlyn!

Tras soltar todo aquello que llevaba dentro le faltaba el aire. Respiraba profundamente, presa de los nervios por el arrebato, mientras ella le miraba perpleja.

Por supuesto que no había pensado en eso. Lo último en lo que había pensado era que le iba a faltar la comida o unas monedas. Ella solo podía pensar en qué le había ocurrido a él, y necesitaba saberlo cuanto antes. Ya se apañaría con lo demás. Había pasado por cosas peores.

Apretó los labios antes de responder.

—Muy bien, pues que se acabe el juego. Pero para mí ya hace mucho que dejó de serlo, por si no te habías dado cuenta. No me voy a quedar jugando a las casitas mientras Nate sigue por ahí, quién sabe si moribundo o hasta muerto.

—No te vas a quedar jugando a las casitas —contestó el otro con más paciencia ahora, aunque todavía malhumorado—. Te vas a quedar cuidando de August.

—No me chantajeas con eso. Sabes que el niño está bien. Lo que no sabemos es si lo está Nathaniel. Bien sabes que no habría faltado a su promesa de no estarlo. Tiene que haberle pasado algo, Frank, ¡y necesito saberlo! ¡No puedo quedarme allí, esperando a que volváis alguno de los dos! ¿Es que no lo entiendes?

Frank sabía que aquello iba a llegar. Lo sabía. Y aunque la reacción no había sido tan desmesurada, había sido capaz de mostrar tal desesperación en su voz que podría convencer a cualquiera. Y él ya contaba con eso.

Así que la asustaría todavía más.

—¿Quieres venir? Pues bien, ven. Pero tendrás que saber algo —le advirtió mientras le señalaba con el dedo—: Vas a tener que estar muy calladita. No abrirás tu boca. No te meterás en líos. Me dejarás a mí hacer... Tú no tienes ni voz ni voto, ¿entendido? Tendrás que aprender a robar y, si la cosa se pone peligrosa, quizá tengas que volver a matar a alguien. ¿Ha quedado claro?

Ella no encontró las palabras. Lo de matar no se le daba mal... Lo había descubierto hacía no mucho. Sabía que no tendría remordimientos si la víctima lo merecía. Pero ¿robar?, pensó mientras hacía un mohín. Y lo que era peor todavía, ¿que no podría abrir la boca?

Entonces se dio cuenta de que no había mostrado su conformidad, y movió la cabeza con rapidez para que el otro no se percatara de sus dudas. Más valía aquello que nada.

—Estoy más que dispuesta —se apresuró a contestar.

Y entonces el *cowboy* continuó maldiciendo para sí mismo... No sabía por qué se sorprendía de aquella respuesta. En vez de decirle que ya no sería ella quien dirigiera sus pasos y que, quizá, debiera robar, debería haberle dicho que se iba a encomendar a las monjas. Eso seguro que la hubiera hecho largarse al trote en busca de Consuelo...

La estrategia a seguir era bien sencilla. Sí, acudirían a poblados, pero debían ser mucho más pequeños que Fort Worth —que estaba en plena expansión— donde no fuera sencillo que las cosas pasaran desapercibidas y, además, no se les pudiera reconocer con tanta facilidad. El procedimiento sería el siguiente: se sentarían en el *saloon* y escucharían. Calladitos. Quizá también podrían jugar a las cartas, entablar conversación, mezclarse con los *cowboys* y cuatros, pero en ese caso sería Frank quien llevara la voz cantante.

Así era como Frank detectaba a sus presas: ladrones, borrachos, ratas inmundas que alardeaban de sus trofeos... Tenían que saber adónde se dirigían, qué hacían, si es que habían robado o jugado sucio.

Y después les seguirían.

Eso era lo que tantas veces había hecho Frank y siempre había querido saber Edlyn. En resumen: se aprovechaba de las debilidades de los fanfarrones para dejarlos limpios.

Y aunque no se sentía muy cómoda con el hecho de robar... Sí debía confesar que aquello, en lugar de provocarle temor, se le antojaba toda una aventura.

El periplo de la pareja de supuestos jornaleros itinerantes, que es como debían calificarse a ellos mismos, comenzó por pequeñas incursiones cuya envergadura se fue incrementando con el paso de los días.

Al principio, Edlyn solía mantenerse callada y al margen, pero solo hasta que cogió confianza. Veía actuar a su compañero y aprendía a pasos agigantados. Se hacía pasar por su hermano pequeño aunque no se parecieran demasiado, pues en aquellas recónditas tierras era habitual que los niños fueran de padres distintos dada la rápida capacidad de enviudar de las mujeres. Nadie preguntaba ni se extrañaba, poco les importaba a los demás que dos hombres fueran o no hermanos.

La primera vez que limpiaron a un cuatrero fue bastante fácil. Iba tan borracho que no se tenía en pie, y lo único que hicieron fue ayudarlo a subir al caballo cuando casi se parte la crisma al caerse del mismo. Mientras lo hacían, le sisaban todo lo que, según él, había robado a una pobre viuda.

El tipo ni se enteró.

—Sabes que, de conocerla, se lo devolvería todo, ¿eh? —le dijo Frank mientras azuzaban al caballo del borracho para que se perdiera en la negrura.

Ella hizo un aspaviento.

—Sí, seguro. Ahora eres un buen samaritano.

El otro rió y se montó en su caballo.

—Vamos, tenemos que estar lo más lejos posible cuando se le pase a ese la mona.

Después de aquella ocasión, continuaron visitando pequeños poblados en expansión y, en ocasiones, hospedándose en los hoteles. Enterarse de las cosas a veces llevaba su tiempo...

Esa era la excusa de Frank, pero lo cierto es que Edlyn tenía que subirlo a rastras a una habitación de lo borracho que estaba. Menos mal que estaba fuerte y podía tirar de él, porque lo que era colaborar, colaboraba más bien poco.

Ella no bebía. No le gustaba el sabor y tampoco perder el control. Para ella era mucho más importante saber. Cuando estaba segura de que los jugadores habían bebido de más y ya no razonaban igual, comenzaba con la ronda de disimuladas preguntas. Sabía que debía permanecer callada, pero una vez que Frank estaba un poco achispado ya no le tomaba las cosas en cuenta.

Y la verdad era que parecía haber nacido para embaucar.

A veces pensaba que todo eso sería mucho más fácil si iba vestida de mujer... Pero después de lo que le ocurrió con Parker ya no deseaba correr el riesgo, le asqueaba tener que besar a tipos borrachos, y no deseaba tener otras manos encima más que las de Nathaniel McCoy.

Sus escaramuzas se limitaron, pues, a pillar desprevenidos a quienes iban como una cuba, incluso aunque el motín no fuera demasiado jugoso. Después de todo, era una práctica habitual en el salvaje oeste: o te andabas con ojo, o te limpiaban y no en el buen sentido.

No necesitaban demasiado dinero, solo el necesario para subsistir mientras averiguaban qué era lo que le había ocurrido a su protector.

Edlyn aprendió rápido el nuevo oficio de bandida: era rápida, era buena mintiendo y tenía las manos pequeñas. Y tampoco tenía miedo de sacar el revólver si las cosas se ponían feas, como en aquella ocasión en que el individuo de turno, un hombre calvo y sudoroso, pareció despertar de repente y pillarles con la mano en el jubón.

—¡Qué demonios estáis haciendo! —gritó con voz gangosa.

Edlyn estaba a su lado con la mano bien metida en la bolsa que colgaba del buche del caballo. Pero siempre estaba preparada: usaba la mano izquierda para escarbar, en la derecha llevaba siempre preparado su Colt y se cubría la cara con un pañuelo, al estilo de los auténticos *desperados*.

Apuntó a la cabeza de su víctima y amartilló al ver que el otro hacía lo propio con su revólver, pero Frank le propinó un fuerte golpe en las costillas con la culata del fusil y, al doblarse ante el agujonazo de dolor, volvió a asestarle otro en la brillante calva.

El hombre cayó al suelo redondo, antes de poder darse cuenta de qué había ocurrido.

Y Edlyn se había quitado de encima otra muerte.

—¿No nos delatará cuando despierte? —le preguntó a Frank, todavía con dudas sobre si debía rematarle.

—¿Y tú qué crees que va a contar? Hola *sheriff*, dos ladrones cuya cara no pude ver me han robado lo que yo les había robado a esas monjitas de la diligencia... Perdona, ¿pero puede buscarles para que me devuelvan lo robado?

Ella sonrió de medio lado y observó al *cowboy* registrar todos los bolsillos del malherido.

—De todas formas, puede que no se vuelva a levantar —dijo ella mientras se encogía de

hombros para después volver a enfundar su revólver.

—Si no lo hace, una escoria menos que habría que eliminar —le respondió el otro.

Tres semanas les costó llegar a Hampton, un pueblucho de mala muerte al sureste de Mineral Wells. Habían decidido acercarse más a Fort Worth, pues hasta ahora sus pesquisas no habían dado resultado lejos de aquel lugar, donde nadie conocía a los hombres desaparecidos.

Lo bueno de los pueblos pequeños era que todo el mundo se enteraba de todo... Con lo que si necesitabas averiguar el paradero de un conocido *ranger*, estabas de suerte. A la gente le gustaba hablar de cualquier cosa y solía estar muy aburrida.

Sobre todo allí, donde solo había una calle polvorienta a cuyos flancos se levantaban unas pocas viviendas y negocios con escaso movimiento. Por fortuna y, para variar, no podía faltar un *saloon* que, aunque austero y pequeño, disponía de lo esencial: una barra y tres mesas donde jugar a las cartas o, para los más atrevidos, degustar el plato del día.

La visita de dos hombres era algo nuevo para el lugar, y aunque Frank ya había estado allí antes, había pasado mucho tiempo y su rostro estaba ahora cubierto de un espeso vello que le cubría la barba y el bigote y le ayudaba a pasar desapercibido.

—Tu cara me suena.

Está bien, o quizá no tanto...

El barman le observaba mientras limpiaba —mejor dicho, ensuciaba, porque parecía que en aquel lugar estaba prohibida la higiene por decreto— una jarra del tamaño del brazo de Edlyn. Ambos estaban sentados a la barra frente a sendos vasos de *whisky*, o así es como había llamado al brebaje quien lo servía. Sea como fuere, la chica no pensaba tragarse eso. Después de todo lo ocurrido, sería una broma morir envenenada.

—Es posible... —contestó reticente Frank—. Mi hermano y yo somos jornaleros, y puede que hayamos venido alguna vez de paso.

—Pues la cara de él no me suena.

Aquello estaba comenzando a fastidiar a Frank. Sobre todo la voz nasal del tipo. Pero ya que estaban, bien podían aprovechar la oportunidad para tirarle de la lengua.

—Igual cuando vinimos no te fijaste en él porque no pasaba dos palmos del suelo.

—No sé... —continuó, mientras el otro maldecía por lo bajo y pensaba en cómo continuar.

—¿Y qué tal han ido las cosas por aquí? ¿Alguna novedad?

El barman se encogió de hombros y siguió engrasando otra jarra.

—Aquí no suele pasar nada. Es un pueblo muy pequeño.

Edlyn miró a Frank, y el mensaje silencioso que le lanzó fue recogido por el otro, que volvió a la carga.

—Pues nosotros nos tropezamos con una partida de *rangers* hace unas semanas. Decían que iban a no sé qué misión... Pero son unos cabrones, nunca cuentan nada, y menos a un par de jornaleros aburridos.

—¿Te refieres a los *rangers* de la Compañía C?

La chica, que había intentado no abrir la boca para que su voz no la delatara, sintió un vuelco en el corazón y respondió:

—¡Sí! —para al instante carraspear y modular la voz, imitando a la de un muchacho—. *Ejem...* Sí, eran esos... ¿Qué sabe usted de ellos, señor?

—Conmigo no hace falta que os andéis con florituras. Podéis llamarme Jack. Y la información os costará más que un mísero *whiskey*, que se os nota a leguas lo que venís buscando.

Los compañeros se tensaron, y Edlyn decidió que lo mejor sería no volver a abrir la maldita

bocaza.

—No andamos buscando nada, Jack. Solo conversación... Pasamos solos demasiado tiempo. — Frank sonó tan convincente que ella suspiró, dándole la razón.

—Ya, y yo debería estar en el puñetero San Luis regentando un hotel y mírame aquí, cubierto de mierda hasta las cejas.

Bien, aquel hombre no se lo iba a poner fácil... Así que Frank sacó unas cuantas monedas y las echó sobre el mostrador.

—Está bien, Jack. Necesitamos esa información... porque mi hermano y yo estamos estudiando una ruta para... ya sabes, traer alcohol de contrabando... Y no queríamos tropezarnos con ellos de nuevo.

Jack sonrió y cogió las monedas.

—Ahora ya nos entendemos mejor, chicos. Pero no tenéis que preocuparos por ellos. Hace poco estuve en Fort Worth y escuché que les habían tendido una emboscada. Los comanches —dijo en un tono siniestro para añadir más dramatismo al asunto— se los cargaron a todos. —Ambos le observaron boquiabiertos mientras su nuevo amigo les guiñaba un ojo—. Así que... podemos convertirnos en muy buenos amigos, ¿eh, muchachos?

La palmada que se llevó Edlyn en el brazo casi la tira al suelo, y es que todavía estaba intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Estás seguro de que los mataron a todos? —escuchó ella decir a Frank con voz trémula.

—Bueno, no sé si a todos... Dicen que el jefe, ese tal McCoy... el hijo mestizo de August McCoy, ese ricachón que fundó White Settlement, ha desaparecido. Los encontraron muertos a todos, incluidos los viajeros a los que estaban escoltando. ¿Sabéis qué les hicieron? Les cortaron las cabezas y...

—No necesitamos saber los detalles, gracias —interrumpió el otro antes de mirar a Edlyn de reojo—. ¿Y dices que ese tal McCoy no estaba entre ellos?

Jack se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe si los rumores son ciertos. La gente habla, este dice una cosa, el otro otra... Pero eso es lo que oí allí. ¿Y sabéis qué más dicen? —Apoyó un brazo en la pegajosa barra mientras movía la mano del otro para que se acercaran—. Dicen que lo más seguro es que él mismo fuera quien diera el soplo... Que es un traidor que se largó con los malditos indios esos y con todo el dinero que llevaban en la diligencia.

—¡Eso no es verdad! —Edlyn se había levantado de golpe, incapaz de soportar ni un segundo más la cháchara de aquel mequetrefe, y había echado mano al cinto.

Pero Frank adivinó sus intenciones y le cogió el brazo con fuerza, por debajo de la barra, para que el barman no se diera cuenta de lo que había intentado hacer.

—Calma, Ed. Jack no sabe que conocías a su novia... Mi hermano es muy impulsivo, cosas de adolescentes, ya sabes —rió.

—¿Ese infeliz tenía novia? Vaya... Qué suerte tienen algunos. Pero claro, con el dinero que tenía su familia...

El *cowboy* le lanzó una mirada de advertencia a la chica para que no moviera ni un dedo.

—¿Tenían? ¿Es que ya no lo tienen?

—Bueno, dicen que están arruinados. El rancho McCoy ya no es lo que era. Muchas de sus reses murieron porque nadie las llevaba a hacer la ruta. Como el padre murió y el chico no estaba... De hecho, yo me enteré de todo porque vi a su madre, vestida de negro, gritar a todo pulmón al *sheriff* para que buscara a su hijo. ¿Os lo imagináis? —Comenzó a reír con sonoras carcajadas—.

Aquello sí fue un espectáculo. Esa mujer daba miedo, de verdad... con todo ese pelo gris despeinado y vestida de negro. Apuesto a que el *sheriff* se cagó en los pantalones.

Edlyn cerró los ojos e intentó respirar con fuerza para tranquilizarse. Aquello no podía estar pasando. Más problemas no... Estaba harta de aquella maldita vida.

—¡Hola, chicos! —saludó Jack a un grupo de mugrientos hombres que llenó el local—. ¿Os pongo lo mismo de siempre?

Mientras se marchaba a servirles, los dos amigos continuaban en silencio; Frank miraba al frente y Edlyn susurraba por lo bajo con los ojos cerrados y los hombros caídos.

—Este pueblo empieza a parecerse a una puñetera ciudad, ¿eh, Malcolm? Hoy tenemos aquí a un par de viajeros que puede que nos traigan más suministros... —Jack le dio una palmada en el hombro a uno de los recién llegados—, y el otro día aquel hombre tuerto que nos dejó de regalo la yegua esa muerta. ¡Vamos a tener de qué hablar durante un año, muchachos!

Edlyn no había prestado atención a la conversación, pero Frank enseguida se irguió y dio media vuelta para encarar al grupo.

—¿Decís que vino por aquí un hombre tuerto?

—Sí, un tipo taciturno... Era muy callado, no hablaba casi nada.

—Y... ¿cómo era ese hombre? Nosotros también nos tropezamos con un tuerto, podría ser el mismo.

—Pues era rubio, alto... Imponente. Qué pena de ojo. Se notaba que era un tipo de esos que llevan locas a las mujeres... Pero parecía estar cabreado del demonio —continuó Jack su perorata mientras volvía detrás de la barra—. ¿A que sí, Roger? A ti casi te corta una mano cuando ibas a robar carta, ¿eh?

—¡Menudo elemento! —le contestó el aludido—. Si me lo encuentro por la calle me orino en los pantalones. —Todos echaron a reír al unísono al escucharle.

—¿Y qué pasó con ese tipo? —volvió Frank al ataque.

—No era hombre de muchas palabras, pero Betty dice que le contó que tenía que encontrar a una bruja que le había dejado sin ojo...

Capítulo 9

El águila

Nate estaba exhausto. La herida le había provocado fiebre y, además, dolía como mil demonios. Pero así muriera en el intento, debía escapar.

Era la primera vez que faltaba a su encuentro con Edlyn... Aunque desde que resultara herido no pudo llevar bien la cuenta de los días, sí sabía que había pasado de largo el día señalado y la fatalidad se cernió sobre él.

Le resultaba más que extraño que no le hubieran dejado morir. Supuso que, en algún momento después de desfallecer, la tribu le había quitado la flecha que, por suerte, no contenía veneno. Y por si fuera poco, se habían llevado la diligencia con él adentro. Junto a ella trotaba siempre uno de ellos, vigilante. No supo calcular el tiempo que había estado inconsciente, pero tenía vagos recuerdos de caras ceñudas inspeccionándole de cerca, intentando averiguar si seguía con vida.

Le resultó más que difícil fingir que no recuperaba la consciencia, sobre todo por los dolores que le inundaban. No bastaba con llevar apretado un trapo en la parte de atrás del hombro, pues la herida le había continuado sangrando y se encontraba débil, febril y sediento. De vez en cuando le alzaban y mojaban los labios, y él tenía que reunir toda la fuerza de voluntad para no tomar la vasija y tragarse toda el agua de un trago.

Con todo, sabía que no debía claudicar. Tenía que esperar el momento adecuado. Que no le quisieran muerto no quería decir que no fueran a hacerle sufrir. Conocía suficiente de ellos como para saber que, de devolverle a casa, no sería entero.

Ni él mismo podía creer la oportunidad que le fue regalada. El escándalo al llegar al campamento, los llantos, los gritos... Él continuó con su pantomima, sin moverse ni un ápice, esperando.

Y se olvidaron de él.

En cuanto estuvo seguro de que no quedaba nadie a su alrededor, asomó la cabeza con cautela. Vio los cuerpos de aquellos niños destrozados, y una punzada de dolor le recorrió el corazón.

Malditos odios estúpidos.

Aquello no estaba bien. Detestaba a los hombres que, para mostrar su supremacía, aniquilaban a los débiles. No entendía cómo alguien podía ser tan ruin para cometer una atrocidad de tal calibre... Y de inmediato supo que, si se quedaba, él tampoco seguiría con vida. Los comanches se vengarían del primer blanco que tuvieran delante, y ese era él aunque tuviera mitad de ellos.

Intentando dominar la quemazón que sentía, se escurrió del carruaje y tomó uno de los caballos que habían tirado de él, para llevárselo después caminando con máximo sigilo hasta que se encontró lo bastante alejado del poblado como para que no se escuchara el trote.

Al moverse, la herida había vuelto a sangrar y le resultó en extremo complicado montar a lomos del caballo, pero si debía morir, prefería hacerlo luchando.

Ya había anochecido. La luna era la única luz que guiaba sus pasos, así que no podía marchar deprisa. Decidió que cruzaría el río para que les resultase más difícil rastrearle, y después lo remontaría. Calculaba que, de esta manera, estaría viajando hacia el noreste, pero era difícil saberlo, pues el estado de Texas estaba surcado por decenas de riachuelos y afluentes. El sol, a su salida, se lo confirmaría.

El avance fue demasiado lento. Aunque la luna iluminaba con claridad el río, encontrar una zona por la que no se ahogaran al cruzarlo no era fácil. Anduvo con tiento, pero cada movimiento brusco le hacía sentir como si mil cuchillos se le clavaran en la herida.

En algún momento del avance, cuando el dolor se le hizo imposible de soportar, se detuvo a descansar. Debía dosificarse y de paso dejar que el caballo también repusiera fuerzas. Se quedó dormido hasta que la luz del sol le despertó, pero tenía tanta fiebre que no supo decir si todo lo ocurrido era una pesadilla. Necesitaba ayuda. Tenía que encontrar a alguien que le ayudara o moriría allí, perdido, en aquellos montes dejados de la mano de Dios.

Trató de continuar avanzando, cada vez con menos fuerzas. Además, lo hacía tan despacio y era tal su desorientación, que bien podía haber estado marchando en círculos: de igual modo, no se habría percatado.

No supo en qué momento desfalleció. Sí sabía que estaba al límite, pero la fiebre le provocaba visiones y se encontraba aturdido. Escuchaba voces, unas conocidas, otras no tanto... Y de repente, cayó.

Se quedó observando el cielo azul. Un cielo plácido, despejado, de un precioso día de primavera...

Un día tan bueno como cualquier otro para reunirse con Edlyn.

La vio allí, en la pradera, con el lazo en la mano y dispuesta a salir al galope en busca de su próxima res. Llevaba el cabello suelto, como siempre, y su risa sonaba tan fresca, tan feliz...

De repente, antes de espolear a Liberty, se dio media vuelta y le miró.

Y entonces sonrió.

En ese mismo cielo azul, un águila planeó intranquila. La sombra de sus alas abiertas nadó entre los árboles y barrió, durante unos instantes, la mirada febril de Nate, que cerró los ojos dispuesto a abrazar a su amor.

Algo extraño había sucedido en el campamento.

Anna no tenía tiempo para escuchar a los hombres, pues ocuparse de los enfermos era una tarea que consumía todo su tiempo. La única ayuda de que disponía ahora era la de su hermano pequeño, pero el pobre no era capaz de hacer demasiado.

De todas formas, al cabo de dos días, aquellos en cuyo destino estaba escrita la supervivencia ya mostraban signos de mejora gracias a ella, y ese día se sentía más agotada que nunca.

Salió de su tienda dispuesta a darse un baño, lo necesitaba. No había prestado atención a las conversaciones de los guerreros desde que llegaron, pero aquellos que en su día partieron en busca de los saqueadores ya habían vuelto y traían consigo un paquete extraño.

Un bulto. Un hombre tendido cual fardo sobre uno de los caballos, y se preguntó qué era lo que buscaban trayendo a un hombre que ya estaba muerto.

De repente, Anna contuvo el aliento. Ya había tenido esa visión antes...

La noche en que partió sola hacia la colina, aquella en que debía cumplir con una de las etapas de su formación como chamán, había tenido un extraño sueño... Ella era un águila. Un precioso y

majestuoso animal que surcaba el aire. Hasta había podido sentir el viento en su cara, el sol sobre su plumaje, el movimiento lejano de los animales.

Había planeado por los montes, surcado el río... Y le había visto a él. Tendido sobre el suelo, boca arriba, con los ojos y la boca abiertos. Como si estuviera muerto.

Cuando volvió del trance no se lo contó a nadie. ¿Cómo iba a decirle a Pea'hochso que había visto a Nathaniel McCoy en sueños? ¿Qué explicación podía tener que en su viaje tuviera presencia un elemento de su anterior cultura?

Además, aquella visión no había tenido sentido entonces... Se limitó a relatar que creyó ser un águila que surcaba los cielos, y eso fue suficiente para que la tribu se mostrara satisfecha. El águila era el animal que simbolizaba la sabiduría, del poder, y era un tótem magnífico y comprensible, en el caso de aquella niña agraciada.

Pero en ese momento, la visión sí adquirió sentido. Observó sin moverse siquiera un milímetro cómo los hombres tiraban el cuerpo del chico al suelo y por inercia quedaba tendido de nuevo boca arriba. Llevaba la misma ropa, el mismo cabello enmarañado, la misma barba de varios días, incluso puede que semanas... Y la misma mancha de sangre en el costado.

Rogó a los dioses —y después, como temerosa por no haberle dado el primer lugar— al Gran Espíritu, que no estuviera muerto. Alzó la vista y se tropezó con la de Nobah, que alzó la mano y la llamó con gesto grave.

Cuando llegó a su altura escuchó atenta la explicación que el jefe le dio en comanche. Delante de todos, él se dirigía a ella en su idioma natal para tratar de fingir que la había aceptado por completo.

—Hemos encontrado un regalo... Los asaltantes están demasiado lejos, pero este venía con nosotros y se nos escapó al llegar... Y lo hemos vuelto a recuperar. Tienes que intentar salvarle.

—¿No está... muerto? —Intentó que no le temblara la voz, pero aún así no pudo evitarlo. De todas formas, solía pasarle cuando Nobah se dirigía a ella, porque nunca sabía en qué humor le encontraría.

—No, no lo está. Pero tiene un pie más puesto en el mundo de los espíritus que en el nuestro. Recupérame. Será nuestro nuevo salvavidas.

Le pidió a uno de los guerreros que le ayudara a llevarle hasta una de las tiendas, y Anna les siguió. A pesar de su cansancio, aquella vida era mucho más valiosa para ella que cualquier otra... Sentía ganas de llorar, de gritar... pero no de tristeza, sino de alegría por encontrar a aquella persona. Y rogaba por que estuviera viva.

—¿Es esa su única herida? —preguntó a Nobah.

—Es la única que le hicimos nosotros.

Cuando estuvo colocado y el ambiente de la cabaña purificado, ella comenzó a despojarle de sus ropas. No pudo evitar sentir un enorme pudor al verlo: ese hombre había sido el prometido de su hermana, y en cierto modo, también había sido un amor platónico para ella. Era un caballero, un salvador...

Su salvador.

Y tenía que curarle.

Le temblaban las manos mientras le despojaba de toda la ropa bajo la atenta mirada del jefe de los Quahadi. Era un muchacho muy apuesto, siempre lo había sido... Aunque ahora el tono de su piel, en lugar de tostado, era más bien gris y su aspecto luciera de lo más desaliñado. Palpó con sumo cuidado el lugar de la espalda por donde parecía haber sangrado intentando adivinar la profundidad de la herida. Estaba infectada, y si la infección había llegado a los órganos... Era

incapaz de calcular su extensión, pero tenía la piel hinchada y sabía que todo aquello no era bueno.

Aun así, usaría toda su fuerza para sanarle.

—Por favor, déjame a solas con él —rogó.

Nobah cuadró los hombros. Para él era muy difícil aceptar órdenes de una mujer... Esa era una de las razones por las que las tribus no solían erigirlas como chamán. Sin embargo, él sabía cómo funcionaban las cosas y, aunque hubiera deseado quedarse para comprobar si podía salvarle, los secretos de quien posee el poder debían ser preservados.

Así que la miró por última vez. Estaba concentrada, su ceño fruncido observaba con detenimiento la herida. Tendría que confiar en ella.

Sin mediar palabra, se dio media vuelta y salió dispuesto a mantener un ojo en esa tienda y en la chica durante todo el tiempo que ese maldito McCoy estuviera con ellos.

Anna le lavó a conciencia mientras intentaba dejar de pensar quién era él en realidad. Si lo hacía, un terrible dolor y añoranza le inundaban el corazón y no podía concentrarse, así que trató de imaginar que era otro de los miembros de la tribu para poder realizar su trabajo de la manera más competente posible.

Tras la purificación, intentó extraer el mal de él tal y como le había visto tantas veces hacer a su mentor. Cada vez que llevaba a cabo aquella ceremonia, su cuerpo temblaba y quedaba exhausta, pero en esa ocasión fue algo más que eso. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin cesar; una honda pena se había adueñado de ella y la hacía sentirse tremendamente desdichada, como si llevara consigo una pesada losa que no la dejaba respirar. A medida que pasaban las horas, la tristeza no amainaba... pero sí las lágrimas. Había comenzado a purgar el dolor, y aunque todavía estaba ahí, comenzaba a aceptarlo.

¿Por qué estaba él tan triste? ¿Sería por familia? ¿Existía la posibilidad de que todavía continuara en contacto con Edlyn? ¿De qué hubiera formado una familia con ella?

Deseaba tanto verle despertar para poder hablar con él sobre todo ello...

Trató de pensar en otros asuntos mientras curaba la herida. Cada poco renovaba el cataplasma y preparaba más unguento, pues la herida parecía hervir y le daba miedo que, en vez de ayudarle, estuviera provocándole una infección mayor debido a su ignorancia.

No se bañó, no descansó, no se separó de él mientras todavía tuvo fuerzas para permanecer en pie, lo cual implicó dos días con sus noches enteras. De vez en cuando, y para no parecer que estaba descuidando al resto de heridos, les visitaba y realizaba las curas requeridas, pero después volvía al mismo lugar y se sentaba frente a Nathaniel con la única compañía de Charlie, que jugaba como si aquella persona fuera un total desconocido para él.

Ella le observaba dormir plácidamente. La fiebre, al fin, había comenzado a remitir, aunque de manera casi imperceptible, y el sudor ya no bañaba su rostro. La adoración que sentía era difícil de explicar... No sabía si en realidad era un eco del amor de niña que creyó haber sentido, o el hecho de que viera en él reflejada la posibilidad de volver a su añorada vida anterior.

Sea como fuere, cuidó de él como si realmente de alguien de su familia se hubiese tratado. O quizá todavía con más amor. Le recorría la frente, la nariz, las mejillas con un paño humedecido mientras le observaba e imaginaba cómo habrían sido sus vidas si Edlyn se hubiera casado con él y los comanches no se hubieran cruzado en sus caminos.

O incluso si hubiese sido ella quien se hubiera casado con él al final.

Al séptimo día, se hallaba recostada junto a él con las manos enlazadas bajo su mejilla. Le había estado observando durante largo rato, esperando que de algún momento a otro despertara. Pero justo cuando lo hizo, ella se había quedado dormida.

Capítulo 10

Una verdadera *quahadi*

Nathaniel despertó de una larga pesadilla.

En realidad, había comenzado siendo una pesadilla, que luego pasó a ser un hermoso sueño que terminó por volver a convertirse en otra pesadilla...

Aquella en la que se enfrentaba a su tribu consanguínea.

Pero es que él había visto algo... La había visto a ella, clara, vívida, real como la vida misma. La había visto sonreír antes de salir al galope, la había estrechado entre sus brazos y le había escuchado susurrarle a los labios:

—Te he echado de menos.

Y después había vuelto a caer en la misma pesadilla...

Por suerte, aquella imagen vívida de Edlyn le había dado fuerzas para continuar.

Esperanza, aquella era la palabra. La esperanza de encontrarla así, de una vida tranquila con ella. Puede que fuera lejana, pero era posible, y algo en su interior trataba de decírselo.

Cuando abrió los ojos y consiguió que la imagen se centrara, frunció el ceño al adivinar las pieles inclinadas que conformaban aquellas paredes. Maldijo para sí mismo... En su fuero interno, sabía que no había sido un mal sueño. Estaba dentro de un *tipi*.

Estaba acostado boca abajo, supuso que debido a la herida que tenía en la espalda. Intentó mover los brazos, pero estaba tan mareado y el dolor era tan intenso que cualquier mínimo movimiento hacía que todo girase a su alrededor. Se sentía débil hasta para hablar.

Poco a poco, y cerrando los ojos con fuerza para no marearse y vomitar, consiguió mover ligeramente la cabeza y la vio, dormida frente a él.

Su rostro angelical le resultó tan familiar... Un rostro surcado de pecas.

El corazón le dio un vuelco, pero trató de respirar con normalidad para no despertarla.

No podía ser ella.

Esta chica tenía el cabello oscuro y corto, al estilo del de cualquier otra muchacha comanche. Y su piel ya no era tan clara... Pero bien podía habersele tostado al sol. Lo que no podía comprender era el color de su cabello.

Movió el brazo, aquel que no se vio afectado por la herida. Le costó horrores hacerlo, ya que debía haber perdido tanta sangre que la debilidad se había apoderado hasta el último poro de su piel, pero tenía que tocar ese cabello, no podía ser real.

Y sin embargo, tenía que ser ella.

Cuando rozó el cabello que le caía por la frente, la chica abrió un par de ojos azules enormes y asustados.

—¿Edlyn? —Aquella palabra salió de sus labios sin pensarlo, incluso aunque no fuera lógica.

Su voz quebrada, dolorida, sonó como un susurro, y Anna abrió los ojos todavía más, sobresaltada.

Se levantó con rapidez y le observó boquiabierta. Nathaniel estaba todavía algo febril, podía notarlos en esos ojos negros y llorosos. Debía ser por eso que la había confundido con su hermana. Despacio, con tiento, acercó su mano a la frente de él, al tiempo que él volvió a hablar:

—Es imposible...

No estaba demasiado caliente. Al fin, parecía que estaba recuperando a aquel hombre.

Ella bajó la mano y volvió a mirarle a la cara. No sabía por qué, pero le costaba horrores hablar delante de él, sobre todo en su idioma natal.

—Sí es posible, Nathaniel. No soy Edlyn, soy Anna.

La chiquilla sentía que el corazón se le iba a salir por la boca al decir aquellas palabras. Ella era Anna. No era Ta'by-yecht ni la chamán comanche que pretendían que fuera... Ella era y seguiría siendo siempre Anna Fletcher, y allí, delante de ella, estaba por fin su salvación.

Esperó con el estómago hecho un nudo mientras en el rostro de él aparecía un gesto de comprensión y asombro.

Nate no había esperado nada similar. No hubiera podido hacerlo... Conocía demasiado bien a esa gente, y siempre había creído que la niña o bien había sido desfigurada, o bien estaba muerta... Nunca se lo habría confesado a Edlyn, pero aquella era la verdad. De ahí que, al verla frente a él, mucho mayor y con un aspecto bastante más cambiado, la confundiera con su hermana. Ahora que había crecido a pasos agigantados ya no parecía una niña... Parecía la pequeña mujercita que era Edlyn cuando la conoció, pero con el cabello corto y oscuro.

—Anna... —volvió a susurrar mientras seguía contemplándola.

Ella se sonrojó y bajó la mirada, y entonces él se percató de que, quizá, estaba siendo demasiado brusco con ella.

—Dios mío, después de tanto tiempo —dijo más bien para sí mismo mientras cerraba los ojos de nuevo. Le dolía todo el cuerpo, y entonces recordó qué le había ocurrido—. ¿Qué hago aquí?

Ella le miró apenada.

—Te ha traído Nobah. Llegaste muy malherido.

«Maldición», pensó mientras apretaba la mandíbula. Finalmente, no había podido escapar de ellos. Le habían encontrado de nuevo y sabía que aquello no acabaría bien, así que intentó despejar su mente.

Había encontrado a Anna, lo cual le abría un mundo de posibilidades. Tenía que hacer que le ayudara a salir de allí. Tenía que ayudarle a aparentar seguir muy enfermo.

—Anna, ¿te... tratan bien? —fue lo único que logró preguntarle. No sabía cómo formular aquella pregunta sin resultar demasiado grosero. Al fin y al cabo, era una niña todavía, aunque ya no lo pareciera.

Ella se encogió de hombros.

—El chamán me tomó bajo su protección. Nunca me han hecho daño. Mi hermano y yo vivimos con una anciana hasta que... Hasta que nos asaltaron hace unos días y mataron a casi todos, Nathaniel, antes de que llegaras tú.

Él la escuchaba con atención. Aquello podía ser malo. Muy malo. Si descubrían que había despertado, lo más probable es que se ensañaran con él, con quien representaba a los blancos... Incluso aunque por sus venas corriera también sangre comanche.

Intentó moverse ahora que estaba algo más despejado, pero una punzada de dolor le hizo volver a recostarse.

—¡No te muevas! Vas a hacer que la herida vuelva a abrirse... —le reprimió ella mientras le quitaba el cataplasma para observar si sangraba—. No debes hacer grandes esfuerzos o volverás

al mismo lugar del principio. Me ha costado mucho acabar con la infección.

Nate se sintió abrumado por la sabiduría que había en las palabras de Anna. ¿Cómo había madurado tanto en tan poco tiempo? Estaba claro que, en vez de torturarla o marcarla de cualquier modo que la hubiera estigmatizado de por vida, habían decidido acogerla en el seno de la tribu. Pero, ¿por qué?

—Anna, debes ayudarme —le rogó—. Querrás hacerlo, ¿verdad?

No estaba del todo seguro de que ella lo deseara. Si todo era como le había contado, existía la posibilidad de que la niña se hubiera acostumbrado a la vida con ellos, de que realmente ya no quisiera volver a casa.

Pero ella asintió.

—Dime qué tengo que hacer.

Nobah había estado cazando aquella mañana. No habían podido rastrear a los asaltantes tiempo atrás, y eso les inquietaba a todos. Sobre sus cabezas se cernía siempre la amenaza de otro posible ataque que acabara por siempre con la dinastía Quahadi, pero les era imposible levantar el campamento ahora que había tantas personas convalecientes.

A la vuelta se sentían cansados y satisfechos. Se habían cobrado algunas buenas piezas y liberado algo de la rabia acumulada en una buena galopada junto a los antílopes. Ahora tendrían que hacer ellos mismos el trabajo que reservaban a las mujeres, pero no le importaba. Necesitaba sentirse ocupado.

Desde que ocurriera aquella gran desgracia para su tribu no había tenido más remedio que tratar día a día con la chica blanca. Le molestaba todo de ella: su rostro, sus pecas, el color de sus ojos, su voz... Y hacía todo lo posible por intentar disimularlo.

Con todo, era como si algo inhumano le atara a ella. Cuando estaba lejos necesitaba verla, y cuando estaba cerca, la detestaba. Pensaba más en ella que en las mujeres que había perdido, o en su favorita, la que todavía seguía con vida y reponiéndose... Y no sabía por qué.

A veces se preguntaba si es que no sería algún tipo de bruja blanca, y por eso le provocaba miedo... Pero enseguida se convencía de todo lo contrario. ¿Cómo iba a tenerle miedo a una muchacha cuando él había luchado cuerpo a cuerpo con tantos hombres y derramado tanta sangre? No podía ser miedo.

Quizá empezara a ser respeto. Ese algo que ella tenía... El poder, como ellos lo conocían, imponía demasiado. Y ella, tan solo una niña y para colmo de todos los males, blanca, lo tenía. Le intrigaba tanto que a veces la observaba como si fuera un bicho raro cuando ella no se percataba.

Tal vez fuera ese respeto el que hacía que, al hablar con ella, reprimiera sus ansias de insultarla e incluso de tomarla por el pelo y arrastrarla por todo el campamento... Pero se refrenaba y, en lugar de ello, se comportaba como un potrillo indefenso.

Al menos sus hombres no le veían actuar así, procuraba estar a solas siempre que debía enfrentarse a la chica. Es más, no deseaba que nadie se acercara. Ahora que las mujeres escaseaban, todos la miraban con codicia en sus ojos... Pero él había prohibido terminantemente a todos que la tomaran. Debía reservarse a su papel como sanadora. Si la estropeaban, se quedarían sin nada, y ya que su padre adoptivo no estaba, Nobah asumió el papel de protector de Ta'by-yecht ante los ojos del resto, incluso aunque ella no lo supiera.

No se percató de las miradas de escepticismo que sus hombres le lanzaron cuando había dado esa orden. Él creía sus palabras, pero ellos conocían cuál era el verdadero motivo, con lo cual

fingían obedecer y comprender aquel mandato.

Algún día, el gran jefe guerrero Nobah tomaría lo que, por un lado, ansiaba tanto, para sí y dejaría de fingir no desear hacerlo.

Eso es lo que sus hombres volvieron a opinar cuando le vieron dejar su carga y dirigirse hacia los *tipis* que conformaban el improvisado hospital del campamento en busca de la muchacha.

La buscó en varios de ellos sin éxito. Bien sabía dónde la encontraría, aunque hubiera esperado que no fuera así.

Cuando apartó las pieles de la entrada al *tipi*, Anna estaba sentada frente al herido mojándole la frente. El maldito seguía inconsciente.

Nobah entrecerró los ojos. Si hubiera podido abrasarle con la mirada lo habría hecho sin dudar. Aquella situación no le gustaba en absoluto. Siempre que volvía al poblado la encontraba con ese condenado... Cierto era que los demás ya no necesitaban tanto su ayuda, pero verla junto a él, tan preocupada, no le auguraba nada bueno.

—¿Cómo sigue? —le preguntó con brusquedad.

—Igual —le contestó ella al tiempo que se encogía de hombros—. La fiebre no se va, y sigue dormido.

—Debes venir conmigo. Necesito tu ayuda.

Ni siquiera sabía por qué había dicho eso. ¿Para qué la necesitaba? Lo había dicho sin pensar, tan solo porque quería verla alejada del maldito McCoy. En los últimos tiempos la había visto más sumisa, como si se hubiera conformado con su destino... No estaba alegre, pero sí aceptaba cuanto se le ordenaba. Tal y como se esperaba de una mujer comanche.

Pero ello no quería decir que no sospechara de ella. Era conocedor de los lazos que habían unido a esas dos familias... Y ante cualquier sospecha, no le temblaría la mano a la hora de cercenar el cuello de quien era sangre de su sangre.

Aunque ello implicara el comienzo de una guerra sin cuartel.

Se la llevó de allí y se inventó la excusa de ayudarles a despellejar la caza para curtir la piel. Necesitaban aprovechar todo cuanto habían traído, ya que después del ataque habían perdido gran parte de sus enseres entre el fuego.

Anna le había lanzado una mirada suplicante y después había mirado hacia el suelo.

—¿Qué ocurre?

Su tono lacónico era el de siempre, pero en esa ocasión había, quizá, un atisbo de preocupación que el guerrero procuró ocultar.

—Nada —se apresuró ella a responder mientras se agachaba sobre una de las presas—, es solo que... Estoy agotada, pero podré descansar después.

Nobah la observó comenzar a trabajar y, de repente, sintió una punzada de algo parecido al orgullo. Habían conseguido hacer de ella una verdadera Quahadi, dura y resistente, y todo ello en menos tiempo del que hubieran podido imaginar. Sintió deseos de mandarla a descansar, pero le ardía el corazón que ella no hubiera querido hacerlo cuando estaba cuidando de los enfermos y sí ahora, que estaba con él, así que no lo hizo.

Se agachó y sacó su navaja de la funda de piel que su madre un día le hiciera para desollar al animal. La miró de reojo y una sonrisa ladeada escapó de sus labios. Podría convertirse en una buena compañera, contaba con numerosos atributos... Y era cierto que, cada vez, su aspecto se parecía más al de ellos.

En ese momento, al verla trabajar de manera silenciosa y aplicada, cayó en la cuenta de que, de no saber de dónde procedía ella en realidad, no habría dudado en reclamarla para sí. No le

extrañaba que anduvieran tras ella como perros en celo... Se había convertido en una muchacha muy bonita, con curvas muy atractivas y unas largas piernas. Y sus ojos parecían atravesarte cuando te miraban.

Por su parte, Anna se concentraba en la tarea asignada sin mediar palabra. Era algo que había aprendido a hacer desde que llegara a la tribu... Y que le resultaba natural, pues al principio era incapaz de comunicarse incluso aunque hubiera querido.

Sí, era cierto, estaba cansada... Su cuerpo clamaba a gritos un ansiado descanso. No había trabajado tanto en toda su vida, y la vigilancia extra que ella misma se había obligado a ejercer sobre Nathaniel la estaba agotando.

Pero era importante ayudarle en todo cuanto pudiera. Le había dejado dormido a propósito, tal y como él le había pedido. Debía fingir que todavía no había despertado para que este pudiera llevar a cabo el plan que estaba urdiendo y, esta vez, no podía haber lugar a fallos si quería salir de allí con vida.

Capítulo 11

El retorno

*E*dlyn había estado perdida en sus propios pensamientos, maldiciendo a todos, cuando escuchó aquella fatídica frase.

No supo cómo lo había hecho, pues no había prestado atención a la conversación de aquel grupo de hombres, y sin embargo aquellas últimas palabras se le clavaron en la espalda como una daga.

«... le contó que tenía que encontrar a una bruja que le había dejado sin ojo.»

De repente, se irguió, poniéndose todo lo recta que fue capaz, y alzó la cabeza al tiempo que contenía la respiración.

Maldición y mil veces maldición.

Aquello era imposible.

Se giró y miró a Frank, que la observó con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

Ella hizo el ademán de levantarse y casi tira la butaca al suelo, pero su compañero la detuvo agarrándola con fuerza del brazo.

—¿Y sabéis a dónde se dirigía? Quisiéramos encontrarle, nos debe... unos cuantos dólares.

—Pues os deseo suerte, muchachos. Porque ese tipo... no es de fiar. Ya os digo que no abrió la boca —respondió el tal Roger—, pero era capaz de echarse la mano al revólver si se te ocurría ganarle la partida.

—Nadie sabe hacia dónde iba —continuó Jack—, igual podéis preguntarle a Betty. Si queréis usar sus servicios, creo que el muchacho imberbe podría gustarle bastante...

Todos rieron al unísono de nuevo. Se notaba que estaban faltos de emociones.

—¿Cuándo decís que pasó por aquí?

Jack se encogió de hombros y los demás comenzaron a hacer sus propios cálculos sin ponerse de acuerdo. Unos decían que dos semanas, otros que tres, otros que incluso más de un mes.

Mientras, Edlyn había comenzado a sudar de manera profusa. Por si no tenían suficiente con que Nate estuviera desaparecido, ahora se sumaba el hecho de que aquel asqueroso de Parker parecía seguir con vida.

—Será mejor que le preguntemos a Betty —resolvió Frank.

En cuanto hubieron puesto un pie en sus «aposentos», aquella mujer de algo más de treinta años y el cabello de un desteñido color amarillo comenzó a hacerle ojitos a Edlyn.

—Vaya, qué muchacho tan guapo... ¿Vienes a que te enseñe algunas cosas, cariño?

Ella casi se cae de culo al escuchar aquello. Todo el mundo le confundía con un chico un par de años más joven que ella, pero todavía no estaba preparada para que una mujer se lanzase a sus brazos.

—Eh... No, guapa, Ed no viene buscando compañía —le había contestado Frank.

Ella había desviado entonces sus ávidos ojos hacia su interlocutor y sonrió de nuevo.

—Bueno, no importa. Siempre me han gustado los hombres hechos y derechos, con más experiencia —concluyó mientras le guiñaba un ojo.

—No venimos por eso, Betty —interrumpió esta vez Edlyn en tono autoritario. No estaba para bromas y necesitaba marcharse de aquel pueblo lo antes posible—. Venimos a hacerte algunas preguntas.

La mujer suspiró, cambió de actitud por completo y se sentó en su camastro haciendo un mohín.

—Pues eso tampoco será gratis.

Edlyn resopló y se dio la vuelta, indignada. Comenzaba a desesperarse.

—Con un par de monedas te bastará —le espetó Frank. Edlyn escuchó un ruido sordo, el sonido del metal al caer sobre la cama, antes de volverse de nuevo hacia aquel conato de dama pintada —. Y ahora dinos, hace un tiempo estuvo por aquí un hombre que había perdido un ojo, ¿verdad?

—Uy, sí —respondió con una mueca de asco—. Qué lástima de muchacho, podría haber sido guapísimo. Un poco violento... Pero una se acostumbra a todo por aquí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —le tocó el turno a Edlyn.

—Yo que sé, no llevo la cuenta exacta de mis clientes, niño. Podría ser un mes, o quizá dos, o quizá tres. Aquí el tiempo no pasa, todos los días son iguales.

—¿Te habló de cómo había perdido ese ojo?

—Bueno, más que hablar... —Betty comenzó a levantarse la falda mientras respondía con gesto aburrido y se descalzó para subir los pies sobre la cama y recostarse de lado—, llegó bastante borracho. Se pasó todo el rato jurando vengarse de una chica que le había clavado algo en el ojo. También dijo que pensaba volver a Fort Worth a por ella.

—¿Eso es todo?

Edlyn no había modulado la voz esta vez. Estaba tan nerviosa que solo quería terminar con todo aquello y pensar en algún plan.

—Eh... ¡Ah, sí! Dijo que el *sheriff* le ayudaría a encontrarla. Que era su amigo o algo así. Pero no me hagáis mucho caso, era difícil entenderle en su estado...

Ambos se miraron y decidieron que aquello era suficiente por un día. Era mucho más de lo que habían esperado... Quizá demasiado.

Se despidieron de la mujer y decidieron marcharse de allí. Era demasiado peligroso, y siendo un lugar tan pequeño había pocas posibilidades de encontrar a alguien a quien destripar después. Además, ya no podían gastar más dinero; ni en hoteles, ni en comida, ni mucho menos en bebida.

La cabeza de Edlyn bullía con toda aquella repentina información. Tanto tiempo intentando averiguar qué había ocurrido... Y ahora, de repente, las noticias se multiplicaban.

Parker estaba vivo, y tarde o temprano aparecería de nuevo por Fort Worth...

Pero antes de eso, lo más importante era Nathaniel. En su fuero interno, algo le decía que seguía con vida. No es que se negara a aceptar la posibilidad de que estuviera muerto... Es que le parecía imposible. Habían luchado demasiado, y él era un hombre fuerte, incansable. Era un hombre que lo había tenido todo y había sido capaz de renunciar a ello por buscar justicia, incluso aunque tuviera que poner su vida en peligro.

Era imposible.

No estaba muerto; estaba luchando por su vida, esperando por verla, y algún día vendría en su busca...

Y si no, ella lo haría por él. Ella los buscaría a todos: a sus hermanos, a Nate. A quien hiciera falta. Dedicaría su vida entera a ello de ser necesario.

Mientras luchaban consigo mismos —y entre sí—, volvieron a pasar los días de nuevo a la

intemperie. Eran incapaces de llegar a un acuerdo sobre cuál debía ser el siguiente paso. Por una parte, Frank estaba deseoso de dar con Parker y el hermano que quedaba con vida... Eso es lo que había estado haciendo siempre, seguir su pista, y no quería que se le volviera a escapar. Los hermanos debían haberse reunido de nuevo, y aquello era lo más cerca que iba a estar nunca de conocer su paradero.

Sin embargo, aquella no era una prioridad para Edlyn. La suya era localizar a Nate.

Asumía que entretanto, y para buscarse la vida, deberían hacer otras cosas... Pero no aceptaría ninguna otra opción que no fuera partir en su busca. Sola o acompañada, le era indiferente... Pero necesitaba saber cuándo había ocurrido todo aquello, y también cómo y dónde. No podía buscarle sin tener idea de dónde estaba.

Quizá volver a Fort Worth no fuera tan mala idea, al fin y al cabo.

El rancho McCoy no estaba, ni mucho menos, como ella lo recordaba.

Conforme se fueron acercando a aquellas otrora fértiles tierras, Edlyn se percató de que la mano de obra que antes podía encontrarse aquí y allá, salpicada entre los campos, había desaparecido. Antes de llegar a la casa, aquello ya parecía un rancho abandonado.

Para intentar pasar desapercibidos, Frank se había afeitado la barba y el bigote y ella había vuelto a vestirse como una mujer. Robaron una destartada carreta —que a duras penas conseguía cargar con ellos— y unas cuantas ropas y se hicieron pasar por una pareja de recién casados en busca de trabajo. O al menos eso es lo que pretendían hasta que llegaran a White Settlement.

Lo cierto es que ambos estaban irreconocibles. Frank parecía diez años más joven sin tanto pelo en la cara, y ella mucho mayor de lo que era cuando había dejado el pueblo. De todas formas, no pensaban acercarse a él, sino llegar, pasando totalmente desapercibidos, al rancho de Nate para poder hablar con Rose.

Según habían escuchado a Jack, y si era cierto lo que este les había contado, ella sabía qué había ocurrido con su hijo.

Y Frank estaría cerca de aquellos bandidos.

La chica observó el camino apesadumbrada. Ellos tampoco se merecían todo aquello.

Cuando vio la casa, su corazón se estremeció. Ya no parecía aquella imponente y colorida construcción... Ahora era una casa grande pero con la pintura desgastada y descascarillada. Parecía una casa fantasma. De no ser porque un empleado negro rondaba el porche, habrían pensado que estaba abandonada.

—¿Qué quieren? —les preguntó tras detenerse al verlos. Su fuerte acento tejano le recordó a Edlyn la primera vez que había escuchado uno similar, de labios de Nate. Aquel día había pensado que era un paleta, y sonrió al recordarlo.

—Venimos a hablar con el patrón. Estábamos buscando trabajo —le contestó Frank en un tono casi de súplica.

Se le daba más que bien fingir.

—Aquí ya no hay nada. Váyanse por donde han venido.

Ya sabían que aquello resultaría complicado, pero no podían quemar todos los cartuchos de golpe.

—No cobraremos nada, solo necesitamos un hogar. Estamos recién casados y no tenemos nada... —continuó rogando el *cowboy*.

El hombre se encogió de hombros.

—Así estamos todos aquí, sin cobrar nada. Los que nos hemos quedado ha sido por el apego que le teníamos al antiguo señor. Pero ya les digo, aquí no hay nada... Ni siquiera es seguro quedarse a vivir en los barracones. Han pasado muchas cosas.

Edlyn le examinó. No recordaba haber visto al hombre, pero también sabía que, en otro tiempo, ni siquiera se habría fijado en él. Para ella habría sido otro sirviente más, nadie digno de su atención.

Cómo habían cambiado las cosas.

La tristeza que emanaba del hombre podía respirarse en el ambiente.

—Por favor —fue ella quien rogó esta vez—, necesito hablar con la señora. Dile que la conozco, que soy una antigua amiga de la familia.

El hombre, que les había dado la espalda para recoger un rastrillo del suelo, se dio la vuelta y la observó con curiosidad.

—Si me dice cómo se llama, igual la señora...

—Dile por favor a la señora que es muy importante —le volvió a responder ella mientras negaba con la cabeza—, ella querrá verme, te lo aseguro.

El hombre pareció pensarlo. Les estudió de nuevo a los dos, quizá calculando si aquellos dos pobres viajeros podrían implicar alguna amenaza. Cuando volvió a mirar a la chica, asintió con la cabeza y entró en la casa.

Pasó un buen rato. Los compañeros se miraron de reojo, se notaba que Frank comenzaba a ponerse nervioso.

—No tenías que haber dicho nada... —le susurró enfadado.

—Si no hubiera abierto la boca, ni habría entrado a llamarla —le contestó ella entre dientes e intentando no mudar el gesto.

Justo cuando pensaban que nadie saldría y que tendrían que marcharse de allí tal cual habían llegado, la puerta de la entrada se abrió de nuevo y una figura pequeña y oscura apareció en el umbral.

La muchacha entrecerró los ojos para verla mejor. Si no hubiera sido advertida antes del nuevo aspecto de Rose, no la habría reconocido... Y aún así, no pudo evitar sentir lástima por ella.

La señora McCoy, vestida por completo de negro y con el cabello totalmente gris, se quedó observándoles desde allí sin mediar palabra. Después dio un paso hacia adelante para salir a la luz del día, y levantó una mano para protegerse los ojos y observar mejor a los recién llegados.

Cuando la vio a ella, se llevó la mano al pecho y, asustada, susurró un «¡Jesús!» que llegó a oídos de ambos.

Edlyn bajó del carro y se acercó a ella.

—¿Cómo está, señora McCoy?

Estaban sentados en dos sillones que todavía conservaban su antiguo esplendor. Rose permanecía erguida en el sofá, como si todavía quisiera conservar la compostura de aquella dama que había sido cierto tiempo atrás y que quizá nunca la abandonara. Tenía la mirada perdida más allá de la ventana, y su rostro ladeado mostraba ahora, al trasluz, todas las arrugas que surcaban un rostro antes casi impoluto.

En un principio pensó que, en efecto, estaban casados... Y el impacto de verla de nuevo ante ella, después de tanto tiempo, fue quizá demasiado para el delicado corazón de la mujer.

—Han pasado tantas cosas... —susurró como si hablara tan solo para ella misma.

Frank y Edlyn se miraron sin saber qué decir. En verdad, aquella mujer parecía estar perdiendo la cordura.

—Siento haberme presentado así, señora McCoy. —Intentó hablar con voz comedida, aunque al no estar acostumbrada terminó, para variar, por parecer algo brusca—. En realidad, venimos porque queremos ayudar —le dijo mientras se sentaba junto a ella en el sofá y la tomaba de la mano para ver si la hacía volver al mundo de los vivos.

Ella se volvió y la miró de arriba abajo, y por un instante Edlyn volvió a ser aquella chiquilla que todo el mundo reprobaba.

—¿Y en qué podrías ser tú de ayuda, niña? ¿Apareces de la nada, después de tanto tiempo sin que se sepa nada de ti y de haber... trabajado con esas mujeres de mala vida, y esperas que te de un abrazo? Lo siento, pero ese no es mi estilo.

El gesto frío de Rose no sorprendió a su interlocutora. Ya la conocía, lo extraño habría sido que la hubiera acogido con los brazos abiertos.

—No, no pretendo que haga eso, señora —le respondió mientras soltaba su mano y cuadraba los hombros—. Quiero que sepa que...

—Señora McCoy —la interrumpió Frank, lo más seguro que por temor a que ella dijera algo que no debiera—, sé que quizá sea difícil de creer, pero... su hijo nos ha estado ofreciendo su ayuda a nosotros, y estamos en deuda con él.

Ella soltó un aspaviento.

—¿Y qué podéis hacer vosotros? ¿Sabéis lo que le ha ocurrido?

Ellos negaron con la cabeza.

—Es por eso que hemos venido... Necesitamos que nos cuente todo lo que sepa. Quizá parezcamos poca cosa, pero le aseguro que no abandonaremos al muchacho a su suerte.

La mujer se volvió de Frank hacia Edlyn y volvió a recorrerla con la vista.

—Sí, lo sé —le dijo ella—. Parezco una pobre campesina... Pero señora McCoy, la vida nos ha enseñado a luchar para sobrevivir, y eso es lo que importa. Soy una mujer fuerte, y le juro por mi vida que, aunque tenga que matar al mismísimo diablo, encontraré a su hijo.

Ella sonrió.

—Vaya, pues al diablo tendrías que enfrentarte, sí. ¿Y qué piensas hacer tú solita frente a toda una tribu de comanches, chiquilla?

Pasaron aquella tarde escuchando a Rose, quien les relató lo que, según otra compañía de *rangers* calculaban qué había sucedido con Nate. En realidad, nadie sabía a ciencia cierta si estaba vivo o muerto, pero un elemento muy esclarecedor era el hecho de no haber aparecido ejecutado. Se habían ensañado con el resto de hombres... Y si él no estaba entre ellos, lo más lógico era pensar que le habían tomado prisionero.

Sin embargo, nadie hacía nada. A nadie parecía importarle.

Nathaniel había descuidado los negocios de su padre... A causa de ello, lo habían perdido prácticamente todo. Ella había sido incapaz de lidiar con todos los problemas que estaban teniendo con el ganado; al carecer de pasto fresco, las reses habían empezado a enfermar y, por si fuera poco, el rancho fue objeto de múltiples saqueos y ataques. Todos sabían lo que estaba ocurriendo allí en millas a la redonda, y las ratas se acercaron a tomar su trozo de pastel.

Rose se sentía impotente, pero había dado su permiso a Nathaniel para que diera caza a los asesinos de su padre... Quizá si no se lo hubiera permitido, si le hubiera coartado de algún modo,

él ahora estaría allí, sano y salvo, y no le habrían perdido ni a él ni la fuente de sus riquezas.

Las palabras salían de la garganta de aquella mujer como un torrente. No importaba que las personas que tuviera enfrente ya no fueran de su misma clase social, o que no tuvieran la confianza necesaria como para desahogarse de aquella manera: los dos se dieron cuenta de que lo que realmente necesitaba ella era hablar.

La soledad la cercaba como un pesado manto. Solo contaba con sus dos sirvientes de confianza, pero parecían tan atareados en el rancho que, durante todo el tiempo que estuvieron conversando con ella, no aparecieron más que en sendas ocasiones para preguntar si la señora necesitaba algo.

Cuando al fin pareció haberse quedado sin palabras y logró controlar el acceso de llanto que fue incapaz de reprimir, los invitados se sentían más cercanos a ella, aunque algo incómodos.

Edlyn no sabía cómo explicarle lo que Nate era para ella, o lo que él había demostrado ser. No sabía cómo decirle que sí, que puede que fuera solo una mujer, pero aquella mujer valía más que muchos otros hombres juntos.

—Sé por qué estás aquí —le dijo Rose mientras apartaba la cortina para observar el camino de entrada. Lo había hecho tantas veces ya, que habían perdido la cuenta—. Él te quiere. Siempre te ha querido, desde que te vio. Y no me explico cómo ocurrió... Pero nunca ha permitido que se mencionara tu nombre en esta casa, porque sabía que no eras santo de mi devoción.

Edlyn apretó los labios. En realidad, le importaba bien poco si ella era o no santo de la devoción de nadie. Y si aquella mujer iba a empezar con aquellos sermones, su tiempo en esa casa estaba llegando a su fin.

Intentó levantarse, pero Rose se dio la vuelta con rapidez y se lo impidió con un ademán de la mano.

—No, por favor. Ahora ya todo da igual. Lo hemos perdido todo, ¿qué más da también la reputación?

La muchacha se sonrojó, llena de rabia.

—Señora McCoy, le puedo asegurar que...

—He dicho que no me importa —la interrumpió alzando la voz—. Lo que hayas hecho, lo que te hayan hecho... No es cosa mía. Yo solo quiero tenerle de vuelta —su voz se suavizó y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas—. Quiero verle feliz, quiero verle cuidar de sus hijos... No soporto perderles a los dos.

El tono suplicante hizo carraspear a Frank, que parecía tener el trasero ardiendo en aquel florido sillón. Se sentó en la orilla del mismo y comenzó a cambiar su sombrero de una mano a otra mientras apoyaba los codos en sus rodillas.

Era la primera vez que Edlyn debía asumir las riendas.

—Necesitaremos hombres. Usted quizá ya no tenga riquezas, pero sí contactos.

Capítulo 12

Una promesa

Se lo debían por August, por su difunto esposo. Él había ayudado a todos y cada uno de los colonos, había participado en rebeliones y también contribuido a sofocarlas; era un hombre duro, pero también era un hombre justo.

Rose se sintió apabullada con la sugerencia de aquellos dos casi desconocidos. Esa no era la muchacha que ella había conocido... Después de que la desgracia se cerniera sobre la familia Fletcher, la chiquilla se había visto alejada de todo. Ahora, Rose creía que había sido el destino quien la había empujado a todo aquello... Aunque ella misma nunca habría recurrido a mezclarse con aquellas mujeres de dudosa reputación, por muy desamparada que se hubiera visto. Siempre debía existir otra posibilidad antes que eso.

La señora McCoy desconocía hasta qué extremo Edlyn había sido una dama pintada, y ella no pensaba contárselo. Si la mujer tenía prejuicios, más le valía librarse de ellos cuanto antes posible, pues ahora se trataba de la vida de aquel a quien proclamaba su hijo. Aquello no dejaba de extrañarle... No entendía cómo una dama de la alta sociedad, tan recta y afectada, hubiera llegado a aceptar a un hijo bastardo, y además mestizo, como propio.

Puede que la perspectiva de perderlo le hubiera hecho replantearse las cosas... Al igual que, en cierta medida, le ocurría a ella.

Cuanto aquellos dos recién llegados le contaron se le antojó, en un principio, una locura. ¿Cómo podía una mujer participar en todos aquellos asuntos de hombres? Y en cuanto descubrió cuáles eran sus intenciones, todavía se sintió más apabullada. ¡¿Cómo se atrevía una mujer a hacerse pasar por un hombre y convivir con él, o ellos, o cuantos fueran?! ¡Aquello era inadmisible!

Sin embargo, tras el primer impacto y después de haber disfrutado de una ligera sopa para cenar, la señora McCoy había dejado su cuchara con un golpe sonoro sobre la mesa, se había restregado los ojos con muy poca moderación, y había suspirado antes de proclamar:

—Vamos a hacerlo.

Frank y Edlyn cruzaron las miradas sobre la mesa y sonrieron. Aquello estaba en marcha.

Una vez que aquel hueso duro de roer había sido convencido, fue imposible librarse de sus dotes de mando. Los acogió en el rancho, aunque les advirtió que deberían cuidarse ellos mismos, pues andaban escasos de personal, e intentaron instaurar una rutina diaria mientras se preparaban.

Frank prefirió quedarse en una de las casetas de los empleados. Su lugar nunca había sido ni sería una gran mansión y no se sentía cómodo con gente a su alrededor; ansiaba libertad.

Sin embargo Edlyn, aunque también ansiaba libertad, prefirió quedarse allí. Desde el momento en que había entrado en aquella casa, todo le recordaba a él. Había cuadros de familia colgados de las paredes: de Rose, de August, del joven matrimonio... Y uno de Nate cuando era niño. No podía dejar de observar aquel retrato; era el mismo cabello, largo y ondulado, oscuro al igual que sus ojos. Un niño risueño, con esa sonrisa traviesa que tan pocas veces había asomado a su rostro.

Edlyn nunca había querido tener niños, no quería traer hijos a ese maldito mundo... Pero aquella vez se preguntó si, tal vez, los suyos con Nate quizá se parecieran a ese muchachito de la imagen.

«Dios, sé que pocas veces hablo contigo... Pero solo te pediré una cosa: manténle con vida, por favor, cuida de él y de mis hermanos hasta que dé con ellos», rogó mientras aquel pensamiento parecía arraigar en su corazón.

Antes de instalarse en su habitación, Frank y ella se encargaron de sus caballos y se marcharon a descansar. O al menos, eso es lo que la muchacha pretendía hacer.

Edlyn entró en la habitación que le habían asignado, pero se sintió tan sola y aquella estancia era tan fría, estaba tan desnuda... que una necesidad imperiosa de tenerle cerca se adueñó de ella. Salió de allí y caminó en silencio por los pasillos, intentando encontrar una pista que la llevara hasta la habitación de Nate. Temía abrir puertas desconocidas, así que se detuvo ante cada una de ellas y pegó el oído. Cuando estaba segura de no escuchar sonido alguno, la abría con cuidado para no alertar a nadie.

Y así continuó hasta llegar a la definitiva. Lo supo en cuanto puso los pies en el umbral. Todo lo que allí había olía a él. Una enorme y sólida cama como ella nunca tuvo dominaba la habitación, pero a ella le llamó más la atención la curiosa decoración. Salvo por los muebles propios de cualquier dormitorio, todo en ella clamaba a su dueño: los objetos que había depositado por doquier le recordaron tanto a él que dolió. Uno de sus cintos, vacío, reposaba descuidado en la butaca, y un jubón de cuero estaba colgado de un sillón, listo para el próximo viaje. Había un revólver y un fusil sobre la cómoda, y una chaqueta colgaba de un perchero.

Estaba todo tal y como él debía haberlo dejado.

Con esa emoción propia de estar haciendo algo prohibido, entró en la estancia conteniendo el aliento. Él estaba allí, podía olerlo. Cerró los ojos y pasó la mano por el fusil, acariciándolo. Después caminó hasta llegar al perchero, donde estaba su chaqueta. Se acercó, cogió una manga y la olió. Así era como le recordaba a él en aquellos primeros tiempos: grave, masculino, altivo.

Nadie notaría si dormía una noche allí. Lo dejaría todo tal cual estaba por la mañana.

Tenía que hacerlo. Necesitaba sentir una conexión, tener la certeza de que estaba vivo.

Se tumbó sobre la cama. Le pareció sentirse en la gloria... Una cama mullida pero firme, como hacía mucho que no probaba. Una cama que olía a él. Cerró los ojos, se giró haciéndose un ovillo y se abrazó a la almohada mientras se dejaba llevar.

Cayó rendida en minutos, y sin siquiera percatarse de ello, se adentró en un sueño que la llevó a mantener la firme esperanza de que, algún día, ambos volverían a reunirse.

—Edlyn— la voz susurrada que escuchó al oído sonó tan real, que temió abrir los ojos.

Tenía un brazo extendido a través de la cama, y notó cómo algo le hacía cosquillas y subía desde su muñeca hasta la cara interior del codo.

Entonces abrió los ojos, y le vio.

Ya no estaban en aquella habitación del rancho McCoy. En su lugar, parecía haberse dormido sobre un frondoso y desconocido prado, y Nate estaba tumbado junto a ella, apoyado sobre uno de sus brazos para observarla dormir.

—¿Nate...?— Su voz adormilada sonó a través del trinar de los pájaros.

Intentó levantarse, pero él se lo impidió tocándole suavemente un hombro.

—Sh... Necesitas descansar. Todos necesitamos descansar, Ed.

Ella le observó extrañada.

—¿Dónde estamos? Esto es un sueño, ¿verdad?

Él se encogió de hombros, miró hacia el cielo y luego volvió el rostro de nuevo hacia ella. Estaba afeitado y su cabello lucía ahora más corto y peinado. Parecía el caballero que una vez conoció.

—Podría serlo, pero eso no importa, porque ahora estamos aquí tú y yo.

Él se recostó de nuevo, pero apoyó la cabeza sobre su mano para poder observarla mejor. Ella desvió su mirada hacia el cielo, de un precioso azul claro, y hacia las copas de los árboles que les resguardaban de los inclementes rayos del sol. Sobre ellos sobrevoló un águila, pero lejos de sorprenderla, sintió que aquel animal le pertenecía, que de alguna manera velaba por ellos.

—Es extraño, pero aquí me siento... segura, y tranquila. —Él sonrió, y allí estaba de nuevo ese chico que, durante un breve espacio de tiempo, lo había dado todo por ella; aquel que una noche llamó a su ventana para llevársela con él.

—Y lo estarás. Sé que lo estarás. Ambos lo estaremos —le dijo mientras le tomaba la mano para depositar un beso sobre ella—. Al final del camino, lo estaremos, Edlyn. Solo tienes que encontrarlo... Encuentra el camino.

Entonces se inclinó sobre ella y depositó un suave beso sobre sus labios. Hacía tanto tiempo que no sentía esa intimidad, y tanto que la necesitaba, que hundió sus manos en el oscuro cabello de su nuca para atraerlo más hacia ella.

Un suave roce no era suficiente. Le había esperado demasiado, le había anhelado mucho más.

Lo que en un principio fue un roce de sus cálidos labios pronto se convirtió en un arrebato. Ambos se exploraron con anhelo, sus cuerpos apretándose en busca de una mayor cercanía, sus manos acunando la cara del otro.

Edlyn quería más. Quería todo aquello que le habían contado una vez... Le quería a él contra ella.

Pero entonces Nate separó sus labios de los de ella, y con la respiración agitada, susurró:

—Mataré a quien vuelva a separarme de ti.

Y entonces ella despertó.

Respiró agitada. El sudor empapaba su camisón, su cuerpo se rebelaba ante el calor que le habían arrebatado, pedía más de él. Lo exigía a gritos.

Respiró hondo y procuró serenarse. Él había estado ahí. Le había visto.

Y aquel sueño había sido una promesa.

«No, si yo le mato antes...», pensó antes de dormirse de nuevo.

Atreverse a acercarse a Fort Worth había sido un riesgo... Pero una vez que estaba tan cerca, Frank no podía evitarlo: tenía que hacer una visita a cierta persona, y no solo porque sentía deseos de verla, sino también porque necesitaba hacer unas cuantas preguntas.

Cómo iba a llegar y pasar desapercibido era algo que no había calculado... Lo que sí tenía claro era que deseaba ver a aquella mujer que le traía loco, aquella que le había cuidado y que le había ayudado a escapar... Pero quizá más fuerte era su deseo de acercarse y saber: ellos andaban por ahí, y ahora que lo sabía, tenía que encontrarlos. Era su deber rematar lo que había dejado a medias.

Así pues, aquella noche Frank desapareció, esquivo, por los oscuros caminos iluminados tan solo por la luna llena. Pasar desapercibido era un arte que había aprendido a dominar, unas veces con mayor éxito que otras. Se le daba mejor ir por su cuenta, y así lo continuaría haciendo siempre

que las circunstancias se lo permitieran. Era algo que había añorado desde que diera con aquella niña marcada por el destino, justo como él.

Tozudo como él solo, ocultó ese aspecto de su vida a su compañera de andanzas.

Reunirse con Marybelle fue todo un riesgo, pero uno que mereció la pena correr.

Al fin y al cabo, él era solo un hombre... Y ella le recibió con los brazos abiertos. La mujer no era dada a mostrar sentimientos hacia sus clientes, y aunque no podía considerar a Frank uno de ellos, era incapaz de dejarse llevar por una pasión, ya no era una niña soñadora.

Para el *cowboy* no era necesario que lo hiciera. Él sabía quién era ella, y no exigía nada, mucho menos cuando él tampoco podía ofrecérselo. En su opinión, eran el tándem perfecto.

Aún así, la primera noche del reencuentro a hurtadillas, en la que casi la mata del susto al colarse en la habitación de la mujer, se limitaron a confirmar que todos estaban bien y a disfrutarla dando rienda suelta a una pasión desbocada, una pasión auténtica, no fingida. No fue hasta que hubieron mitigado su entusiasmo que Marybelle comenzó a poner a Frank al día, y todo lo que escuchó de sus labios le sentó como una soberana patada en sus férreas posaderas.

Pero, a raíz de lo escuchado, el trasero que podría salir más perjudicado sería el de su indómita compañera.

—Se dice que ha fundado una asociación de esas que odian a los negros... ¿Te lo puedes creer? Es un hipócrita. Ese supuesto caballero, que vino aquí alardeando de ser tan ecuánime, justo y pacifista... El inglés estirado de capital, y mírale ahora —le contó ella mientras su amante le acariciaba el brazo con las yemas de los dedos.

—Algo así de extraño era de esperar, Mary. Ese hombre se volvió loco a su vuelta. Quién no lo habría hecho.

Ella se levantó de su pecho, donde había estado recostada, y le observó con el ceño fruncido.

—Pues ha tenido tiempo de superarlo todo y recuperar a su hija, que es lo que debería haber hecho. Pero no, se pasa el día predicando por las esquinas, y parece el fantasma de la muerte. Lo peor de todo es que hay mucha gente que le escucha.

—Personas desesperadas, presas fáciles, Marybelle.

—¿Ah, sí? Ya podía la gente trabajar y dejar de hundirse en su propia miseria. Míranos a nosotras. Si el mundo no nos quiere, haremos lo que haga falta por hacerle frente. Ninguna de mis chicas lo ha tenido fácil y no por eso se ha dedicado a la quema de brujas.

Frank no podía replicarle, pero no había manera de eliminar de la faz de la tierra el puritanismo y la intransigencia de aquella sociedad de doble moral que imperaba en aquellas zonas rurales del país. Eran hechos que había aprendido bien mientras creció con Consuelo, así como la precariedad de la línea que separaba el bien del mal. Él mismo solía cruzarla muchas veces y no era quién para juzgar a los demás.

—Hay algo que quiero que hagas por mí —le pidió a su compañera—. Bueno, por los dos —corrigió mientras se volvía a mirarla.

—Siempre que esté en mi mano...

—Solo tienes que averiguar en qué anda metido el *sheriff*. Sé que se mueve en asuntos turbios. Nos han soplado que anda compinchado con el tipo al que atacó Edlyn y que, por cierto, anda por ahí vivito y coleando —le confesó Frank, ahorrándose la parte en que para él, esa persona era mucho más importante que para la agredida. No deseaba mostrar de nuevo aquella parte de su pasado.

—¿Dices que está vivo? —Frank intentó acallar la voz chillona de Marybelle. Las paredes tenían oídos en aquel hotel—. ¿De qué demonios estás hablando? —continuó ella, incrédula.

—Hizo una parada en un *saloon* que visitamos. No parece haber duda de que es él.

La mujer no sabía en qué punto le afectaba a él todo aquello, y no tenía pensado dejarle entrever ni un ápice de la historia; aún así, estaba decidido a encontrarle antes que nadie. A ser posible, a pillarles desprevenidos —a los dos hermanos restantes—, y regalarles la peor de sus pesadillas.

Ahora que lo veía tan cerca, estaba calculando su venganza milímetro a milímetro.

Capítulo 13

El beso

*T*ekwashana, la primera esposa de Nobah, se estaba recuperando de sus heridas de forma satisfactoria, aunque lenta. Nobah era consciente de que no había atendido sus necesidades como quizá hubiera debido, pero ahora que la tribu había sido diezmada hasta un nivel casi insostenible, tenía que multiplicarse para sacar a los pocos supervivientes adelante con dignidad.

Además, el proceso de despedida de los allegados estaba siendo lento y en extremo doloroso, sobre todo cuando se marchaba alguien que esperabas que se hubiera salvado, y las ceremonias de despedida eran algo de lo que no podían prescindir. Sus hombres habían estado ocupados transportando a los familiares envueltos en telares hacia lugares tranquilos, en su mayoría cuevas, donde los enterraban bajo una capa de piedras para que hallaran su eterno descanso.

A la vuelta, las pertenencias que quedaban de los desaparecidos habían sido quemadas y, para terminar con el rito, aquellos que eran cabeza de familia se habían realizado tantos cortes en los brazos que requirieron los cuidados de una más que extenuada Anna. Nobah tuvo que detener a uno de ellos, pues de haber seguido con aquella locura, su vida también se habría extinguido. No podían permitirse más pérdidas.

Necesitaban a todos sus hombres y mujeres.

Estaba sentado frente al cuerpo de su esposa, observándola dormir mientras revisaba las cicatrices de sus brazos, aquellas pertenecientes a la despedida de su propia familia. En esta ocasión se habían añadido otras nuevas, las relativas a sus otras dos esposas y también su *sarii*, pero no había sentido el dolor de igual manera que cuando se quedó solo en el mundo, tiempo atrás.

Volvió a mirar a Tekwashana. Tras varios días de convalecencia en los que la fiebre y los dolores la hacían agonizar, la mujer había sangrado profusamente y emitido gritos de dolor atroces.

Los golpes y las heridas habían provocado la muerte del hijo que estaba esperando.

El primer hijo que habría nacido de él.

El guerrero apretó los dientes y maldijo en silencio. No sabía que ella estaba encinta, pero a decir verdad, tampoco sabía si ella era consciente de ello. Era una buena mujer, solícita y complaciente. Calmaba a su esposo cuando tenía esos días malos que ocultaba a vista de todos, y aunque él no era capaz de devolver aquellas muestras de cariño, sí las apreciaba. No era de hierro, era tan solo un hombre que había aprendido a construir una muralla que protegía su corazón de los duros golpes de la vida.

Solo esperaba que esos malditos blancos no la hubieran dañado hasta el punto de no permitirle tener hijos nunca más. Sabía cuánto podía afectar aquello a las mujeres.

Se levantó, furibundo, y fue a buscar a Anna. No estaba en el *tipi* del heredero McCoy. Aquel traidor seguía perdido en el mundo de los espíritus, pero era tal la vigilancia a que el poblado

estaba sometido ahora que resultaba imposible que pudiera escapar aunque hubiera despertado. Se acercó a él y le observó. Parecía realmente dormido, pero lo cierto es que su aspecto no era tan malo. Claro que era difícil de decir bajo aquella barba, y no quería tocarle para comprobar si tenía fiebre y Anna le estaba mintiendo. Le dio una ligera patada junto a la herida para comprobar si se quejaba, pero no respondió.

Supuso que, de estar fingiendo, aquello le habría provocado algún tipo de reacción, así que decidió continuar buscando a la chica.

Escuchó unas risas desde la cabaña que la muchacha había convertido en su hogar, y se acercó. Ella estaba allí, con los niños. Ahora ellos eran el futuro y debían cuidarlos como el bien máspreciado. Era injusto que todo el trabajo recayera en la muchacha, pero era la única mujer en condiciones de trabajar del campamento, y el jefe prefería que se ocupara de ellos antes que de vagar por ahí despertando las ansias de sus hombres.

—Ta'by-yecht —la reclamó interrumpiendo el juego en el que andaba sumida con el bebé, que gateaba feliz e ignorante—, ¿alguna novedad sobre los enfermos?

Ella bien sabía a quién se refería... Pero su determinación a ayudarle era tan fuerte, que no dejó traslucir el nerviosismo que recorrió sus extremidades.

—Tu esposa está mejor, ya no tiene fiebre e incluso ha logrado comer algo —fue su única respuesta.

Él entrecerró los ojos y la taladró con la mirada. Esperaba que no estuviera jugando con él, que el papel de chamán no le hiciera creer que era intocable... Porque puede que no lo fuera.

—El rehén lleva demasiados días enfermo. Si tuviera que morir, habría muerto ya.

—No somos quién para poner en duda los designios del Gran Espíritu —susurró ella, más comedida. Sabía que no debía desafiarle nunca, pero si se mostraba sumisa y continuaba fingiendo, nada tenía por qué ir mal. Aquellos que no poseían el poder no eran concedores de los remedios que los chamanes usaban, y por tanto, era imposible que descubrieran qué estaba utilizando ella para hacerle dormir. O al menos eso esperaba.

De esa manera, conseguiría que se curara mientras esperaban a las próximas lluvias, momento en que debía aprovechar para escapar. Anna llevaba varias noches pidiendo al Gran Espíritu una lluvia torrencial que borrara sus huellas cuando partieran, aunque conforme pasaban los días, la ilusión de que Nathaniel les hubiera encontrado se había ido diluyendo y ahora veía difícil poder escapar con él.

Tendría que llevarse a los niños, o al menos a Charlie... El bebé podría quedarse con Tekwashana si ya estaba recuperada. Pero aún así, tres personas, dos de ellas no acostumbradas a la huida, eran presa fácil.

Había estado observando al bebé jugar con sus manitas mientras dejaba sus pensamientos vagar y no se percató de que Nobah se le había acercado hasta que vio sus pies frente a ella.

El guerrero se agachó hasta ponerse a su altura y le cogió la cara con una mano, haciéndola girar con brusquedad para enfrentarse a él.

Ella bajó la mirada. Sabía que debía hacerlo así, no debía retarle.

—Espero que sean los designios del Gran Espíritu y no los tuyos los que estemos siguiendo, porque de lo contrario verás a tu amigo colgado del mismo árbol en que los suyos colgaron a todos nuestros niños.

La rabia que había en su voz tocó el corazoncito de Anna. ¿Cómo podía ella olvidar aquella escena? No hacía falta que él se la recordara. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se sorbió la nariz, pero no pudo limpiarse porque él seguía aferrando sus mejillas con aquella mano de hierro.

Cuando él vio las lágrimas caer, la apartó de repente como si temiera quemarse con ellas. No quería verla llorar, así como tampoco quería ser él el causante de su llanto. Que él supiera, siempre había cuidado muy bien de sus mujeres y nunca, nunca vio a ninguna de ellas llorar frente a él.

Tenía miedo de las represalias del Gran Espíritu. ¿Y si todo aquello era un castigo por no haberla aceptado como debiera desde el principio? Después de todo, había dado suficientes muestras de ser merecedora de aquel poder, mucho más de lo que hubieran esperado todos. Debía temerla. Y estar agradecido con ella.

No supo cómo ocurrió, pero lo siguiente que hizo fue algo que jamás, en su extensa experiencia, había hecho con sus otras esposas: se dejó llevar por un impulso y la besó en la boca.

Anna abrió los ojos como platos.

Allí, delante de los niños, el mismísimo jefe de la tribu había expresado una muestra de cariño del todo atípica entre su pueblo. Anna no entendía todavía la forma en que los Quahadi manejaban sus relaciones: el acto sexual era algo natural y de lo que no se avergonzaban, pero no así los besos. Nunca había visto a ninguno de ellos besarse apasionadamente, tal y como había leído a hurtadillas en las novelas que los adultos de su raza hacían.

Nobah apretó sus labios contra los de ella, respiró hondo, y después aflojó un poco el agarre para acariciarlos durante un instante; acto seguido, se separó tan rápido como se había acercado.

La chiquilla le miró a los ojos al principio, fruto del aturdimiento. Él la observaba con el ceño fruncido, y de inmediato bajó la vista de nuevo, asustada. Siempre había temido que alguno de los guerreros se acercara a ella. Era lo normal, las otras chicas de su edad solían tener sus preferencias y, en muchas ocasiones, los muchachos se acercaban a ellas y las hacían reír, o se marchaban lejos para estar a solas.

Ella sabía que no era una mujer que pudiera atraer a los Quahadi, no era como ellos... Pero no esperaba que fuera el propio Nobah quien la eligiera.

Él le había dado su primer beso.

Sin quererlo, se sonrojó hasta la médula; tanto, que las pecas casi desaparecieron en la ya oscurificada piel. Por el rabillo del ojo, observó cómo el guerrero se levantaba y se marchaba del *tipi* sin mediar palabra.

¿Y ahora cómo se suponía que debía actuar ella? ¿Significaba eso que estaban casados, que ella le pertenecía a él?

Se giró y continuó jugando como si nada hubiera ocurrido. Los niños no entendían de las cosas de los mayores, y ella se sentía cada vez más adulta, como si hubiera crecido varios años de golpe.

Decidió no moverse de allí. Preparó la cena para los tres, con caldo para los enfermos, y después pasó por los *tipis* para ayudar a que la tomaran a quienes no podían hacerlo por sí mismos. El último al que acudió fue a Nathaniel. No quería que nadie la observara, y antes de entrar en la estancia ya todo estaba en silencio en el exterior.

El efecto del remedio suministrado casi había pasado, y se le notaba inquieto. Anna le quitó la cataplasma. La herida seguía curando bien, al menos estaba limpia y no sangraba. Vertió las hierbas que llevaba escondidas bajo su cinturón en la sopa e intentó girarlo. Cada noche repetía el mismo proceso y conseguía introducir algo de líquido en su cuerpo, aunque era bastante

complicado. A veces, él despertaba ligeramente y hablaban un poco, aunque ella se limitaba a confirmarle que la herida iba mejorando.

No deseaba ser escuchada por nadie, y desde luego, esa noche no iba a ser menos. Temía a Nobah. Siempre lo había hecho y siempre lo haría, a pesar de que él la hubiera besado y, con ello, le hubiera demostrado que, quizá, había algo en él que ella todavía no había logrado adivinar.

Pretendía seguir con el plan hasta que el momento oportuno llegara.

El aire se estaba humedeciendo. Iba a llover. Cada noche se lo pedía al Gran Espíritu, y sabía que él la escuchaba. Desearía poder escapar con él, pero lo que más deseaba, en realidad, era que Nathaniel McCoy pudiera marcharse sano y salvo, regresar con su hermana y hacerla feliz, como él mismo le había contado.

Edlyn estaba bien, y quizá un día ambos pudieran pagar un rescate por ella y por Charlie. Estaba comenzando a pensar que esa sería la única forma en que nadie saliera herido, y a la tribu, ahora más que nunca, le vendría muy bien una reposición de las pérdidas.

En la oscuridad, escondido entre las ramas, Nobah observaba el *tipi* y las sombras que en su interior se movían. Era su turno de vigilancia, un turno que había escogido libremente para poder estar al aire libre y pensar.

Lo que le había hecho a Anna le aturdió por completo. Bien sabía que la rabia hacia ella provenía del hecho de que fuera blanca... Pero no entendía cómo es que el resto de su pueblo había llegado a aceptarla como otra más, llegando incluso a mimetizarla con la tribu, y él era incapaz de hacerlo. Al fin y al cabo, ella era solo una niña...

Pero ya no.

Sí, ya se estaba convirtiendo en una mujer adulta. Joven todavía, pero despertando a las relaciones con otros hombres, al igual que el resto de muchachas de su edad.

Su madre le había hablado del amor cuando era pequeño. Entre los comanches no era tan común hablar abiertamente sobre aquello... Sobre todo entre los hombres. Eran las chicas las que daban siempre el primer paso, las que coqueteaban con ellos, las que entraban en los *tipis* donde el guerrero vivía para seducirle a escondidas. Entre ambas culturas había un abismo en lo tocante a las relaciones entre ambos sexos.

Y él, que a pesar de su juventud había estado siempre rodeado de mujeres complacientes... había perdido la cabeza y hecho todo lo contrario.

Tenía que reconocer que las relaciones no eran lo suyo. Había sido testigo en varias ocasiones de algunas uniones más fogosas que otras, de esas en que los compañeros no podían despegarse, en que se perseguían a escondidas y se reunían en lugares donde pensaban que nadie les veía, o incluso de esas en las que pasaban la noche disfrutando de manera descarada de sus cuerpos y sonreían como tontos todo el día. Las mujeres eran quienes mandaban en ese aspecto... Ellos podían ser muy buenos cazadores y guerreros, como era el caso de Nobah, pero a la hora de conquistar a una mujer estaban perdidos; las muchachas hacían todo el trabajo. Como mucho, y una vez que tenían claro que ella estaba dispuesta, las perseguían cuando ellas se marchaban a buscar madera o agua para su hogar, cuando sabían que estaban solas. Sí, él había sido testigo de esas locuras.

Pero él nunca había sentido nada similar. Y de hecho, tampoco lo sentía ahora.

Ahora lo que sentía era una extraña agonía.

Verla llorar de nuevo, por palabras que él mismo profiriera, le había causado una sensación terrible de arrepentimiento. No quería herirla, no quería verla llorar, pero tampoco terminaba de fiarse de ella.

Y se odiaba a sí mismo por ello.

Todo sería más fácil si confiara en ella, porque entonces sabría qué hacer: la reclamaría para sí mismo. La tomaría como su compañera, y viviría con ella cuando estuviera lista para ello. No ahora, quizá en un par de años, pero se encargaría de que todo el mundo supiera que le pertenecía a él.

La desconfianza, en cambio, le impedía hacerlo; y se odiaba a sí mismo, y la odiaba a ella... porque temía que destrozara todo cuando le quedaba. Maldijo su sino y el de los suyos. Si esos blancos no hubieran asesinado a todo su pueblo, podría haber hablado con Pea'hochso y haberle solicitado ayuda y consejo. Quizá él pudiera realizar alguno de sus trucos, hacer que fuera ella quien se acercara a Nobah, que cayera rendida a sus pies... Esa sería una buena forma de hacerla, por fin, claudicar. Y para él sería todo más sencillo. Si ella viniera a él con la cabeza gacha, la tomaría como esposa y problema resuelto. Incluso podría parecer que le estaba haciendo un favor, y él continuaría en su posición de hegemonía y superioridad.

Se imaginó cómo sería verla arrodillada ante él, ofreciéndose, y tragó saliva, contrariado.

Aquello no era posible, y las cosas estaban así, vueltas del revés.

La vio salir del *tipi* después de darle de comer a McCoy. Su prisionero había seguido recostado allí, sin moverse, y no había habido intercambio de palabras entre ellos. Ella caminó despacio, con el cuenco entre las manos, hasta llegar a su hogar. Allí, al trasluz, la vio acercarse hasta donde dormían los pequeños para después despojarse de su capa sucia. A la luz de la hoguera pudo advertir con toda claridad la forma de sus pechos, pequeños, redondeados y firmes. Tan solo fue un momento, un instante en que ella se giró y se colocó la otra prenda, pero bastó con aquel atisbo para que se despertase en él un deseo primitivo y casi animal. Cerró los ojos con fuerza y maldijo para sus adentros, pero después volvió a abrirlos. No podía dejar de mirarla.

La vio acostarse y cubrirse con unas pieles. Pronto el fuego se iría apagando y la luz del alba ocuparía su lugar.

Debía estar muy cansada. Era joven y tenía demasiadas cargas a sus espaldas. Tenía que abrir los ojos y darse cuenta de una vez que ya no era una niña, sino una mujer que había madurado a la fuerza.

Y era por ese mismo motivo por el que, se dijo, debía confiar en ella. Lo que sintió al besarla no se podía negar. Quizá debiera, por una vez, tener fe y enfrentarse a ello como un hombre. Darle un voto de confianza. Quizá fuera ese deseo, casi doloroso, que tenía que acercarse a ella y tocarle aquellos pechos, de saborear su piel, el que estaba hablando por su corazón y su cabeza, pero no podía evitarlo.

Al fin y al cabo, él se había abierto a ella como no lo había hecho con nadie, y ella no le había rechazado, cuando en realidad sí tenía la opción de hacerlo. Quizá ya era el momento de tratarla como una Quahadi y marcar su territorio.

Capítulo 14

El pasado retorna

*E*dlyn estaba desesperada, allí encerrada.

Bueno, no estaba encerrada literalmente... Pero el hecho de tener que esperar a que cierto antiguo amigo del señor McCoy diera noticias la estaba matando.

Rose les había comentado que fue ese mismo hombre, el terrateniente Arthur Miller, quien indujo a Nathaniel a formar la compañía de *rangers* y puesto que a él las cosas le iban más que bien, les debía el favor de dar con el paradero del único superviviente de la masacre comanche. Quizá con aquel pequeño chantaje emocional se dignara a actuar. Había presionado a su hijo para ponerle al frente de los *rangers* y ya era hora de que se lo trajera de vuelta.

La muchacha volvió a usar su atuendo de hombre desde el momento en que tomaron la decisión de formar una compañía de negociación. Su intención, desde un principio, era unirse a ella como otro más, y si aparecía ante los integrantes de la misma como mujer nunca la tomarían en serio.

Lo que más la sorprendió de todo era que la señora McCoy decidiera cederle ropas de Nathaniel, de cuando era más joven. Edlyn no fue demasiado explícita al relatarle lo capaz que era de defenderse a sí misma, así que se sorprendió sobremanera al comprobar que aquella señora estaba más que dispuesta a dejarla unirse al grupo.

—¿Sabes una cosa? —le había dicho mientras sacaba las prendas de un gran armario que había en la habitación contigua a la de Nate—. Siempre supe que no encajabas aquí —Ante la expresión de sorpresa de Edlyn, ella se apresuró a aclarar—: Bueno, en realidad no quería decir que no encajaras *aquí*, sino que... Sabía que eras una niña que, sencillamente, no encajaba en ninguna parte. Y tuve mis miedos cuando August decidió que serías una buena esposa para Nathaniel, siento decírtelo. Pero ahora me doy cuenta de que eres justo lo que él siempre ha necesitado —se giró y la miró con seriedad.

—Eh... gracias —susurró, algo desconcertada.

—Y quiero que sepas que yo ya no soy como ellos.

La voz de Rose sonaba ahora algo tétrica, y la muchacha frunció el ceño.

—¿A quién se refiere con ellos?

—Oh, nada —volvió a darse la vuelta, algo sonrojada—. No quería decir eso, solo me refería a que... Bueno, ya no estoy tan pendiente de las apariencias, ¿sabes? —continuó mientras rebuscaba en el armario—. Ahora no me importa que todo el mundo supiera que Nathaniel no era mi hijo, o que mi marido me fue infiel al inicio de mi matrimonio. Yo sé perfectamente qué era lo que me unía a él, y quiero a ese chico como si fuera mío. Y lo que es más —se giró para darle un pequeño cinturón y ropa interior, con lo que le tocó el turno a ella de sonrojarse esta vez—, me arrepiento de no habérselo demostrado todos los días de su vida. De haber sido una mujer fría, y de haber querido que las cosas fueran como otros quisieran que fueran, y no como *yo* realmente deseaba.

Así era exactamente como siempre se había sentido Edlyn, y ese era el mismo motivo por el que todo el mundo la aborrecía. Incluso su familia lo había hecho... Y lo continuaba haciendo, por lo visto.

—Usted sabe qué es lo que ocurre con mi padre, ¿verdad? —preguntó ella con toda sinceridad.

Todo ese rubor que había inundado el discurso de la mujer tenía que provenir de alguna parte, y ella era lo bastante lista como para adivinar por dónde podían ir los tiros.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando el rubor se convirtió en un encendido rojo carmesí que destacó sobremanera con el negro de sus ropas.

—Solo le he visto un par de veces, y he... oído los rumores, pero nada más.

Ahora no era el momento de echarse atrás. Tenía que enfrentarse a la realidad, y cuanto antes, mejor.

—¿Qué rumores? —No se refrenó a la hora de usar su tono autoritario. Ya no era una maldita cría, y no le debía respeto a nadie, por muy espléndida que hubiera sido la acogida en el rancho.

Ella suspiró, derrotada.

—Yo no quiero ser la causante de más dolor, pequeña. —Edlyn se encogió ante ese calificativo. Odiaba que la trataran como a una niña ignorante y débil—. Y además, si no vas a ir al pueblo, no te encontrarás con él y no tiene sentido que...

—Quiero saberlo, Rose. —Le habló de igual a igual, de mujer a mujer. No tenía sentido andarse con rodeos.

—Te voy a decir lo que vi —le contestó ahora, decidida—. Tu padre está trastornado, eso es algo que no puede ponerse en duda. Pero tampoco se le puede culpar... Ha abierto una funeraria en Fort Worth y las cosas le están yendo bien, pero si vieras su aspecto... Está completamente ido.

Edlyn se sorprendió de aquellas palabras, sobre todo al provenir de esa mujer... que no se daba cuenta de que, en muchas ocasiones, ella también parecía un tanto ida. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿También tendría ella esa misma apariencia? No sabía muy bien por qué, pero no le extrañó que ahora su progenitor se hubiera decantado por las funerarias.

—Vamos, será mejor que hablemos con una taza de café entre manos.

Se la llevó al salón después de preparar ella misma el brebaje. Edlyn la ayudó con la bandeja y se sentaron, ambas con rostro grave. Rose le contó que veía a James los domingos, pues en muchas ocasiones solía ejercer de orador para multitudes desesperadas y muertas de hambre. Pero lo extraño es que todas esas personas creían a pies juntillas en las palabras que él profería. Se había convertido en un enemigo de cualquier persona que no fuera de la raza blanca: odiaba a los negros, pero a quienes más odiaba era a los indios. Lo peor de todo ello es que se rumoreaba que era él quien se había encargado de formar un grupo que actuaba a escondidas y en clandestinidad, uno que se había creado recientemente y que se limitaba a colgar y asesinar a miembros de las otras razas.

Se hacía llamar el Ku Klux Klan.

Lo cierto era que él no era su fundador original, se decía que había surgido más al este, pero el señor Fletcher había abrazado su doctrina y la impartía con puño férreo, ganando adeptos semana tras semana.

La dueña de la casa se sentía más que herida con todo aquello. Ellos, que habían estado tan próximos a convertirse en familia... Y ahora, a juzgar por su aspecto, creía a James capaz de asesinar a Nathaniel de tener oportunidad.

A Edlyn le temblaban las manos y tuvo que dejar la taza de café, que ni siquiera había sido capaz de probar.

Su padre no había querido verla... Además, odiaba con todas sus fuerzas a esos indios. Y a Nathaniel por ser uno de ellos. Si algún día había tenido alguna esperanza de poder hablar con él, se esfumó en el momento en que se dio cuenta de que, de unirse a los McCoy, ella entraría a formar parte también del objetivo de su odio.

Ese odio era el mismo que sintió ella en un principio y que, con el tiempo, con mucho esfuerzo y, sobre todo, gracias a las lecciones que te da la vida, había conseguido superar.

Seguía queriendo matar a los asesinos de su familia, pero eso era distinto... No tenía nada que ver con raza alguna, tenía que ver con el odio personal que la dominaba cada vez que veía el rostro del extraño guerrero escupiendo aquellas palabras frente a su cara. Lo tenía grabado a fuego...

Algún día, le mataría.

Dejó la taza de té y caminó aturdida. Su padre nunca había sido así, sino más bien todo lo contrario. Desconocía a ese hombre de quien estaba hablando la señora McCoy. Se había convertido en un extraño lleno de odio, y no sabía si era su papel hacerle entrar en razón o si, por el contrario, era mejor que el tiempo hiciera su trabajo, como lo había hecho con ella.

Decidió marcharse y reflexionar a solas. Mientras lo hacía, no pudo evitar recoger las ropas de Nathaniel que le habían prestado. Las olió, sonriendo ante su recuerdo y sintiéndose atrevida, como la noche en que durmió en su cama. Debían haber pertenecido a un muchacho rebelde y ceñudo, muy parecido al que ella conoció en un principio. Cuando se las colocó, una paz inundó su cuerpo y se llevó consigo toda la desazón que había ido acumulando.

No, no iría a hablar con ese señor que ya no reconocía como su padre, ni ahora, ni nunca. Ese hombre le estaba echando a ella toda la culpa de lo ocurrido aquella fatídica noche... Cuando tan solo había sido una cría.

Si alguien tenía que sentir rencor, esa era ella. Pero era incapaz de sentir ya nada por ese hombre.

Marybelle había logrado sonsacarle información a Pete. La manera en que lo había hecho era algo que no pensaba confesarle a Frank... Gajes del oficio. Después de una borrachera, el *sheriff* siempre tendía a irse de la lengua, y ella lo sabía bien.

No podía permitir que nadie más hiciera aquel trabajo. ¿Qué ocurriría entonces si corría la voz de lo que pretendían conseguir? No, era demasiado peligroso. Era posible que los hermanos Bunt, aquellos que estaba buscando Frank, anduvieran muy cerca y debía ser precavida.

No podía ni era necesario negárselo a nadie: sentía una enorme debilidad por ese hombre. En realidad, siempre la había sentido por los casos perdidos.

De ahí su amistad con aquella pequeña que parecía desvalida, y en cierto modo lo estaba. Se parecía tanto a ella a su edad... Marybelle también había tenido una familia que la rechazó. También había tenido un prometido que la dejó, aunque en su caso se añadía el hecho de que ni la amaba, ni nunca lo hizo. De haberlo hecho, se habría quedado a su lado cuando aquellos hombres abusaron de ella no siendo más que una cría. La habría buscado cuando enfermó, y supo que estaba embarazada... Le habría ofrecido sus cuidados cuando su adinerada familia la rechazó por todo ello.

Marybelle había dejado un hijo atrás; un niño del que no podía cuidar, porque no contaba con los medios. Ahora tendría ocho años, y cada día de su vida rezaba por que fuera un niño feliz y querido.

Nadie conocía su pasado; no se lo había contado a nadie... Pero con Frank se sentía segura y tranquila. Era un igual, ambos estaban en el mismo barco. Y era consciente de que él estaba loco por ella, pero entendía las motivaciones que dirigían su vida. No creía en los cuentos de hadas, no pretendía que ningún hombre la retirara de la vida que ella misma había elegido, porque prefería seguir siendo una dama pintada a que la doblegaran y obligaran a trabajar en un rancho como una burra.

No, ella nunca sería una esposa abnegada. En su lugar, prefería ser una hija de perra y llevarse consigo a unos cuantos malnacidos.

Estaba decidida a hacer todo lo posible por ayudar a Frank. Y ahora que había descubierto en qué andaba metido el miserable de Flanagan, lo único que deseaba es que se lo llevaran a él y a sus compinches bien lejos de Fort Worth, hicieran un agujero en la arena y les enterraran hasta la cabeza para que los depredadores se los comieran vivos.

La madrugada en que volvió de su escapada nocturna a la cama de Marybelle, esa en que ella le contó lo que él necesitaba saber, Frank, que era una persona bastante calculadora y siempre meditaba antes de actuar, necesitó algo con lo que desahogarse.

La rabia recorría su cuerpo y, en esa ocasión, era imposible reprimirla.

Sabía que era cierto. Pete se había mezclado con los hermanos Bunt. En qué ocasiones o hasta qué punto, lo desconocía, pero su amante había sido muy clara: sí, los conocía. Y no solo eso, confesó que trabajaba con ellos con asiduidad, cuando la ocasión lo requiriera... «A veces, la mano de la ley tenía que valerse de métodos poco ortodoxos para impartir justicia», palabras textuales que confesó a la meretriz.

Les había retratado como unos chicos descarriados que tan solo hacían travesuras, como destrozarse alguna que otra granja donde vivieran negros. También tomaban prestado algo de aquí o de allá, pero eran muy útiles cuando las cosas se le escapaban de las manos, le había contado el *sheriff*.

Destrozar granjas de negros... Si solo fuera eso, pensó Frank.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes, para después espolear a su caballo.

Tenía que resolver el maldito asunto ya, y lo tendría que hacer él solo.

Capítulo 15

Corazón dividido

*E*l tiempo se agotaba.

Las lluvias ya estaban aquí, y la herida de Nathaniel ya no le traería demasiados problemas. Tenía que conseguir que despertara lo suficiente como para poder mantener una conversación con él, pero no tanto como para que Nobah se percatase de que estaba sanando.

Al pensar de nuevo en el jefe se le cayó el cuenco de las manos. Estaba machacando algo de árnica y hamamelis que había logrado recoger para aliviar la hinchazón de las heridas que todavía padecían algunos de los miembros de la tribu, aquellos que tenían la suerte de poder recuperarse, pero el temblor que sintió ante el recuerdo del beso que le dio le hizo perder el agarre.

Ella no estaba preparada para ese tipo de cosas. Cuando se la llevaron del rancho tan solo era una niña. Una niña con aspiraciones románticas, pero una niña al fin y al cabo... Lo único que sabía del amor era que el caballero debía cortejar a la dama, y eso era en lo que ella solía soñar: ella era la dama que debía ser cortejada.

Se suponía que el cortejo consistía en visitas, conversaciones, risas... Quizá él podía tomarte de la mano, dar un paseo, sentarse a contemplar el atardecer en un bonito parque... También había soñado con que, en un arrebato de puro amor, su príncipe azul le diera un beso en los labios.

Claro que había soñado con todo eso, ¡como cualquier niña de trece años!

Y cuando estaban en Nueva York, incluso había llegado a leer su primera novela para adultos a escondidas: Grandes Esperanzas, de Charles Dickens. Si su abuela se hubiera enterado de que le había robado las octavillas de aquel viejo periódico donde fue publicada por entregas, quizá la hubieran castigado... Había actuado por impulso al tomarlo prestado de su biblioteca, ¡pero es que ella era tan romántica! Y la historia de Philip se le había metido bajo la piel; le obsesionó durante tanto tiempo, que no hacía más que suspirar aquellas tardes que pasaba en compañía de su querida abuela, bordando.

¡Oh, era todo tan idílico! Un muchacho pobre que se enamora de la heredera de una anciana loca...

¿Cómo podía ella imaginar que su vida iba a acabar de aquella manera, sin oportunidad alguna de experimentar nada ni lo más remotamente parecido? Cuánto echaba de menos a su familia... A su amada abuela, a sus padres, incluso a Edlyn, porque ella sí que era fuerte y la hacía sentirse segura a su lado.

Ahora lo veía todo tan lejano, había sido tan ingenua. Todo lo que ella había imaginado tiempo atrás era una utopía. En aquella tribu comanche, y con el transcurrir de los meses, había aprendido que las relaciones entre los muchachos y las muchachas eran, sobre todo, carnales, y eso la aterrizzaba. No estaba preparada para que ningún hombre quisiera algo similar con ella.

¿Qué es lo que podría exigirle Nobah después de aquello?

Aquella duda la aterrizzaba.

De todos los guerreros de la tribu, él era el más taciturno, el más brusco y también el más grande y fuerte. Sabía que, como jefe, debía dar ejemplo al resto y que esa era la actitud que se esperaba de él, pero no sabía por qué, les había perdido el miedo a todos los hombres menos a él.

Era como si tuviera algo contra ella que callaba. No lo expresaba, pero lo dejaba traslucir en sus gestos y su manera de actuar cuando trataba con ella. Pero entonces, ¿por qué la había besado?

¿Eso no lo hacían los enamorados?

Se intentó tranquilizar pensando que nunca, en el tiempo que llevaba allí, había visto a nadie tratar mal a otra persona, ni siquiera gritarle. No se les regañaba ni a los niños, con lo cual debía estar tranquila.

Cuando terminó su tarea, dejó a Charlie a cargo del bebé y se marchó a hacer su ronda matutina. Iba a pasar de largo por el *tipi* de Nathaniel, a quien pretendía visitar en última instancia, cuando las voces cortantes de dos hombres la dejaron helada.

El momento había llegado, aquello tenía que ocurrir, y al final había terminado por hacerlo.

Nathaniel despertó del sopor extraño en el que se había visto sumido merced de un buen chorro de agua fría.

Y aquello no podía provenir de Anna, que le había estado prodigando sus cuidados desde que llegara y con la que, si no recordaba mal, había acordado mantener su paulatina recuperación en secreto.

Pestañeó varias veces e intentó inhalar fuertes bocanadas de aire por la boca. Cuando se le aclaró la visión, no le hizo falta moverse para comprobar quién era el culpable de aquella irrupción.

Un ceñudo Nobah le miraba desde las alturas, visiblemente enfadado. Su imponente presencia y las figuras que surcaban su torso y brazos eran un elemento más que aterrador, pero Nathaniel no era hombre de dejarse impresionar por las apariencias; él había aprendido que, a veces, los animales más mansos son los más fieros cuando de proteger lo suyo se trata.

Trató de incorporarse, pero lo cierto es que la herida todavía le dolía y, además, tenía los pies atados.

—Maldito, ¡sabía que estabas fingiendo!

Se agachó y le apretó el cuello con una mano, aplicando una fuerza descomunal que casi cortó por completo la respiración de Nathaniel al aplastarlo contra el suelo.

El chico intentó quitarse la mano de encima, pero todavía se sentía muy débil y la postura en que estaba no ayudaba. Llevaba demasiados días a base de líquidos, y sabía que si se enfrentaba al jefe Quahadi en esas circunstancias saldría perdiendo.

Tendría que intentarlo de otra manera.

—Yo... no... sé de qué hablas —consiguió mascullar a pesar de tener la garganta casi aplastada.

—Te voy a matar a ti primero, y después veré lo que haré con esa maldita blanca.

Se sacó una navaja del cinturón y arrastró a Nate, apoyándolo contra el poste central del *tipi* para colocar el arma justo por debajo de la mano que continuaba aferrándolo por el cuello.

—Tú y ella me las vais a pagar todas...

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti. ¿Vas a matar a un hombre que ya está moribundo? Eso es muy valiente por tu parte, oh gran jefe guerrero.

Trató de que su voz sonara lo más débil posible, cosa que no fue tan complicada, pues ya lo estaba de antemano. Ante esas palabras, Nobah entrecerró los ojos e hizo una mueca. Decidió obviar el comentario sobre su padre, porque presentía que aquel hombre tan solo deseaba provocarle...

—Es lo que más deseo. Tú y tu gente sois los culpables de todo lo que nos ha ocurrido, y tú eres mucho peor que ellos... Llevas nuestra sangre, y aún así nos traicionas. —Se había acercado tanto al rostro, ahora pálido, de Nate, que pudo sentir las frescas gotas de su saliva bañarle la cara.

Cerró los ojos por puro reflejo y los abrió de nuevo, dispuesto a ganar la batalla sin necesidad de usar la fuerza.

—Tienes razón —observó a Nobah apretar los labios—, pero yo no tuve la suerte de nacer aquí, entre vosotros. No, no tuve la suerte de ser criado por una madre que me quisiera, ni de correr libre por las praderas, ni de convivir con la naturaleza y con gente que me tratara como a un igual. Yo nací allí, y allí me criaron, pero como a un extraño. Y sin embargo, vosotros seguís siendo mi única familia, la única sangre de mi sangre.

Nate sintió que algo en su corazón se partía. Eso no era cierto; al menos ya no. Hubo un tiempo en que quizá sí lo pensara así... Pero ahora sabía que su familia era Edlyn, y debía volver a ella a toda costa.

El jefe rió; agachó la cabeza hacia atrás y emitió una sonora carcajada, pero no había alegría alguna en ella.

—No creas que no sé lo que estás intentando hacer, McCoy.

—No estoy intentando hacer nada, ni siquiera me estoy defendiendo. —Comprobó cómo le observaba las manos, que tenía lasas a ambos lados del cuerpo—. Yo siento el mismo odio que tú por esos malditos blancos, ellos mataron a mi padre. Pero no tengo la culpa de haber nacido entre ellos.

El sonido de un cuenco al caer les hizo a los dos girar la mirada hacia la entrada, donde se encontraba Anna con las manos en la boca, con gesto asustado.

—¡Lo siento! —gritó en inglés—. Lo siento —repitió de nuevo mientras se agachaba a recoger el cuenco—. No sabía que había despertado, yo... venía a darle la medicación.

Nobah aflojó el agarre lo suficiente como para que el prisionero pudiera respirar algo mejor, pero sin permitirle escabullirse.

—Fuera de aquí —siseó, en dirección a Anna.

Al ver que esta no se movía, tomó a Nathaniel con fuerza de la solapa y le levantó del suelo para llevárselo a rastras hacia la entrada, donde la chamán le bloqueaba el camino.

—Vamos, muévete. Quiero que veas esto bien de cerca.

Ella se apartó y salió apresurada hacia lo que ahora constituía el centro del poblado, una enorme fogata que los guerreros mantenían encendida día y noche. Indecisa, se detuvo allí y esperó a que Nobah trajera a rastras a su cautivo, que se veía impedido de andar debido a las cintas que ceñían sus pies.

—¿Qué pretendes hacer? —gruñó—. Si me matas, vas a cometer una estupidez. Vas a perder la única oportunidad que tienes de salvar a tu pueblo.

—¡Mira lo que queda de mi pueblo! —le contestó el otro tirándole de la camisa—. ¿Lo ves bien? ¡Pedazos! Nos han masacrado... Los blancos con los que vives los han masacrado, a niños, a bebés, a mujeres, han destrozado a chiquillas... ¡Es lo que llevan haciendo desde que usurparon nuestras tierras, y estás loco si crees que no vamos a pagar con la misma moneda hasta que me quede una gota de sangre!

—¿Y crees que matar a un tipo que está en las últimas va a ensalzar tu gloria? —Nate respiró agotado, tenía que quemar un último cartucho—. Mírame, estoy medio muerto ya... Serás un gran ejemplo para tus guerreros, sí. El jefe que mató a un moribundo.

Nobah volvió a entrecerrar los ojos. No era estúpido, sabía que su pariente blanco estaba intentando salvar el pellejo... Pero era cierto que no había nada más respetable que una lucha cuerpo a cuerpo, de igual a igual. No iba a salvarle el pellejo a McCoy, pero podía dar muestra de generosidad y sabiduría al mantenerle con vida hasta que tuviera suficientes fuerzas.

—No te salvarás, da igual ahora que más adelante.

—No pretendo salvarme. Lo que quiero es que sigáis vuestro camino en paz, que conserves a los pocos Quahadi que te quedan con vida. Si yo muero, no podrás negociar nada.

El jefe le tiró al suelo con brusquedad, haciendo que Nate cayera de bruces y tragara tierra seca.

—Esto es la guerra, ya no queda espacio para negociaciones... Moriremos luchando, como los guerreros que siempre hemos sido.

—¿Piensas dejar que terminen con el resto? —se dio la vuelta y le observó desde el suelo, todavía intentando reunir las fuerzas para levantarse—. ¿No vas a proteger tu legado? ¿Qué clase de jefe eres? Todos te recordarán como el jefe que permitió que su pueblo se extinguiera.

La pierna de Nobah voló en el aire, y Nathaniel la vio llegar con efecto retardado. Cuando percibió el golpe en la mandíbula y el dolor se extendió por toda su cara, enviando dolorosas pulsaciones por toda su sien, supo que había ganado la batalla.

Le había dado donde más le hería. Sí, se había arriesgado demasiado, pero al menos no le había cortado el cuello. Podía soportar una patada, y varias más como esa. No le temía al dolor.

—Y tú —le vio señalar a Anna—, no te creas que me has engañado. Le has estado ayudando todo este tiempo, ¿verdad?

Ella negó, con los ojos abiertos como platos.

—Yo solo le he intentado curar, como me dijiste...

Nate se levantó al ver cómo se acercaba a ella con actitud amenazante. Cuando llegó a su altura, levantó una mano con todas sus fuerzas para darle una bofetada con el dorso, pero se detuvo antes de hacer contacto ante las palabras de ella.

—Te arrepentirás —susurró Anna con la respiración agitada—. Yo soy una de vosotros, soy una Quahadi, este es ahora mi hogar... Y no deberías golpear a tu chamán. —Le había mirado directamente a los ojos, sin inmutarse; el único signo de su agitación era el movimiento de su pecho al ascender y descender con mayor rapidez de lo habitual. Después, cuando terminó de decir aquellas palabras, observó la mano que Nobah había detenido en el aire y prosiguió—: Ahora, pégame si es eso lo que deseas —y bajó la mirada en señal de sometimiento.

El jefe guerrero miró a su alrededor. Sus hombres se habían ido reuniendo alrededor de la hoguera. El anciano Kotsoteka, el único que al final quedó con vida de la masacre y que sostenía ahora una muleta improvisada, le miraba y negaba con la cabeza en actitud reprobadora. Charlie y el bebé estaban como estatuas a la entrada del *tipi*, probablemente esperando a que su madre postiza les llevara el desayuno.

Se volvió de nuevo a mirarla.

Podía dejar que sus sospechas le encendiesen o podía, por una vez, actuar como un hombre sabio y dar ejemplo a su tribu.

No podía obligarla a quedarse.

En ese momento, se dio cuenta de que, dada la precariedad de su pueblo, en cualquier momento aquella niña podía decidir abandonarles por propia voluntad, desaparecer mientras ellos no

estuvieran.

Y lo cierto era que la necesitaban, ahora más que nunca. Ella poseía ahora el poder, la salvación de su gente estaba en su mano... Y ellos la veneraban. En ese momento comprendió por qué Pea'hochso había escogido ponerle «amanecer» como nombre.

Sin ella, era posible que no vieran la luz de un nuevo día.

—Atad a este hombre de manos y pies —les ordenó a sus hombres—. A partir de ahora, dormiré a la intemperie.

Mientras pronunciaba estas palabras no apartó la mirada de Anna, que seguía sin apartar la suya del suelo. Solo la levantó cuando este hubo terminado de hablar.

Le había retado. Y lo había hecho delante de todos... Pero también le había confesado algo que ni ella misma había sido capaz de aceptar hasta ese momento: que se estaba comenzando a sentir uno de ellos.

Observó cómo se llevaban a Nate a rastras y le ataban de manos y pies a una estaca que previamente clavaron en el suelo. Las órdenes del jefe guerrero se acataban con suma rapidez, y la joven observó que el prisionero la miraba con extrañeza.

Ni ella misma comprendía cómo había ocurrido todo aquello, pero era la verdad, y lo sintió en el fondo de su corazón: aquella también era su familia.

Nobah no se había movido del sitio; escudriñaba, con los ojos entrecerrados, cada gesto de la chica, cada movimiento, en busca de algún indicio... Había sido magnánimo con ella, y sabía que eso le honraba frente a los demás, pero también necesitaba sentir que las palabras que habían salido de su boca eran genuinas.

Era lo único que podía darle esperanza y, aunque le costara reconocerlo, al mismo tiempo le aterraba.

Su gesto ceñudo decía «si has mentido, te arrepentirás», pero su corazón gritaba «quédate, Anna, y conviértete en mi compañera».

Capítulo 16

Una agradable sorpresa

*E*l menor de los hermanos Bunt tendía a ir por solitario. Al menos, más de lo que su hermano mayor hubiera deseado.

Sí, si tanto deseaba estar solo... quizá hubiera podido quedarse vagando por allá abajo, en aquellas tierras en las que fue recogido semanas atrás.

Pero no, que a veces su vena en exceso rebelde le jugara malas pasadas no quería decir que quisiera estar solo en todo momento, no. Él necesitaba la compañía de los suyos.

Como bien dicen, las malas hierbas no crecen solas; necesitan la compañía de otras para emponzoñar el suelo que colonizan, porque eso les hace sentirse más fuertes.

Así, no fue complicado volver al redil. Habían perdido a su hermano, pero aún quedaban dos Bunt... Y también un bizco que a veces les servía de algo.

Rob sabía que no podía detener a Parker cuando algo se le metía en la cabeza, más aún cuando le vio volver una noche oscura, libre de estrellas y bajo el sonido de los truenos —cual si de un alma del más allá se tratara—, vivo.

Bueno, le faltaba un ojo, pero al menos estaba vivo.

Y si había sido capaz de sobrevivir, aun habiendo probado el sabor de la muerte en sus labios, debía dejarle seguir realizando aquellas endemoniadas y arriesgadas «incursiones» a donde quiera que a él se le antojara. Al fin y al cabo, él les había enseñado todo lo que sabían los dos pequeños... Lo que la vida no les daba, ellos se lo arrebataban.

Así de sencillo.

La vida no era más que una mierda para los que nacían al otro lado del rico riachuelo, ese lado en el que nada crecía y todo era fango y pobreza. Y cuando nacías a ese lado, tenías dos opciones: o te conformabas e hincabas el lomo como un cobarde, o mandabas todo al infierno y nadabas contra corriente.

Y eso es lo que ellos hacían: nadar contra corriente y llevarse, a su paso, lo que les venía en gana. Que se jodieran los imbéciles que acataban el sistema; los Bunt no habían nacido para servir a nadie.

Bajo esa premisa y con la seguridad de que el pequeño de los tres quizá fuera el más duro de todos, todas las noches le veía desaparecer y volver al alba.

Qué hacía o en qué andaba metido... no le importaba, no era su problema.

Siempre y cuando volviera y estuviera listo cuando tenía que estarlo.

Y Parker siempre lo hacía.

Por el momento, se centraba en marcharse y otear el terreno. Volvía a aquel lugar bien entrada la noche, cuando estaba seguro de que era sencillo pasar desapercibido. En la oscuridad, se detenía frente a aquel *saloon* y observaba el bullicio de su interior al abrirse o cerrarse la puerta. Veía a todos los que entraban y salían, pero sobre todo observaba a las mujeres.

Estaba obsesionado con ella.

Desde que se levantó de aquel camastro y se dio cuenta de que la suerte había vuelto a estar con él, estaba obsesionado con esa perra. Tenía que verla muerta... o mejor, tenía que verla arrodillada, suplicando por su vida mientras la rajaba de arriba abajo, poquito a poco, trozo a trozo... Ya ni siquiera la quería montar, como ocurrió en su día.

No, ahora lo que quería era ver esa maldita cara destrozada, justo como le había hecho a él. La dejaría desfigurada, tan horrible que nadie podría volver a mirarle a esa puñetera cara perfecta que un día tuviera. Tan asquerosa que ni de puta podría ganarse la vida... Sería tan solo un despojo humano.

Y esperó.

Esperó y esperó, cada noche, a las afueras de aquel *saloon*, rodeado y protegido por aquella oscuridad de la que él era íntimo amigo.

Pero esa zorra nunca aparecía. Parecía haberse esfumado, como si nunca hubiera estado allí...

Quien sí estaba era la jefa, la maldita fulana que le había liado aquella noche. La observó de cerca: si alguien debía saber algo, era ella.

Lo malo era que desde allí afuera no podía enterarse de nada. Y tampoco podía acercarse a preguntarle, estaba claro. Aquella mujer tenía que saber de lo ocurrido, y si le veía aparecer vivo y coleando y sin un ojo... No tardaría en atar cabos.

Aún así, a falta de la causante de su deformación, se centró en ella. La veía entrar y salir del hotel y del *saloon*, ajetreada, sonriendo a todos y hablando a gritos, completamente despreocupada. También la veía citarse con algunos, llevárselos al hotel a pasar un buen rato.

Y entonces se dio cuenta de que algo raro ocurría con uno de ellos.

Pero claro, tan solo se dio cuenta cuando aquella misma situación se repitió varias veces.

Porque Parker era listo y observador, pero quizá no lo era tanto como él creía.

Ese tipo llegaba cuando casi todos se iban. Al principio no le dio demasiada importancia a ese hecho, ni tampoco a que la esperara fuera, sin entrar al *saloon*, y la atajara cuando se iba a dormir. Alguna vez le lanzó piedras contra la ventana, pero Parker pensó que eso era típico de enamorados.

Ese hombre había perdido la cabeza por una fulana.

Sí, encontraba todo aquello gracioso, aunque al fin y al cabo era una mera anécdota.

Hasta la noche en que al ser abordada por él, ella le obligó a esconderse de nuevo bajo gritos airados. Escuchó de lejos unos gruñidos; lo más seguro es que la parejita estuviera discutiendo.

Justo después, ella entró de nuevo al *saloon* para salir acompañada del *sheriff*.

Vaya, aquello sí que era divertido.

Su querido amigo Pete le había levantado la novia al enamorado clandestino. Aunque lo cierto es que el *sheriff* iba tan borracho, que casi ni podía tenerse en pie, así que poco trabajo tendría que hacer aquella noche la furcia.

El tipo salió de su escondrijo y se marchó después de echar un vistazo a la ventana del hotel a la que solía lanzar sus piedras.

No parecía muy molesto.

Transcurrido el tiempo que tardaba Parker en fumarse un puro, el busto de la mujer apareció por la ventana, con la melena ondeando al aire, y comenzó a chiflar.

Joder, esa mujer estaba llamando al amante clandestino.

Le llamó varias veces, pero claro, ella no sabía que él ya se había ido...

Pero, ¿para qué demonios le llamaba?

Algo estaba tramando, ¡algo estaba tramando esa perra! Sí, estaba tramando algo contra el *sheriff*, y él los había pillado con las manos en la masa...

Entonces, la curiosidad por saber quién era ese tipo pudo más que cualquier otra cosa. Algo le decía que debía seguirle, encontrarle y ver qué pasaba.

A malas, lo peor que podía sacar de todo ello era que Flanagan le debiera otro favor... Y la lista se estaba comenzando a hacer interminable.

Echó a trotar por donde él había desaparecido esperando encontrar su rastro. A oscuras era difícil, pero hacía poco que se había marchado y esperaba dar con alguna señal que le ayudara a localizarle.

Ese día no dio con él, estaba demasiado oscuro y no podía rastrear sus huellas.

Pero hubo otra noche en que sí lo hizo...

Aquella noche el vaquero estaba descontrolado. Trotaba sin ton ni son, sin una dirección fija. Igual aceleraba la marcha que frenaba, indeciso, y Parker tuvo que hacer acopio de todas sus armas de ladrón para pasarle desapercibido.

Tampoco es que le hiciera falta ser demasiado imaginativo... El tipo aquel no parecía estar centrado en absoluto.

Y eso ayudó a su contrincante.

Cuando llegó al rancho, ya casi era de día.

Aunque al principio costó reconocerla debido a su atuendo masculino, esa melena rubia que ondeaba ahora al viento le llamó la atención tanto, que se acercó hasta ellos tanto como le fue posible.

El pequeño de los Bunt casi no pudo creer su suerte... No olvidaría jamás esa cara, ni aunque se disfrazara de caballo.

Tan solo fue capaz de emitir una enorme sonrisa ladeada y pensar: «¡Bingo!».

Cuando le pusiera las manos encima a ese necio se iba a enterar. ¿En qué demonios estaba pensando?

El señor Miller había avisado de su llegada y no podía encontrar a Frank por ninguna parte.

Esa mañana había madrugado: tenía que prepararse para la llegada del ilustre invitado... Y ello quería decir que debía volver a parecer un muchacho imberbe. No sabía por qué, pero cada vez le daba más la sensación de que aquello no podría sostenerse por mucho más tiempo.

El poco ejercicio que estaba haciendo desde que llegara al rancho le estaba pasando factura, y ahora sus caderas se veían algo más redondeadas. Por si fuera poco, y según lo que había podido comprobar en los espejos —en los que al fin había podido estudiarse tras tanto tiempo—, ahora sus rasgos parecían mucho más... femeninos, maduros. No sabía cómo explicarlo, pero su cara ya no era la de una chiquilla, era la de una mujer adulta: los labios más llenos, los pómulos más marcados, los ojos... más rasgados, el cuello esbelto.

Vaya, su madre estaría muy orgullosa de ella... O no. Seguramente lo estaría de su belleza, pero no de su actitud ni de aquello en lo que se había convertido.

Dejó el cepillo en la cómoda y continuó observándose con tristeza. También le había crecido el cabello y, a pesar de que había añorado su melena en algunas ocasiones, no sentía remordimiento alguno por tener que cortárselo de nuevo, al menos hasta una longitud razonable. Con dejarlo por encima de los hombros bastaría; había visto a muchos chicos así y, de momento, nadie tenía por qué extrañarse.

Pero estaba tan nerviosa por ese encuentro, por que alguien sospechara... que casi no había podido dormir y, al alba, había salido a buscar a su compañero de andanzas.

Y ahora no podía encontrarle por ninguna parte.

¿Acaso ese imbécil se estaba escapando por las noches?

Tan solo de pensarlo se le puso la piel de gallina... Si se enteraba de que se había puesto en marcha sin ella, podía ir preparándose.

Ese idiota siempre había pensado que Edlyn era un estorbo, lo sabía. Sabía que siempre estaba intentando librarse de ella, y ahora se la había jugado bien.

La sangre comenzó a hervirle en las venas, tanto que si hubiera echado un huevo encima se le habría frito.

Se iba a enterar... Dio vueltas y vueltas por toda la propiedad, preguntó a unos y a otros, a los escasos trabajadores que se estaban poniendo en marcha. Se paseó por los establos e hizo una visita al encerradero, por si le veía por allí trabajar con el ganado. No era de extrañar, pues ella misma había colaborado bastante a marcar a los mavericks y mantener a salvo a los que estaban más débiles o enfermos. Toda ayuda allí era poca.

Justo estaba volviendo a la casa principal cuando le vio llegar con los hombros y la cabeza gachos.

¿Acaso se estaba quedando durmiendo?

Ay, no... ¿No estaría ese estúpido arriesgando todo lo que habían conseguido por unas noches en una cama caliente?

—¡Espero que no vengas de donde yo creo que vienes, vaquero!

El grito de Edlyn pareció despabilar a Frank, que levantó la cabeza y miró a su alrededor como si acabara de echarse una siesta.

Al verla, entrecerró los ojos de nuevo y bajó del caballo.

—No sé a qué te refieres, pero si es a Fort Worth... Puedes ir cambiando de idea. Ya no hace falta que nos escondamos más. Tengo noticias para ti, y puede que no sean tan buenas.

Ella le observó extrañada mientras tomaba las riendas y llevaba al caballo a los establos. Echó a andar detrás de él, más enfadada todavía que antes.

—¡Si no me dices ahora mismo de qué estás hablando te juro que hundo el fusil por ese culo gordo tuyo!

Frank se detuvo y ladeó la cabeza para mirar hacia atrás.

—Y justo ahora cuando debías volver a actuar como una dama, vas y te empiezas a parecer al hombre deslenguado que debías haber sido antes. —Meneó la cabeza, derrotado, y susurró antes de proseguir su camino—: Mujeres...

Aún así, y sin darle tiempo a descansar un poco o asearse, la chica le obligó a soltar por esa boca todo lo que necesitaba saber.

O al menos, lo más importante.

Parker estaba vivo, sí. Y tenía una relación un tanto excepcional con el *sheriff*.

Capítulo 17

A por ella

*P*ete Flanagan no era un hombre que se vendiera con tanta facilidad.

No le debía nada a nadie ni esperaba a que nadie le debiera nada: a ser posible, se lo cobraba él solo, de una manera u otra. Si era de su conveniencia, te echaba una mano... y si no, te ponía la zancadilla. Así de sencillo. Para él no existían los bandos, así como tampoco el lado bueno o el lado malo de las cosas. Al fin y al cabo, todo se difuminaba allá, al otro lado de la antigua frontera.

Él había pretendido hacer de Fort Worth su feudo particular. No en vano trabajó tanto por que le nombraran *sheriff*. Sin embargo, desde el principio, hubo algunas personas que no hacían más que poner en entredicho sus decisiones y hacer valer las suyas por encima de las de él.

Como aquel maldito August McCoy. Cuando Pete estaba recién llegado, todo parecía ir de maravilla: August le apoyaba, le cobijaba y le ayudaba en lo que hiciera falta.

Y entonces, cuando al fin comenzó a tomar decisiones, se las ponía en duda. Y eso él no lo soportaba. Siempre había sido un Don Nadie, pero ahora era, al fin, alguien.

Aunque las cosas se habían torcido entre ellos, o más bien con carácter unilateral, lo cierto es que el *sheriff* no pretendía llegar tan lejos cuando «permitió» a esos chavales que le dieran un pequeño susto. Sí, les confirmó que no iría tras ellos si saqueaban sus tierras, que podrían hacer cualquier suerte de jugarreta a ese escocés pomposo, pero no deseó su muerte.

Incluso aunque sin él estuviera mejor.

No, él no deseó su muerte: el asesinato de uno de los Bunt había provocado aquella venganza, y la verdad es que los McCoy se lo tenían merecido. Eso de ir por ahí ellos mismos, aplicando su propia ley como si él no existiera... Podía acarrear consecuencias. Donde las dan, las toman, se decía por ahí.

Qué suerte que ahora también hubiera desaparecido del mapa el mestizo. Por qué demonios su padre le había dejado todo... era algo que no lograba entender. A un maldito indio. Habráse visto.

Su colaboración con los hermanos Bunt era, como todo, por mera conveniencia. Tenían algo en común: odiaban a los negros y a los indios. Como la mayoría de la gente, aunque fueran todos unos hipócritas. No obstante, no podía permitir que sus andanzas le salpicaran a él, porque entonces todo lo que había trabajado se iría por el retrete.

Ahora más que nunca debía andarse con cuidado... Sentía que algo andaba mal. No sabía el qué, pero tenía el estómago revuelto, y no era solo por el *whisky* ingerido, que era una posibilidad. Es que creía recordar... que se había soltado demasiado la lengua con Marybelle mientras ella le hacía uno de esos favores tan placenteros...

Maldición. Había bajado la guardia, estaba seguro. Recordaba vagamente haber hablado algo sobre los Bunt, o sobre Parker, no sabía con exactitud. Pero, ¿cómo coño había surgido aquel

tema? Porque dudaba de que hubiera sido ella la que le hubiera preguntado. ¿Para qué iba a hacerlo?

Desde que pasó aquello con Parker, Marybelle ni había preguntado ni se había preocupado ni por él ni por Edlyn. Aquella chica se había marchado y a todo el mundo pareció darle igual.

Pues bien, si a todos les daba igual, más a él. Un problema menos del que preocuparse. ¿Quién demonios se pensaba que era cuando aquella noche le apuntó con el cañón de un Colt? Si hubieran estado a solas le habría soltado una buena bofetada a esa maldita zorra.

Pero, por si fuera poco, ahora volvía Parker con un ojo menos y le decía que la culpable de aquello había sido aquella pequeña ramera. Aquella paría a la que nadie quería... Ni siquiera su propio padre.

Aunque de eso Marybelle no sabía nada, ella no podía saberlo... ¿o sí? No, era imposible... Aquella mujer había desaparecido bastantes meses atrás, y nadie había sabido nada de ella desde entonces. Eso sí, la orden de busca y captura contra Frank había tenido que ser retirada... Al fin y al cabo, él no era el culpable de lo acontecido, y los mismos hermanos Bunt se negaban a presentar cargos ante la ley.

Lo suyo era actuar de espaldas a ella.

En ese caso, al *sheriff* le parecía bien. No quería tener nada que ver con venganzas personales.

Mientras se fumaba su enésima pipa, Flanagan no podía evitar darle vueltas a aquella borrosa «conversación» mantenida con la meretriz mientras ella le hacía un favorcillo...

La noche había caído, y él pensaba descansar. Nada de visitas al *saloon*. Aunque no quisiera, siempre acababa poniéndose en evidencia, porque una partida de póquer llevaba a otra, y esta a un *whisky* tras otro. Y los *cowboys* no debían perderle el respeto, no podía dejar que pensaran que era un maldito borracho.

Se estaba terminando la pipa cuando vio llegar un caballo con un jinete que parecía dormido.

Otro que caería pronto en las redes de alguno de los embaucadores, pensó divertido.

Pero no, el tipo no se dirigió al *saloon*. Cuando llegó a la esquina de su oficina, se adentró en el callejón y, justo antes de desaparecer en la oscuridad, levantó la cabeza para hacerle un ademán, ordenando que le siguiera.

¿Qué podía querer Parker ahora?

Miró hacia ambos lados de la calle. Estaba todo oscuro, no había ni un alma. Se giró y entró en la oficina para hacerle entrar en su guarida por la puerta lateral.

Allí adentro podrían hablar con tranquilidad, sin ser molestados. Odiaba tener que dejarle acceder a su terreno, no quería que le descubrieran con un forajido, pero ese hombre se había presentado allí y aquello no era nada bueno. Debía tratarse de una emergencia.

—La maldita zorra está en el rancho McCoy —bramó sin más contemplaciones en cuanto Pete abrió la puerta.

El *sheriff* se quedó helado.

Bien.

La chica estaba en White Settlement. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué demonios estaba allí?

Y lo más importante: ¿qué tenía él que ver con todo eso?

La respuesta le llegaría bien pronto, sin rodeos:

—Tienes que hacer la vista gorda una vez más. Vamos a ir a por ella.

Unas decenas de millas más al oeste, Nathaniel McCoy intentaba procesar lo que había ocurrido ante sus ojos.

Estaba viendo a su primo de sangre... Le observaba con atención: desde la última vez que le viera, en una de sus incursiones con August un par de años atrás, el jefe guerrero había ensanchado de espaldas, estaba mucho más corpulento y con aspecto más... amenazador. Debía ser por aquellos extraños tatuajes que llevaba en todo el cuerpo y que no recordaba haberle visto cuando era más joven. Al fin y al cabo, eran casi unos niños la última vez que se vieron.

Aunque todavía sentía dolor en la cara debido a la patada que este le propinó, no importaba: estaba ganando tiempo y, en aquellas circunstancias, el tiempo era oro.

Nate siempre había sido un muchacho observador. Ahora, ese muchacho se había convertido en todo un hombre, y las experiencias acumuladas le habían dotado, además, de sabiduría y no poca perspicacia.

Aunque bien pensado, para lo que estaba viendo, no era necesario ser demasiado perspicaz... En la mirada de Nobah, incluso en el rictus de su cuerpo, había una emoción impetuosa, una que no podía ocultarse. Aquel hombre quiso castigarla, pero Anna le desafió. Y ahora, en vez de ocurrir lo que Nathaniel creyó que ocurriría, el guerrero la observaba con una expresión que dejaba traslucir todo lo que ocurría por su interior: rabia, y al mismo tiempo respeto.

La muchacha había conseguido hacerse un hueco entre aquellas gentes. Incluso mejor de lo que él mismo, con sangre Quahadi, hubiera podido hacerlo. Por las venas de Nate corría sangre salvaje, siempre lo supo, y era esa misma sangre salvaje la que guio muchos de sus actos. Pero la sangre que corría por sus venas no le estaba siendo de gran ayuda en aquellos momentos...

Y sin embargo, aquella delicada niña blanca por la que no corría ni una ínfima gota de sangre comanche se había convertido en la chamán de los Quahadi.

Cómo había podido ocurrir aquello era algo que escapaba a su entender... Sobre todo si pensaba en aquella pequeña tímida y desvalida, de lacios cabellos dorados y rostro lleno de pecas, que le miraba con devoción cuando visitaba el rancho Fletcher.

Pero allí estaba, ella era ahora alguien importante en la tribu, alguien que incluso había llegado a retar a su jefe guerrero... Y que a cambio recibía su respeto y amor.

Les observó separarse. Primero se marchó él, luego ella se dio media vuelta sin siquiera dirigirle la mirada. Bien hecho, chica. Nobah no era tonto, y ella no debía alimentar las sospechas. Sonrió.

Qué ironía aquella. Allí se encontraron los tres al fin, los niños estaban bien, sanos... Y parecían felices. Y mientras tanto, aunque al fin hubiera dado con ellos, el destino le separaba a su vez de Edlyn... Y quién sabía si quizá algún día les permitiría reunirse de nuevo.

Se juró a sí mismo que lo intentaría hasta su último aliento. Ahora sabía que los niños estaban bien: había cumplido con una parte de la promesa que un día hiciera a su mujer. El destino, sin quererlo, le había puesto a los pies de los caballos... ¿Y qué más daba? Haría lo que fuera por sobrevivir. No sería tarea fácil, pues volver a hablar a solas con Anna quizá fuera imposible, pero tampoco había pensado sobrevivir a su herida ni acabar encontrando a los niños y, sin embargo, allí estaba.

Tironeó de los brazos para comprobar el agarre de las cuerdas. Qué estúpido, los guerreros nunca harían un nudo flojo, aquello apretaba más de lo necesario y ya estaban empezando a escocerle las muñecas.

Suponía que la única baza que tenía para quedar libre ahora era hacerle entender a Nobah que estaban perdidos: su población había sido diezmada, eran muy pocos lo que habían sobrevivido y,

aunque sí había hombres, no así suficientes mujeres como para que pudiera prosperar su pueblo. Deberían o bien unirse a otra tribu y dejar perder su linaje, o firmar la paz definitiva.

Cerró los ojos con fuerza e intentó serenarse. Tenía que conseguirlo, tenía que convencerle de que lo mejor era firmar una paz definitiva... Aunque, por el estado del poblado, Nate supo que las probabilidades de convencer a Nobah eran muy escasas.

Abrió los ojos de nuevo y los deslizó por el campamento, de punta a punta, en una panorámica perfecta. Donde supuso que hubieron existido otros *tipis*, tan solo quedaban jirones, o tierra removida, o incluso recuerdos de una hoguera extinta. Tan solo quedaban en pie unas cuantas viviendas, y muchos de sus moradores estaban todavía convalecientes de sus heridas, al igual que él mismo.

Aquello era el ocaso de los Quahadi. Su jefe ya debía saberlo.

Qué ironía, pensó. ¿Cuántas veces soñó con llegar hasta allí, con formar parte de esa tribu, con sentir que, al fin pertenecía a alguna parte? Siempre había creído que entre ellos se sentiría mejor, que no sería un extraño, sino uno más... Nadie le miraría por encima del hombro ni se sentiría menospreciado. Sin embargo, no supo en qué momento su odio hacia los blancos había comenzado a flaquear y, sin darse cuenta de ello, a casi desaparecer. Aquellas cosas ya no le importaban... Que un atajo de ignorantes no le aceptaran no era su problema. Él deseaba su hogar, y su hogar eran su casa y Edlyn. No había nada mejor en el mundo, y ahora se percataba de ello.

Allí, entre los nativos norteamericanos, tampoco se sentiría como un igual. ¿En qué demonios estaba pensando cuando así lo creyó? Era un ingenuo. Siempre lo había sido. Un ingenuo y un idiota. ¿Acaso creía que los Quahadi le iban a recibir con los brazos abiertos, cuando ya no quedaba nadie más en vida que Nobah? Y este estaba muy lejos de darle la bienvenida. Aquel pueblo no era hostil, al menos no si se le dejaba en paz... Pero ahora que se encontraba allí, atado a aquel poste y muerto de sed, sabía que nunca le aceptarían como un comanche. Él tampoco pertenecía a aquel lugar, y no se sentiría cómodo allí ni aunque le hubieran puesto una cama de algodones a su llegada.

En realidad, en ninguna parte lo haría... Pero hacía falta pasar por ciertas cosas, por experiencias cercanas a la muerte, para darse cuenta de ello.

Él era Nathaniel McCoy, hijo de August McCoy y Paracoa, dueño de White Settlement y *ranger* de Texas. Y a casi todos los efectos, el esposo de Edlyn Fletcher.

Aunque no llevara un anillo en su dedo, ella era su mujer. No podía haber ni habría otra en su vida, pues jamás encontraría a nadie tan valiente como ella. Ni tan preciosa, aunque no hubiera pensado así al comienzo. Cerró los ojos con fuerza y la imagen de ella apareció allí mismo, sonriéndole, dándole fuerzas. La conquistaría de nuevo, volvería a comenzar desde el principio y hacer las cosas bien. La cortejaría y la convertiría en la señora McCoy, una orgullosa terrateniente. Una mujer atípica, pero audaz... Una compañera de vida.

Estaba en sus manos conservar todo cuanto él era y darle una buena vida a esa mujer, devolverle la dignidad que otros le habían arrebatado.

En ese momento, más que nunca, se convenció de que nadie le iba a quitar lo que era suyo por derecho propio. Saldría de allí aunque tuviera que desafiar a la mismísima muerte para ello.

Capítulo 18

Los problemas nunca llegan solos

—*D*e acuerdo, de acuerdo, de acuerdo... —susurraba Edlyn mientras daba vueltas y vueltas por su habitación al tiempo que estiraba los brazos y respiraba con profundidad. Parecía estar preparándose para una maratón.

Los problemas nunca llegaban solos.

Aquel tipo estaba cerca... De hecho, había vuelto a buscarla, estaba segura.

Porque a nadie le clavan un abrecartas en el ojo y se queda tan tranquilo.

Maldición. ¿No podía olvidarse de ella por un rato? ¿Tenía que aparecer justo ahora? ¿No podía esperar unos meses? ¿O incluso unos días? Cuando hubieran regresado con Nate y todos esos malditos indios estuvieran muertos...

Porque ella pensaba quedarse atrás, escuchando, como un maldito refuerzo... Pero si, entre esas abominables criaturas, reconocía al autor de los asesinatos de su familia... La paz acabaría tan rápido como hubiera llegado. Así pereciera en el intento.

Así tuviera que arriesgar todo con Nathaniel. En ese momento, su relación, o especie de relación con él, pasaría a un segundo o tercer plano.

Porque sabía que no lo soportaría. Si tuviera a ese animal de nuevo frente a ella... Estaba segura de que apretaría el gatillo. Y nadie podría juzgarla: estaría haciendo justicia. Al diablo con todo lo demás. De arrepentirse, lo haría después. Como siempre.

Las cuentas pendientes, mejor saldadas.

El señor Miller había llegado antes del mediodía, acompañado de seis hombres más, después de un largo y cansado viaje. Todos se tomaron su tiempo para almorzar y descansar y después se presentaron, más frescos que una lechuga, ante su anfitriona y madre del cautivo.

Rose le había pedido a Edlyn que la acompañara. Parecía que ahora no era capaz de enfrentarse a ello sola, cuando antes de que la joven llegara fue ella quien se ocupaba de todos los asuntos del rancho. De todas formas, se sentía agradecida de que la tuviera en cuenta para todo, porque tras las confesiones unos días antes la sentía mucho más cercana. Que hubiera cambiado de actitud ante la vida era algo digno de admirar.

Y por qué negarlo, ser su mano derecha la enorgullecía.

Vestida de hombre, y en presencia de un Frank un tanto ausente, Ed participó en la conversación y se ofreció a ayudar, como parte de la partida de rescate y negociación, en todo lo necesario.

Nadie la puso en duda: todos dieron por hecho de que se trataba de un jovencuelo, pues la señora McCoy no le había presentado. Sencillamente, permaneció retirada hasta que creyó conveniente dar un paso adelante y autoinvitarse a la fiesta, no sin antes presentarse como Ed Fletcher.

La nueva compañía necesitaba de hombres. Pero de hombres de honor, pues de maleantes estaban sobrados al oeste de los Estados Unidos. Todos los bandidos que sobran al norte y al

este, allá que llegaban... Y los hombres de bien, como lo había sido August McCoy, ya estaban empezando a cansarse. Y también de esos malditos indios. Si por ellos fuera, había añadido el señor Miller, les habrían eliminado hacía mucho tiempo. Pero su error fue haber tenido conmiseración: aquello era una guerra, y si al ganar el otro bando no acababa bien pisoteado, volvería a sublevarse una y otra vez. Darles una tregua tras otra, ser misericordiosos y permitirles vivir allí, no había dado resultado.

Ante el silencio de todos, y el evidente gesto de incomodidad de Rose —pues aquello era algo con lo que August no hubiera podido estar de acuerdo—, se aclaró la garganta y volvió a añadir:

—En fin, lo que importa ahora es traer de vuelta a Nathaniel —confirmó en un tono menos impetuoso. En ese momento parecía haber caído en la cuenta de que el chico también llevaba sangre indígena—. Bien, en total somos... —les miró a todos y continuó—: ocho, ¿verdad? Saldremos...

—No, no somos ocho.

La voz que sonó les dejó a todos congelados y a Arthur con la palabra en la boca. Se giraron y observaron a Frank. Tenía que haber sido él, la voz provenía del lugar donde él estaba sentado... Pero seguía en la misma postura, con la cabeza agachada y observando sus manos con gesto distraído.

—Eh... ¿Usted no viene, caballero? —se pretendió asegurar el líder.

Entonces él negó con la cabeza, y Edlyn, que le había estado mirando boquiabierta, se acercó hasta él, le tomó con brusquedad del brazo y siseó:

—Pero ¿de qué estás hablando? —gruñó. Pero Frank la observó con ojos tristes y volvió a bajar la mirada—. Tú y yo tenemos que hablar, vamos.

Se lo llevó a rastras ante el asombro de todos los allí presentes, que se removieron intranquilos. Aquello parecía más bien una riña de enamorados, y nadie entendía en realidad qué era lo que estaba ocurriendo allí.

Edlyn se lo llevó a la parte trasera de la casa, se dio la vuelta y se enfrentó a él con los brazos en jarras:

—¿Qué demonios estás haciendo?

Él la observó sereno, aunque con gesto compungido. Apartó la mirada y suspiró. ¿Por qué se sentía como si estuviera frente a su madre? ¿Como cuando esta le regañaba cuando era pequeño? Estrujó el sombrero entre sus manos y la miró de nuevo:

—No puedo ir, Ed. Tienes que entenderlo.

Ella comenzó a temblar. Aquello no se lo esperaba... Nunca se lo habría esperado de él: su compañero de andanzas, su amigo fiel. Siempre había estado a su lado, protegiéndola.

—¿Por qué? —susurró, incrédula.

La iba a dejar sola. Lo sabía. Él nunca había actuado así antes. Es más, era él quien no se apartaba de ella por mucho que Edlyn quisiera ir por su cuenta. ¿Por qué aquello, y justo ahora?

—Están aquí, pequeña. Al fin les he encontrado... Llevo toda mi vida buscándoles, y al fin he dado con ellos. No puedo marcharme ahora. Simplemente... No puedo —se pasó una mano por la cara y buscó un sitio donde sentarse. Se le veía derrotado.

La chica cayó entonces en la cuenta... Todo venía por la conversación mantenida aquella misma mañana: los Bunt. Era el momento de Frank, quería vengarse, y quería hacerlo él solo.

Le observó sentarse en el pozo mientras sus pensamientos corrían veloces. No podía creer lo que estaba aconteciendo, justo ahora, justo cuando iban a hacer algo importante... Pero esa no era la vida de Frank. La de él era otra, y ella no podía obligarle a seguir su camino.

—Lleva cuidado, si te caes ahí adentro ya no quedará quién se cargue a Parker.

Sus miradas se cruzaron. Ambos en silencio, comprendiendo. Frank sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos. Era una sonrisa triste, como si el suyo fuese un destino que no había elegido, como si le hubiese sido impuesto.

Como si no tuviera la opción de elegir.

Se quedaron así, observándose sin verse, durante un rato. Hasta ahí había llegado su camino juntos. A partir de entonces, deberían continuar en solitario...

Frank sabía con exactitud qué era lo que iba a hacer. Lo tuvo claro desde el momento en que Marybelle le contó lo que sabía. Le dolía tanto tener que abandonar a aquella niña... Solo esperaba que no se marchara, que se quedase en el rancho a esperar a Nathaniel y que no cometiera otra de sus locuras.

—No tienes por qué ir, Edlyn —le susurró, en un último intento por protegerla—. Espérale aquí. Él vendrá a ti, lo sabes.

Ella sonrió y miró al infinito.

Era una tontería negar que esa opción no se le había pasado por la cabeza en cuanto escuchó decir a Frank que no la iba a acompañar... Porque sí lo hizo. Fue un pensamiento fugaz, pero estuvo allí: si se quedara, se evitaría muchísimos problemas. Demasiados. Pero también se arrepentiría el resto de su vida. ¿Cómo iba a quedarse allí, esperando sin hacer nada, cuando allá afuera se estaría sentenciando su destino?

Así que se decidió.

Sin mediar palabra con Frank, se dio la vuelta y entró en el salón, donde la esperaban los seis hombres. Se quitó el sombrero, se sacudió la melena, y añadió:

—Bien, caballeros, espero que la presencia de una dama durante el viaje no les incomode.

Todos se levantaron de golpe al verla menear su estupenda, aunque algo corta, melena dorada. ¿Cómo no se habían dado cuenta antes? ¿Les había engañado con el tono de su voz? ¿Era aquella alguna jugarreta extraña?

—¡Esto es una vergüenza! Pero, ¿en qué demonios está usted pensando? ¿Es una broma?

Había sido uno de los hombres del señor Miller quien había dado el paso adelante, un rudo vaquero de unos treinta y tantos años y con escaso cabello que se peinaba hacia un lado para disimular, quien en un principio se presentó como Ian Somerset, ganadero. El propio Arthur estaba tan avergonzado que no sabía si disimular que ya estaba al tanto de todo aquello para no dar a entender que a él también le habían engañado.

—No, señores, en ningún momento les he mentado. Soy Ed Fletcher —contestó ella mientras se encogía de hombros—. Ed, por Edlyn. Y ya he estado fuera en multitud de ocasiones, así que no se asusten, sé apañármelas a la intemperie. No tendrán que cuidar de mí.

—Sabe que no habríamos aceptado que viniera de haber sabido que era usted una mujer, señora —prosiguió Roger Peck, un hombre en los cuarenta, delgado, que se dedicaba al negocio de las pieles.

—Oh, por favor... No me venga ahora con esas, *caballero* —dijo con retintín—. En ningún momento les he dicho que era un hombre, eso lo han asumido ustedes mismos —contestó ella con voz firme—. Y les puedo asegurar que tengo muchísima más experiencia que la mayoría... en todo lo necesario para esta empresa: sé disparar muy bien, incluso a blancos en movimiento; puedo

dormir a la intemperie, puedo conseguir mi propia comida y, además, tengo mucho más motivos que ustedes para acudir al rescate de Nathaniel.

Todos la observaron, en silencio... Nadie osaba preguntar, y cuando Rose estuvo a punto de abrir la boca, ella le detuvo con una señal.

—Sí, le tengo aprecio, porque él fue una vez mi prometido... Pero eso no importa ahora. Él nos ha prestado su ayuda en muchas ocasiones, tanto a mí misma como a algunos de ustedes, le debemos mucho. Y es la única persona, por lo que veo, que recuerda que mis hermanos siguen perdidos ahí afuera, entre los comanches. Sin él nunca podré encontrarles.

Algunos carraspeos sonaron en la habitación, seguidos de murmullos y susurros. Ahora que la chica había dicho lo de los niños... todos parecieron caer en la cuenta de quién era ella.

Y todos se sintieron abochornados, porque sabían que esos niños habían desaparecido y que ninguno de ellos se había alzado en su ayuda. Nadie se ofreció a liderar una partida, nadie conocía a la familia Fletcher y todos tenían mucho que perder.

Esa familia neoyorquina era una recién llegada a aquellas tierras. Carecía de amistades y de lo más importante: de deudas. Nadie les debía nada, y por tanto era posible que aquellos niños jamás regresaran a casa a no ser que así lo desearan los comanches.

Pero la familia McCoy era distinta... Todos le debían algo a August: él era uno de los primeros colonos, y había ayudado a todos y cada uno de los recién llegados. Esos hombres, los allí presentes, se sentían en deuda con él y, aunque carecían de la enorme experiencia necesaria para tales incursiones, eran los más honrados en millas a la redonda. Y también eran los únicos que ya habían tenido otros contactos con los Quahadi.

Ella había fallado, por sí sola, en dar con ellos: encontrar a Nate no solo implicaba salvarle... sino también dar de una vez por todas con esos malditos salvajes. Necesitaba desesperadamente unirse a esa partida, y no la iban a dejar fuera.

—Señorita Fletcher... Usted es consciente de que viajar con seis hombres no es propio de una dama, ¿verdad? —añadió Arthur.

Ella rió con ganas.

—Señor Miller, si usted supiera la de cosas que he hecho y que no son propias de una dama...

Más carraspeos, más frases inconexas e incomprensibles.

—Yo intercedo por ella. —En esa ocasión fue la rotunda voz de Rose la que calló a todos—. Es a ella a quien la casa McCoy envía en representación nuestra. Confío en Edlyn plenamente, sé que es fuerte y capaz de protegerse a sí misma, mucho más que algunos hombres. Y también sé que será capaz de todo por traer de nuevo a mi Nathaniel con vida.

Nadie tuvo el valor de decir nada. El señor Miller, sin embargo, asintió con la cabeza: cosas más extrañas se habían visto por esas tierras, y a lo mejor una mujer les servía para mucho... Serían muchos días de viaje, y todos necesitarían a alguien que cocinara y lavara sus ropas. No estaría tan mal.

Así pues, esa misma tarde se organizó la partida formada por seis hombres y una mujer: Arthur Miller, encargado de dirigir la partida y mano derecha de August McCoy; Amos Somerset, un ganadero de treinta y dos años, casado y con un hijo; Roger Peck, un peletero de cuarenta y cinco, viudo y sin hijos; Matthew Berrick, un *cowboy* de veintisiete años; Ian Bennett, un herrero de cincuenta años casado en tres ocasiones y con seis hijos; Doc Stevens, un aprendiz de veterinario de veintidós años y de vida privada desconocida, y Edlyn Fletcher, una mujer cercana a los veinte años con una triste historia a sus espaldas y con más valor que libras de peso.

Capítulo 19

Reunidos en el infierno

Aquella noche, Frank fue incapaz de quedarse a observar cómo se marchaban al alba. Se sentía mal por no poder unirse a ellos; algo le decía que, de algún modo, estaría traicionando a Nate. Pero no era aquello lo principal: dejar sola con todos aquellos hombres a Edlyn le causaba tal desasosiego que le dolía el pecho.

¿Cómo podía ser que se sintiera tan responsable de ella? Desde que perdiera a su familia se había creído una persona desarraigada, sin lazos algunos... Quizá había contraído alguna que otra deuda —como por ejemplo, Consuelo—, pero siempre fue un alma solitaria.

Le dolía. Sí, le dolía tanto, que era casi físico. Aquella niña había sido su debilidad desde que la conociera... La había identificado tanto con Stella, que incluso hubo ocasiones en que casi usa el nombre de su hermana para dirigirse a ella. Quizá no fuera su hermana pequeña, pero la quería igual.

Sin embargo, tenía esa deuda... Tenía ese otro dolor sordo, perenne, dentro de su corazón. Había sido por esos asesinos por quienes él había viajado hasta tan lejos, persiguiendo su pista.

Sí, su familia estaba muerta... Ya nada podía hacer por ellos, y sí por Edlyn. Pero, al fin y al cabo, él era humano. Era una persona con defectos... Y la necesidad de venganza había arraigado tan fuerte y durante tanto tiempo, que era imposible hacerla a un lado y seguir adelante. Es más, se negaba a ello por la memoria de aquellos a los que había perdido: cada vez que flaqueaba su voluntad, se obligaba a volver a pensar en aquella fatídica noche, en su padre llorando mientras observaba todo cuanto le hacían a su madre antes de asesinarla... Y el rostro de Parker volvía más claro que nunca, con las diferencias de edad, pero indiscutible. Y con él, ese odio arraigado que le había convertido en quien era: un hombre solitario, repleto de claroscuros.

Se había marchado del rancho McCoy, pero no podía estar solo. Necesitaba el calor de una mujer.

Como de costumbre, y bien entrada la noche, acudió al lecho de Marybelle, que acogió a su *cowboy* sin hacer pregunta alguna. Ya conocía el humor en el que a veces se sumía ese hombre y no preguntó; sencillamente, se limitó a hacer el amor con él y darle el cariño que sabía que necesitaba.

Frank se dejó querer. Era la necesidad de llenar su cuerpo de cariño antes de partir, antes de arriesgar su vida, antes de que quizá no volviera nunca más...

Cuando su ánimo estuvo mucho más sereno, y aún con aquella voluptuosa mujer desnuda y entre sus brazos, el *cowboy* decidió que era el momento.

No se escuchaba ni un solo sonido, Fort Worth estaba en absoluto silencio. No había música, no había borrachos, ni siquiera se veía la luz de la luna.

Era una noche tan desapacible como otra cualquiera para matar o morir en el intento.

Con un último beso, Frank dejó el cuerpo caliente y dormido de la mujer en la cama. Se vistió, cogió su revólver y el fusil, y se marchó en busca de Flanagan.

Pilló a ese malnacido dormido. Roncaba como un cerdo.

El muy capullo se había bebido una botella de *whisky* y había caído en redondo, descuidando su territorio. No había tenido dificultad alguna en entrar en su oficina, tan solo tuvo que forzar la cerradura ligeramente y listo. Por ilógico que pudiera parecer, nadie osaría entrar a robar a la guarida del *sheriff*, así que la puerta no era demasiado robusta. Para seguridad ya estaba la de las celdas.

Apuntó con el revólver a su asquerosa cara de encubridor de asesinos y amartilló el Colt.

Los ojos de Flanagan se abrieron al instante, como activados por un resorte.

—Vamos, camina —gruñó Frank, con rabia, al tiempo que empujaba a Pete con el fusil para que siguiera avanzando.

—No se ve nada... ¡Así no podremos llegar nunca!

—Si sigues intentando mentirme o distraerme, te juro que te mato aquí mismo y nadie encontrará jamás tu cuerpo. Está muy despejado y se ve lo suficiente, así que o caminas, o serás pasto de los coyotes.

El *sheriff*, reticente, hizo lo que le pedían. No quería continuar porque estaban demasiado cerca del punto de encuentro y sabía que, de todas formas, si llegaba allí con aquel tipo sería hombre muerto. Hizo, pues, todo lo que pudo por retrasar el momento: fingió quedarse dormido, intentó propinarle un golpe a su captor, pero todo fue en vano. Lo único que consiguió fue que le dieran tal golpe en la sien, que un hilo de sangre le corría por la mejilla y goteaba, pegajosa, en recuerdo de lo que no debía volver a intentar.

Maldijo para sí mismo por la suerte que le había tocado. Si no hubiera bebido aquella noche se habría dado cuenta de que alguien intentaba entrar en el cuartel... Pero ahora ya estaba hecho. La única esperanza que le quedaba era que, al llegar, los Bunt mataran al estúpido de Frank y le perdonaran la vida a él por todos los favores que le debían.

Cuando llegaron al lugar indicado, avisó al *cowboy* de que debía lanzar tres tiros al aire. Este cogió el revólver del *sheriff* que llevaba al cinto e hizo lo que le pidió, en silencio.

Un disparo, dos segundos de espera; otro disparo, otros dos segundos de espera...

Un tercer disparo, y el cuerpo de aquel tipo cayó, inerte, al suelo.

El proyectil le atravesó el cráneo y reventó en pequeños fragmentos dentro de este. La sangre comenzó a emanar profusamente de la cabeza del *sheriff* merced de las astillas del hueso craneal roto y de la bala, que se incrustaron en su masa cerebral sin perdón. No obstante, el hombre no murió de inmediato: su cuerpo entró en *shock* y tardó todavía un par de minutos en dejar marchar la vida, mientras convulsionaba, hasta que la sangre vertida le obligó entrar en paro cardíaco.

Frank le observó sin pestañear y, en cuanto dejó de moverse, le levantó del suelo y le sentó sobre una roca, sujetándole por la espalda para que no resbalara. De ese modo no se veía el enorme agujero en la parte de atrás del cráneo y podría fingir durante unos instantes que el bueno del *sheriff* estaba allí sentado, esperando tan tranquilo.

Se escondió detrás mientras seguía sujetándole por la camisa y esperó a escuchar el trotar de los jinetes.

El mundo se había librado de otro montón más de escoria, y esperaba poder borrar de la faz de la tierra al menos otro más antes de abandonar él mismo estas tierras perdidas de la mano de

Dios. Se iría al infierno, pero al menos allí estarían también, esperándole, dos de los condenados hermanos Bunt.

Y hasta en el infierno, se juró, les haría la vida imposible.

Cuando al fin escuchó el familiar sonido de los cascos de los caballos, comprobó de nuevo las balas que tenía en el revólver: seis. Había perdido la cuenta de las veces en que lo había comprobado ya pero, al fin y al cabo, su vida dependía de ello y aún tenía una leve esperanza de poder salir de aquella.

Al principio, el trote era ágil y más lejano, pero conforme se fue oyendo más cerca su paso se iba ralentizando. Se detuvieron frente al hombre, cuya cabeza colgaba sobre su pecho, como si estuviera dormido.

—Este idiota se ha dormido esperando... —dijo uno de ellos.

—Se habrá emborrachado, para variar —respondió otro.

Escuchó el golpe sordo de los pies de uno de ellos al bajarse del caballo y acercarse.

—Eh, quieto ahí —le ordenó el que estaba más lejos—. Han sido tres disparos, algo no anda bien por aquí... Acércate despacio, ¿entendido?

Los pasos del que había tomado la iniciativa volvieron a sonar, aunque esta vez más dudosos.

Frank sabía exactamente, por el sonido, en qué situación se encontraba.

Los primeros rayos del sol bañaban de un color anaranjado el cuerpo de Pete desde atrás, situación que aprovecharía Frank al máximo, pues aquella luz cegaría a sus contrincantes.

De un movimiento rápido, apartó el cuerpo hacia un lado y disparó en la cara al hombre bizco que tenía delante. Se cubrió de nuevo con el cuerpo del *sheriff*, lo justo para poder apuntar a quienes quedaban en pie.

La rapidez jugó a su favor: había pillado a aquellos hombres totalmente desprevenidos. La segunda bala que disparó fue a parar al pecho de uno de los otros dos jinetes justo cuando su mano aferraba el revólver, pero el tercero, que estaba a su lado, no había tardado en reaccionar y, a pesar de que la luz del sol les cegaba, a pesar de que el cuerpo del muerto cubría a su víctima parcialmente, a pesar incluso de que le faltaba un ojo... acertó en el blanco.

Frank cayó hacia atrás, con todo el peso del cuerpo del *sheriff* sobre el suyo. Su quejido se unió al del hombre que había disparado, que también se revolvía de dolor en el suelo. Sintió una horrible punzada en el brazo derecho, su brazo de disparar; no podía moverlo y aquello era un serio problema, aunque no tan grave... Todavía. Lo peor era que, con el disparo, su Colt había volado a una distancia considerable de su campo de acción. Aunque se diera prisa en agacharse a cogerla, cabía la posibilidad de que Parker le diera caza antes de conseguirlo, así que optó por la vía más rápida.

De un empujón, se quitó al muerto de encima y desenfundó el revólver que había pertenecido a este y que se había guardado en el lado izquierdo.

Pero para entonces, su oponente se había levantado de nuevo y ya estaba junto a él. Ahora era Frank a quien el sol deslumbraba, y aún así pudo ver a la perfección el brillo del metal lanzar destellos que cubrían el rostro de Parker.

—Vaya, vaya, vaya... Mira a quién tenemos por aquí... Una lástima que no hayas venido con esa zorra amiga tuya, así habríamos podido matar dos pájaros de un tiro.

Cegado, el *cowboy* miró hacia abajo para toparse con las sucias botas del bandido antes de cerrar los ojos con fuerza.

Dos últimos disparos resonaron, solitarios, en aquella extraña mañana de abril. Su eco retumbó y retumbó hasta desaparecer en el horizonte y, cuando lo hubo hecho, tan solo quedó el sonido de

la respiración forzada del único superviviente.

Frank comenzó a ahogarse en su propia sangre, que le brotó a borbotones por la boca mientras observaba aquel perfecto cielo azul, del mismo color que los ojos de Stella, del mismo color que los de Edlyn... y la paz inundaba, al fin, su alma.

Capítulo 20

Hacia un nuevo futuro

Nate escuchaba con la cabeza gacha cada vez que algún miembro de la tribu mantenía una conversación cerca de donde él se encontraba. Comprendía palabras sueltas, que flotaban en el aire una vez pronunciadas y que eran desechadas cuando al fin recordaba su significado, aunque no captaba las conversaciones completas.

En su estado no resultaba fácil concentrarse. Anna le daba de beber tres veces al día y de comer dos, pero siempre en presencia de uno de los hombres y, por tanto, no había posibilidad de entablar conversación alguna. Ella le observaba con una profunda pena en los ojos, pero también con resignación. Aunque no podía pensar con claridad debido a las horas que pasaba en la misma postura, con el sol ardiente cayendo sobre él o el inclemente frío de la noche calando sus huesos, él se daba perfecta cuenta de que su hermano, el pequeño Charlie, era uno más de la tribu: era un niño por entero feliz.

Sin embargo, al cabo de dos días ya no podía aguantar más en aquella posición. ¿Qué clase de tortura era aquella? Ni siquiera sentía el dolor de la herida, era superado de lejos por el de sus extremidades impedidas. Esa mañana, la primera vez que se acercó la chica, pidió que por favor le dejaran moverse.

La respuesta: un fuerte golpe en la mejilla con la uña del hacha. Aunque el golpe casi le atravesó los huesos, dio gracias a que al menos no había sido con el filo... y también porque ese mismo impacto le hizo olvidarse, durante unos momentos, del lacerante dolor de brazos y piernas.

Pero con el paso del tiempo aquello se hacía insoportable. ¿Qué pretendían? ¿Que se le entumecieran tanto que no pudiera volver a utilizarlas en su vida? ¿Querían que perdiera todo su cuerpo para morir descuartizado? Empezó a pensar que sí, que ese era el objetivo: un maltrato ya no físico, sino psicológico, que acabaría teniendo el mismo efecto que el primero.

Sin embargo, él no se rendía. No le importaban los golpes. Comenzó a exigirlo a gritos, esperando que al menos el impacto llegara y poder así sentir algo distinto. Tiraba sin cesar de las cuerdas para desentumecer los músculos, para que aquellos salvajes no lograran su objetivo.

¿Salvajes? ¿Desde cuándo había comenzado a pensar que lo eran? Ese cambio de actitud se había ido abriendo paso poco a poco hasta que un día cayó en la cuenta de que, no hacía mucho, se consideraba uno de ellos... Y sin embargo ahora era evidente que eran esencialmente distintos. Estos comanches eran iguales que muchos blancos: tan solo personas llenas de rabia. Todos ellos habían perdido la cabeza.

Cuando Nate buscaba venganza, o simplemente justicia, el final era rápido. No se regocijaba del dolor o el sufrimiento del otro, por muy ruines que hubieran sido sus actos... El castigo era inmediato.

Durante su cautiverio, el chico se convirtió en hombre. Aprendió a controlar el dolor, a soportar el sufrimiento, a tener paciencia y a desconectar cuando creía que había llegado al límite. Siempre

podía aguantar más.

Aprendió que era un hombre fuerte, mucho más de lo que siempre había creído. Aunque fuera perdiendo peso y masa muscular, la voz de su interior se había propuesto no desfallecer: no caería ante aquella macabra tortura, saldría de allí con vida.

Y lo más importante de todo: aprendió que, en aquella lucha sin cuartel, nadie tenía la razón. Y él nunca más pertenecería a ninguno de los bandos.

Sería tan solo Nathaniel McCoy.

Anna observaba, día tras día, cómo el prisionero iba cambiando cada vez más. En vez de un hombre, parecía la sombra de lo que una vez pudiera haber sido... Ya no parecía en absoluto aquel caballero recio y guapo que conoció tiempo atrás, aquel que la había hecho soñar con una familia e hijos, por el que había suspirado como una inocente niña.

Le daba tanto miedo que se dejara llevar... Sabía que no moriría de hambre, pues aunque fuera poco alimento, las necesidades de su cuerpo estaban cubiertas. Pero no estaba tan segura de que soportara aquella terrible tortura... Creía muy probable que el pobre Nathaniel acabara volviéndose loco.

No entendía por qué Nobah no hacía nada, por qué le dejaba allí tanto tiempo... O quizá sí, pero no podía permitirlo. ¿Es que estaba ciego? Si le dejaba morir, si se erigía como culpable de su muerte, la historia de los Quahadi habría llegado a su punto y final.

Para su sorpresa, aquel día el jefe anunció que había llegado, al fin, la hora de volver a viajar. Ya todos estaban recuperados, al menos lo suficiente como para poder trasladar el campamento. No podían permanecer más tiempo allí, era demasiado arriesgado para ellos: debía proteger las vidas de los pocos que quedaban. Ahora, para el guerrero, esos pocos supervivientes eran su mayor tesoro.

En otro momento habrían sido las mujeres las que lo empaquetaran todo y cargaran con los enseres, pero ahora, al contar con un número tan reducido de ellas, fueron los hombres los que llevaron la batuta. Lieron los fardos, cargaron todo lo que pudieron a lomos de los escasos caballos de que disponían y, haciendo uso del carruaje en el que habían traído a Nathaniel hasta el poblado para trasladar a los enfermos, comenzaron su marcha.

Y al fin, el prisionero pudo caminar de nuevo.

En un principio casi no podía sostenerse en pie, pero Anna le dio agua y consiguió recuperar algo de fuerza. Cuando intentó apoyarse sobre ella, uno de los hombres la apartó y él cayó al suelo, como un despojo.

—¡Arriba! ¡Arriba! —ordenó en un burdo inglés mientras le daba patadas en el costado.

No había nada que deseara más así que, tras lanzarle una mirada envenenada, puso todo su empeño en ello y consiguió mantenerse erguido. Poco a poco comenzó a notar cómo las piernas le temblaban menos, y el alivio de tener los brazos en una postura distinta fue tan grande que casi lloró de placer.

No obstante, no todo fue tan sencillo. Se sentía mareado, veía extrañas luces en todo momento y sus pasos eran tan vacilantes que tropezaba constantemente, obligando a su custodio a agarrarle con brusquedad para que no se cayera. Al cabo de varios traspies, el Quahadi se cansó de ayudarle y le dejó a su suerte, riéndose cada vez que se desplomaba y era incapaz de levantarse. Todavía llevaba las manos atadas con cuerdas, y estas a su vez habían sido amarradas a un caballo que llevaba a sus lomos una enorme carga, con lo cual, en cuanto caía, se quedaba colgando y las piernas rozaban contra el suelo y las piedras. El caballo no paraba, y para levantarse tenía que mover las piernas con rapidez y pericia, cosas de las que carecía en esos momentos.

Los chicos se divertían a su costa, sobre todo los más jóvenes.

Con cada carcajada, Nate luchaba por levantarse más rápido. Nunca había soportado las burlas ni el desprecio de nadie, y aquel rasgo suyo no cambiaría ni aunque estuviera al borde de la muerte.

Por extrañón que pudiera parecer, en vez de sentirse cada vez más débil, su confianza fue en aumento al tiempo que las fuerzas regresaban a sus músculos. Sí, era agotador caminar durante tanto tiempo, y mucho más tras aquel largo letargo, pero lo había deseado tanto que su fuerza de voluntad superó todo lo demás.

Durante el transcurso de aquellas vivencias tan extremas Nate comenzó a conocerse mucho más a sí mismo. Supo que era mucho más fuerte de lo que creía, que siempre podía soportar más de lo que parecía, que moriría con la cabeza alta de ser preciso. Era terco y orgulloso, y no pensaba concederles lo que andaban buscando.

Caminó junto a ellos atravesando lomas y praderas en dirección sureste. Se preguntó si aquello no sería demasiado peligroso... ¿Por qué se acercaban tanto a la civilización? Con una población tan exigua, si les descubrían todo acabaría antes de lo esperado. La única explicación podía ser que, o bien el jefe buscaba contacto con los blancos o bien un lugar provisional en donde estar protegidos por ser demasiado obvio. También puede que, directamente, se hubiera vuelto loco.

La locura, dadas las circunstancias, era una opción bastante plausible.

Al atardecer, Nobah pareció quedar contento con una extensión lo suficientemente grande como para albergar a su gente y lo bastante pequeña como para resguardarles. Había un riachuelo no muy lejos, y eso era lo más importante. Uno de los hombres clavó un poste en el suelo y volvió a atar a Nathaniel, aunque esta vez solo de las manos. Él no se quejó; de todas formas, estaba tan cansado que necesitaba el descanso, fuera como fuese.

Había estado observando a Anna durante todo el viaje: era una muchacha admirable. Y pensar que aquella niña parecía una muñequita cuando la conoció, frágil y temerosa de todo. Nunca imaginó que podría convertirse en alguien con tal fortaleza interior: por fuera, y salvo por los cambios físicos a que le habían sometido tanto los comanches como la vida a la intemperie, seguía pareciendo una niña vulnerable y débil. Sin embargo, en su interior había nacido un gigante.

Nada más y nada menos que la chamán de los Quahadi... Sentía una gran curiosidad por saber cómo se había obrado aquel cambio, pero en cuanto cayó la noche y los *tipis* estuvieron montados, la chiquilla le trajo un caldo caliente hecho a base de carne seca, que bebió con voracidad, y de inmediato cayó rendido en las redes de Morfeo.

Estaba extenuado, y el dolor desapareció de sus músculos y articulaciones como si jamás hubiera existido... Anna no podía hablar demasiado con él, pero sabía que seguía preocupándose. Tenía un pequeño ángel guardián entre los comanches, y era precisamente una chica blanca.

Aquel día no había sido un espejismo.

Tras haber logrado asentar el campamento lejos del lugar donde la tragedia les rondaba como si de un mal espíritu se tratara, los Quahadi comenzaron a retomar una rutina más o menos equilibrada, aunque cierta desazón embargara el aire.

En los momentos en que los hombres debían salir de caza, siempre se quedaba un par de ellos a cargo de la vigilancia del poblado. Es posible que no lograran demasiado ante un nuevo ataque, pero al menos protegerían a los que quedaban atrás y, de paso, vigilaban al prisionero.

A partir del día del traslado, y dado que no había perpetrado ningún intento de fuga, cambiaron la postura en que amarraron las manos de Nate, ahora detrás de su espalda. Al menos no estaba tan incómodo. Además, le levantaban y ponían a caminar dos veces al día, siempre a punta de lanza.

El porqué de aquel cambio era del todo desconocido para el muchacho... Nobah no volvió a dirigirse a él y, por lo que pudo comprobar, tampoco se acercaba a Anna más de lo que fuera imprescindible. Imposible imaginar qué estaría pasando por su cabeza... Pero Nate esperaba que lo hubiera pensado y mejor y que, al fin, se hubiera dado cuenta de que llegar a un trato era la mejor solución para ellos.

Los días transcurrieron y se tornaron tranquilos, casi plácidos. El chico se percataba cada día con mayor claridad de la rutina que seguían aquellos comanches, pues el dolor de su costado era ya bastante leve y las fuerzas volvían de manera gradual a su cuerpo. No se había recuperado por completo, pero tampoco parecía ya un cadáver andante. Anna le cuidaba y le alimentaba, aunque tan solo podían conversar con la mirada; y por extraño que pudiera parecer, ellos se entendían.

«Lo siento», parecía decirle ella cada vez que se acercaba.

«No te preocupes, todo está bien», le respondía él con una pequeña sonrisa en los labios. Ella respondía a esa misma sonrisa con timidez y bajaba la mirada. Cuando él la veía actuar así, rogaba por que esa chiquilla no albergara todavía aquellos sentimientos románticos hacia él, ya que de ser así... era posible que Nobah entrara en cólera de nuevo y diera fin a la tregua. No había que ser demasiado listo para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo allí.

En cuanto a Anna, aquellos ratos que dedicaba a Nathaniel constituían un bálsamo para su alma. Acercarse a él era encontrar la paz, recordar sus raíces, escuchar la voz de su abuela contándoles un cuento a los niños... Él era el lazo que la unía a su anterior vida, la única prueba viviente de que ella había crecido en la civilización, de que había sido una niña blanca mimada y querida. Todo eso significaba él para ella, y quién sabe qué más.

No obstante, Anna había descubierto que, si un día se encontraba entre la espada y la pared, si debía decidir entre volver a una vida dudosa o quedarse entre aquella gente que en verdad la necesitaba, no sabía cuál sería su decisión. Su naturaleza siempre había sido bondadosa, nunca había sido una niña problemática, solía hacer lo que los demás esperaban de ella... Y era precisamente aquella naturaleza la que le indicaba que, de ser así, elegiría quedarse entre aquellos que la necesitaban.

Aunque fueran los mismos que habían acabado con la vida de sus seres queridos.

Porque ella misma había visto lo que el hombre blanco había hecho a esos niños... Y a las chicas de su edad, a las mujeres, a los ancianos. Había vivido todo aquello en carne propia, la destrucción de un pueblo completo. ¿Desde cuándo habían estado padeciendo aquello esas gentes? Se imaginaba cómo podía haber sido al principio, cuando ellos llegaron y los comanches no sabían siquiera lo que era un arma, cuando esperaran confiados a que aquellos extraños expresaran sus intenciones, o cuando fueran sorprendidos por el primer ataque para arrebatárles sus tierras y sustento.

No, no le debía nada a Nobah. No se sentía responsable por pertenecer a la sangre blanca... Pero sí comprendía la vida de los Quahadi, y tras comprenderles, había empezado también a estimarles.

Antes de decidir que era el momento idóneo de trasladar el campamento, Nobah deseó darse un respiro de todo. Los sentimientos hacia Anna le abrumaban, nunca había conocido nada igual, y

hasta había llegado a plantearse si no estaba siendo objeto de cualquier tipo de medicina del amor... Cosa que descartó de inmediato, pues el único que hubiera podido hacerlo ya no estaba entre ellos. Y desde luego, la chiquilla no estaba deseando tenerle a sus pies, no tenía sentido que hubiera sido ella quien deseara embrujarle.

Se sentía tan perdido que no tuvo más remedio que convocar otra ceremonia con los hombres que consideró que debían conformar el nuevo consejo. No había mucho donde elegir, era imprescindible que fueran los mayores, pues eran los que más experiencia y sabiduría tenían. Y, a partir de ese momento, lo lógico era que Kotsoteka pasara a ser el jefe de la paz.

Así pues, antes de partir y para que la suerte estuviera con ellos, al amanecer se reunieron para inclinarse ante sol y regalarle el primer humo de sus pipas. Una vez terminado el ritual del humo, todos y cada uno de ellos aceptó la constitución del nuevo consejo de la tribu y la posición que ocupaban en el mismo. El puesto del chamán estaba vacante: nadie hubiera osado, en ausencia de Pea'hochso, invitar a Anna a aquel tipo de reuniones reservadas a los hombres, aunque todos sabían que, de ceñirse de forma estricta a sus costumbres, así debía haber sido.

—Debo confesar ante todos vosotros, compañeros, que he perdido mi camino —comenzó el jefe guerrero.

Todos sabían a qué se refería... Porque ellos, en su lugar, se encontrarían en la misma tesitura.

—Cuéntanos, Nobah, qué es lo que nubla tu vista —interpeló Kotsoteka, con su suave tono de voz.

El joven guerrero intentó encontrar las palabras adecuadas que expresaran su desasosiego sin dejar entrever sus miedos: él nunca debía ser débil, pero sí era de valientes reconocer las dudas.

—Temo que nuestros días lleguen a su fin... Tras lo ocurrido, temo que no estemos lo suficientemente preparados como para salir adelante. Es por eso que... Me encuentro en una encrucijada con nuestro cautivo.

Todos asintieron o emitieron sonidos de reconocimiento. No era de extrañar, y en realidad, muchos habían sido testigos del extraño intercambio de palabras entre él y Ta'by-yecht y sabían que aquello había afectado en gran medida a su jefe. Y algunos de ellos recordaron, asimismo, lo que un día les dijo el propio chamán, ya fallecido: que ella sería la clave de la salvación de la tribu.

Todos estaban en silencio, esperando a que se decidiera a continuar.

Así pues, respiró hondo y prosiguió, con aplomo:

—En un principio, confieso que deseé vengarme por lo que esos malditos blancos habían hecho a nuestro pueblo... Quería esperar a que estuviera consciente para arrebatarse la vida con mis propias manos, para que supiera quién era su verdugo.

—¿Y ya no es eso lo que deseas hacer con él?

Nobah alzó la vista y observó a Kotsoteka a través de la hoguera. Nadie más que él se atrevía a intervenir, pues era el único que había formado parte del consejo con anterioridad y quien, por tanto, sentía más confianza a la hora de dirigir la ceremonia.

El jefe negó con la cabeza, confirmando lo que el viejo pensaba.

—Ahora no sé si sería mejor negociar: su vida por tierras donde vivir en paz.

Hubo exclamaciones de asombro y reconocimiento, pero el sabio observó a todos los presentes haciéndoles callar. Ahora, él era el jefe de la paz y era su papel interceder por ella. Sobre todo, si su pueblo estaba a punto de extinguirse y la única posibilidad que tenía de subsistir era firmar una tregua.

Capítulo 21

Los tres mosqueteros

*P*artir con unos desconocidos no resultó ser tarea fácil, aunque eso ella ya se lo había imaginado. No era lo mismo viajar con alguien con quien tenías confianza que con hombres cuyas intenciones y fondo desconocías.

Añoraba a Frank, muchísimo. Le costaba reconocerlo, pero es que, al fin y al cabo, las cosas eran tan fáciles con él... Y con esos tipos perdía la paciencia constantemente.

Todos creían que les iba a servir de criada; ¡jella! ¿Por quién la habían tomado?

Habían partido en dirección noroeste, a sabiendas de que era allí donde se encontraba la zona de peligro y donde más ataques se estaban produciendo. Llevaban con ellos una bandera blanca, la bandera que rogaba parlamento y paz, y ya en el primer día de viaje, uno de ellos le había pedido que cocinara para todos.

La chica comenzó a reír a carcajada limpia y sorprendió a jóvenes y viejos con su descarada respuesta:

—Si quieres comer, ya puedes ir empezando a cazar. O bueno, podemos repartirnos las tareas: yo cazo, y tú cocinas. A eso sí que puedo ayudarte. ¿Qué me dices?

El viejo Bennett se la quedó mirando con la boca abierta mientras ella se bajaba del caballo y señalaba con la cabeza hacia las cacerolas que él mismo portaba a lomos de su caballo.

—Anda mira, si ya tienes todo preparado, qué caballero más solícito. Seguro que los demás también te lo agradecen, ¿a que sí, Ian? —Pasó a su lado, le dio una palmada en la espalda, y se marchó caminando monte arriba.

Durante todo el camino, el interpelado no fue capaz de cerrar la boca al observarla perderse de vista con un contoneo de caderas debajo de aquellos pantalones de hombre. Un gruñido salió de su garganta cuando, al fin, se volvió de nuevo hacia el resto, que había presenciado la escena con la misma cara de pasmo que él. Sin embargo, aquello pareció divertirles a todos, pues prorrumpieron casi al unísono en unas sonoras risotadas que provocaron el sonrojo del anciano.

—¿Y de qué os reís vosotros? ¿Quién se cree esa que es, hablándole así a una persona de mi edad, y encima, un hombre? —Amenazó Bennet al resto—. Si la dejáis marchar así, cuando vuelva os hará lo mismo a vosotros, o peor, que a esas rameritas ya me las conozco yo.

—Ah, ¿sí, Ian? ¿Y de qué las conoces, si puede saberse? —inquirió Doc con seriedad.

El viejo no iba a contar lo que todos sabían; ¿por qué demonios hacerlo, si el que más y el que menos hacía lo mismo? Nadie tenía derecho a juzgarle, y menos un niño como ese.

—Anda, viejo gruñón —le tocó a Arthur intervenir—, saca esas cacerolas y empieza con lo que ella sugirió... Todos necesitamos comer aquí, y apuesto a que ella nos traerá la carne.

Al señor Miller todo el mundo le debía respeto; no en vano habían accedido a intervenir en aquella locura de cruzada... Así que el mayor de todos comenzó a hacer lo que se le había ordenado, aunque a regañadientes. Se habían detenido cerca del río, así que algunos trajeron agua

y otros aprovecharon para enjuagar sus cuerpos bañados por el sudor y el polvo del camino. Matthew y Doc, los más jóvenes, dudaron en ir detrás de la chica para ayudarla, pero al final ambos decidieron que, por el momento, la dejarían sola. Quizá ella lo necesitara.

Cuando Edlyn regresó, traía consigo una liebre colgada del hombro y dos perdices.

—No habrás desperdiciado balas, ¿verdad? —le preguntó Arthur desde la distancia, con los brazos en las caderas.

—¿Habéis oído alguna bala? —fue la lacónica respuesta que recibió.

Pasó junto a él y se sentó junto a su caballo a despellejar a los animalejos. Todos la miraron con curiosidad, y algunos con respeto o incluso recelo. ¿Qué la habría llevado a convertirse en aquello que ahora estaban viendo?

Sea como fuere, por esa noche la dejaron en paz. Comieron la liebre guisada con las perdices y se echaron a dormir, cada uno de ellos sumido en sus propios pensamientos y bañados por el melódico sonido de la armónica de Doc.

Al día siguiente continuaron su marcha, pero conforme el día iba avanzando, los ánimos se relajaban. Aquella mujer les seguía el ritmo a la perfección: nunca se cansaba ni pedía que se detuvieran, y cuidado de aquel que la mirara cuando se bajaba del caballo por alguna cuestión propia de las damas.

—Si a alguno de vosotros se le ocurre seguirme, le meto un balazo antes de que se acuerde de respirar —les advirtió repasándoles con la mirada.

—Uuuuuy, uy, uy, uy... —silbó Mathew, para después gritar—: ¡Au!

Y es que Edlyn se había agachado con rapidez, cogido una pequeña piedra del suelo y lanzado a tal velocidad a la cabeza del *cowboy*, en la que hizo diana, que el otro ni la vio venir.

—¡Que era una broma, mujer!

—Eso ha sido solo una advertencia. El próximo no recibirá una pedrada —y se dio media vuelta con todo el descaro del mundo.

—Madre mía, qué mujer... —susurró el chico mientras todavía se rascaba el lugar de la cabeza en donde había recibido el golpe.

—A lo mejor no es una mujer... —sugirió Roger, el peletero.

Todos sabían a qué se refería su compañero, pero ninguno respondió. Lo que estaba claro es que no era a lo que ellos estaban acostumbrados.

Ya de noche, sentados frente a la hoguera mientras daban cuenta de unas perdices, Matthew, que había tomado el papel de bromista del grupo, intentó jugar con ella de nuevo.

—Oye, Ed... Tengo aquí una camisa bastante sucia y que, además, huele fatal... No sé si te apetecerá bajar un momentito al río para darle un remoj...

¡Pum!

El muslo de la perdiz, todavía con algo de carne y todo relamido, chocó contra la cara del hombre y se la dejó toda pringosa.

—¡Diablos, que era otra broma!

Todos rieron a carcajadas, pero Ed continuó seria mientras masticaba.

—Esta es la única y espero que la última vez que os lo voy a decir —comenzó—: Soy uno más de vosotros, ¿entendido? He venido aquí por voluntad propia, sin pedir nada a cambio, y tampoco vosotros me lo pediréis a mí. Espero ser tratada como un igual, y con el mismo respeto con que os tratáis entre vosotros.

—Pues eso estaba haciendo, es que no tienes sentido del humor... —le contestó Matthew al tiempo que se limpiaba la cara.

—Ese lo perdí hace mucho, lo reconozco, así que será mejor que vayas aprendiendo desde ya a no hacer bromas conmigo. No te pienso pasar ni una más.

Él la miró, algo compungido. Aquella era su manera de acercarse a ella, de tantear a aquella misteriosa mujer... Y también entendió que iba a ser muy difícil hacerlo, que lo mejor sería dejar fluir las cosas, como si de un igual se tratara. Justo lo que ella pedía.

Así que asintió con la cabeza, y el resto continuó con sus quehaceres.

A partir de aquellos encontronazos, todos se relajaron en presencia de la mujer. Al fin parecían haber entendido que podían considerarla un muchacho más y que no tenían por qué refrenarse a la hora de actuar como siempre lo hubieran hecho. Hablaban de lo que les venía en gana, de sus preocupaciones, de sus mujeres o la falta de las mismas, de lo que debían hacer cuando encontraran a aquellos nativos...

Edlyn acabó hablando con ellos con cierta naturalidad, aunque se llevara mejor con unos que con otros. Como era de esperar, se sentía más cercana a los jóvenes, pues los mayores no entendían que alguien como ella deseara estar a la altura de unos hombres que habían batallado tanto en la vida.

Los jóvenes eran algo distinto.

Aunque callado, Doc inspiraba a Edlyn cierta simpatía.

—Tu secreto estará a salvo conmigo, tranquila —le dijo en un momento dado, cuando adecuó el paso de su caballo al de Liberty.

Ella le miró extrañada... Pensaba que no tenía secreto alguno que esconder ante ellos, pero todo podía ser.

—Si te soy sincera, me da igual lo que sepáis o no de mí —le contestó sin acritud alguna.

El chico, algo mayor que ella, le sonrió y ladeó la cabeza.

—Sé por qué te encuentras tan cómoda entre nosotros, y te puedo asegurar que conmigo no tendrás ningún problema... Así que puedes cabalgar a mi lado, si quieres.

Ella rió ante aquellas palabras.

—No tengo ni idea de a qué te refieres, pero si esa es tu forma de cortejar a una dama... —se detuvo ante la cara de pasmo del chico.

—¿Qué? Ah, no, no... Creo que... No nos hemos entendido en absoluto. Déjalo, no importa... —dijo, antes de espolear a su caballo y marcharse de su lado.

En ese momento, la curiosidad de Ed volvió a despertar de su largo letargo y supo que no iba a parar hasta adivinar de qué demonios estaba hablando aquel hombre.

Porque, desde luego, se había espantado como si le hubiera echado agua hirviendo encima... Y Edlyn sabía que era lo suficientemente hermosa como para que cualquier hombre quisiera cortejarla, otra cosa es que ella se lo permitiera. ¿Por qué no iba a querer hacerlo él?

Volvió a trotar hasta alcanzarle y pedirle que se explicara mejor. Las cosas era mejor hacerlas de forma directa, dando rodeos no se llegaba a ninguna parte.

—Escucha, lo siento, yo... Me parece que te he malinterpretado, eso es todo —le contestó él, apenado.

Estaba tan azorado que sintió lástima por él. Una idea extraña comenzó a rondarle la cabeza a la chica...

—Espera, crees que... ¿no me gustan los hombres?

Él se volvió a mirarla.

—No lo sé, no es asunto mío la verdad.

Pero el tono rojo de su cara le delató.

—Vaya... —susurró ella mirando al frente. Entonces su cabeza comenzó a elucubrar, y casi no podía creer hacia dónde sus pensamientos le llevaban—. Sí, es eso... —Se giró de nuevo hacia él y le preguntó—: Y a ti, ¿te gustan las chicas?

Más rojo todavía.

Había dado en el clavo.

¡Nunca había conocido a un hombre así! Era la primera vez que se topaba con uno. De hecho, no sabía si aquello era posible, tan solo oyó rumores durante su temporada con Marybelle, pero lo cierto es que le parecía algo tan extraño...

Le observó de arriba abajo, con curiosidad renovada. Un hombre al que le gustaban otros hombres... No encontró en él nada distinto. A ella le parecía un tipo como cualquier otro, no tenía nada de extraño. Se preguntó si el resto lo sabría.

—¿Lo saben los demás?

Para qué andarse con rodeos.

Él se giró y bajó la voz:

—No, no lo sabe nadie —siseó—, y te pediría que por favor, no lo fueras aireando por ahí.

—Cómo se nota que no me conoces, Doc. Sí, me parece curioso lo tuyo, pero no voy a sentarme a hacer migas con esos de ahí y contárselo. No sé si te habrás dado cuenta, pero no hay demasiada conexión que digamos.

—A nadie tiene por qué interesarle mi vida.

—Mira tú por dónde, ni la mía tampoco.

—Entonces tenía yo razón —contestó él con una sonrisa.

—De eso nada. A mí sí me gustan los hombres, aunque no todos. A algunos les metería un balazo entre ceja y ceja... A otros, incluso entre sus frondosas posaderas.

Las carcajadas de Doc sorprendieron a los otros, que se giraron a observar cómo era que había ocurrido semejante hazaña. La sorpresa fue mayúscula al percatarse de la extraña pareja que parecía haberse formado, y Matthew no perdió el tiempo: se acercó a ellos para tratar de congraciarse ahora con la chica, ya que al fin parecía estar de buen humor.

A partir de que se les uniera el tercero la conversación fluyó mucho más distendida, aunque no en torno a la sexualidad de los implicados. Dejaron de lado aquella barrera invisible de desconfianza y estrecharon lazos, y desde aquel momento aquellos tres parecieron volverse inseparables.

Los tres mosqueteros, como Arthur les llamaba. El resto de jinetes reía ante tal ocurrencia, aunque la mayoría ni siquiera supiera qué era un mosquetero.

Lo cierto es que Matthew estaba con ellos tan solo por interés; pretendía acercar posiciones con la chica, pues sabía de buena tinta que Doc no era competencia... Le había pillado mirándola varias veces, y no sabía por qué, pero algo le decía que antes intentaría besarle a él que a Edlyn.

Aún así, era muy buen tipo y un buen veterinario para la comunidad. Estaba seguro de que no iba a dar un paso en falso con él, ya que hasta ese momento se había encargado de esconder bien sus inclinaciones... Y los tres se sentían a gusto en su mutua compañía.

Aquella expedición en busca de Nate pronto se tornó en una entretenida aventura para la joven. En un grupo más grande había más posibilidades de diversión. Siempre había momentos de distensión, de risas, de compañerismo... Y aquellos dos chicos fueron los primeros amigos de verdad, de esos a los que no te une nada más que una buena sintonía, que Edlyn había hecho en su vida.

Incluso comenzó a confiar en ellos más de lo que esperaba... Sobre todo en Doc, a quien abrió

su corazón. Le contó su complicada relación con Nathaniel, la historia de su familia, la pérdida de la misma, la separación con el chico... Le relató el tiempo que pasó en el *saloon*, lo ocurrido con Parker, y hasta le habló sobre el pequeño August, aunque al niño lo nombró muy por encima, pues solo hablar de él le hacía sentirse miserable.

Sin embargo, ahora notaba crecer una enorme esperanza. La adivinaba nacer en ella, grande y renovada, y es que, de manera inexplicable, se sentía cerca de Nate. Pronto le encontrarían, lo sabía, y en cuanto lo hicieran, a él y a esos bárbaros, aquella oscura etapa de su vida llegaría a su fin.

Capítulo 22

Tregua sí, tregua no

*D*esde la reunión del consejo de la tribu Quahadi —o de los escasos miembros que quedaban de la misma—, Nobah había ordenado el desplazamiento a unas nuevas tierras en pos de la gente blanca. Su primo de sangre, Nathaniel McCoy, era un representante de la ley de aquellos extranjeros, pero para poder negociar necesitaban a un pez gordo, tal y como lo había sido el padre del cautivo.

Así pues, decidieron agasajar al «invitado» durante los días siguientes. Le ofrecieron una comida un tanto más opulenta —cosas sólidas, nada de sobras—, le permitían caminar durante el día, aflojaron sus ataduras... Nada demasiado descarado, pero sí lo suficiente como para que el chico pudiera confiarse y se relajara; necesitaban su colaboración.

Transcurridos varios días, su aspecto había comenzado a mejorar notablemente merced de los nuevos cuidados. La herida era ya casi un recuerdo, y el ceño que otrora adornaba su rostro, como si fuera uno más de sus rasgos propios, ya no existía. Ahora, su mirada era de esperanza, de decisión.

Nate observaba a los supervivientes con curiosidad, aunque lo cierto es que, al no mediar palabra alguna con él, nadie podía saber cuáles eran sus pensamientos.

El jefe guerrero había ordenado mantener la vigilancia en todo momento: no podían permitir que escapara, pero otro motivo de peso, si bien a nivel personal, era que temía por Anna. Él sabía que la chamán era demasiado joven para comprometerse con ningún hombre, pero también lo era para poseer aquel poder y, sin embargo, lo hacía con una elegancia y dignidad dignas de admiración. Llegados a aquel punto, el beso que se había atrevido a darle obsesionaba al guerrero... Tanto, que en ocasiones soñaba con él, y lo peor de todo era que, en esos sueños, la muchacha no se quedaba perpleja o inmóvil.

Le devolvía el beso.

Y además, de una forma en que Nobah nunca había experimentado.

Cuando tenía esos sueños, despertaba empapado de sudor, temblando y con una necesidad desmedida del cuerpo femenino, y a falta del de ella, de cualquier otro. Lo malo es que su esposa no estaba recuperada, y no había manera de desahogar aquel torbellino de emociones.

Nobah tenía que reconocer que estaba obsesionado con Anna y tenía miedo de perderla a causa de ese tal McCoy. Que deseara huir con él, o que él se la llevara a ella y al niño, incluso en contra de la voluntad de ambos, eran dos posibilidades. Al fin y al cabo, esa gente tenía familia blanca esperando, pero ellos ya no podían permitirse prescindir de ellos. Ni antes ni mucho menos ahora, que ella ejercía un papel indispensable para la comunidad Quahadi.

A pesar de todo ello, a veces se les permitía intercambiar algunas palabras. Nathaniel debía encontrarse a gusto entre ellos, confiar en ellos. Debía contarles lo que necesitaban saber, tenía que colaborar.

Ahora, el campamento estaba situado en lo que podía considerarse una zona roja, un área de peligro para ambos bandos. Los guerreros no lo abandonarían, tan solo Nobah y el jefe de la paz, acompañados de un tercer representante, partirían hacia el poblado más cercano portando una bandera blanca.

Todo lo que necesitaban de Nathaniel McCoy era un nombre.

Y ahora que aquella decisión tomada durante el consejo ya había comenzado a tomar forma, el jefe sabía que estaba perdiendo un tiempo preciado. No se atrevía a volver a hablar con él porque implicaba rebajar su actitud, como si estuviera pidiendo perdón por algún error cometido. Él también tenía un orgullo desmedido, y es que se suponía que los jefes no cometían errores... Es más, estaba tan acostumbrado a no cometerlos, que cambiar de actitud ahora y aparecer con el rabo entre las piernas se le hacía una tarea harto complicada.

Nate observaba el ir y venir de esas gentes con los ojos entrecerrados y la cabeza apoyada en el poste que hacía las veces de su hogar. Tenía una pierna extendida y otra encogida, y de vez en cuando cambiaba de posición para que no se le atrofiaran los músculos mientras estuviera allí amarrado.

Sin embargo, a veces la pereza podía con él. El calor y la incomodidad de estar así sentado hacía imposible que pudiera dormir durante largo rato, así que solía pegar cabezadas durante el día, en los momentos en que el aburrimiento era insoportable.

Además, le gustaba evadirse para soñar: soñaba con su hogar, con sus caballos y sus reses, con los momentos en que, de niño, fue feliz corriendo tras aquellos animales. Recordaba la primera vez que consiguió leer un libro, *La cabaña del tío Tom*. Era uno de esos libros prohibidos que su padre tenía escondido, y había comenzado a leerlo a hurtadillas por el mero placer de estar haciendo algo peligroso. Sentía tanto temor a que su padre le atrapara, que sudaba cuando lo leía... Pero acabó descubriendo tantas cosas con la lectura que, en ocasiones, solía coger un libro para poder dormir por las noches.

Más tarde, cuando creció, aprendió lo que aquel libro había significado en realidad para su amado padre, y también aprendió que algunas cosas era mejor hacerlas a escondidas de la sociedad. Para August, la integridad del ser humano era mucho más importante que la opinión de un atajo de retrógrados.

E, inevitablemente, sus pensamientos acababan volviendo a Edlyn, porque ella era su presente y su futuro. Ella nunca había tenido miedo de expresar lo que sentía, era la antítesis de lo que se consideraba correcto. Quizá por eso la había visto, de alguna manera, más feliz en libertad, al raso, que cuando hubo de encorsetarse y llevar miriñaque.

Cerró los ojos y se dejó llevar por las imágenes que aparecieron en su mente: esas noches frente a la hoguera, cuando el rostro de ella se bañaba de la luz dorada de las llamas y el azul de sus ojos parecía tornarse lava. Recordaba cómo se encendía de solo mirarla, mientras ella se sumía en sus pensamientos y él se permitía recrearse en sus facciones. El cabello dorado caía alocado casi sobre sus hombros, y las camisas que usaba le estaban demasiado grandes; por eso, a veces los botones dejaban algún hueco por el que podía adivinar la suave piel que una vez rozara con las yemas de sus dedos. Nunca más se había permitido superar ese umbral porque sabía que no sería capaz de retenerse, pero eso no significaba que no la deseara con toda la fuerza de su ser. Es más, en ocasiones la deseaba tanto, que tenía que apartarse de ella, salir a la noche oscura y bajar hasta el lago para poder calmar sus nervios a base de agua fría.

Pero ese no era el momento para pensar en aquellas cosas... Allí podía quedar en evidencia, y no tenía manera de apagar ese fuego que ardía cuando pensaba en ella. Aun así, era complicado no hacerlo cuando había tantas horas muertas en las que no se le permitía hacer otra cosa más que lidiar con sus recuerdos y pensamientos, y él, al fin y al cabo, era un hombre joven que había pasado demasiado tiempo reprimiendo sus impulsos.

Volvió a abrir los ojos para serenarse y evitar continuar divagando, y entonces observó que uno de los guerreros se aproximaba. Supuso que ya había llegado la hora del paseo vespertino, y se alegró de tener al fin algo que hacer. Añoraba el esfuerzo físico.

Pronto se percató de que no era el caso. El chico le desató, pero no le llevó a hacer la ruta en torno al campamento, no, sino que le dirigió, a punta de lanza, hacia el *tipi* de Nobah, donde este le esperaba con gesto adusto.

Le ordenaron, mediante un leve empujón, que se sentara frente a él, y así lo hizo al tiempo que estiraba los brazos y giraba el cuello en un intento de desentumecer los músculos.

—¿Estás cómodo al fin?

La brusquedad del jefe no le sorprendía en absoluto; lo que sí le sorprendía era aquella prolongada amabilidad. Estaba intranquilo, sospechaba y su instinto no solía fallarle.

—Me alegra de que mi comodidad te preocupe —le respondió, retador.

Se mantuvieron la mirada durante unos instantes y entonces Nobah hizo un guiño que pretendía, en realidad, ser una sonrisa.

—Tu insolencia me gusta, forastero. Hace más fácil no tener que reprimirme si siento la necesidad de machacarte los huesos.

Esta vez fue Nate quien sonrió. No pretendía provocarle, pero si al hacerlo descubría al fin cuáles eran las intenciones de aquella gente, entonces bienvenida fuera la pelea. Sabía que, dadas las circunstancias, no sería rival para ese hombre, pero sí plantaría cara, y estaba seguro de que no iba a ser fácil tumbarle aun a pesar de no estar en plena forma física.

Continuaron midiéndose, calculando la talla del otro, sopesando hasta dónde sería capaz de llegar el contrincante; la única diferencia era que el guerrero se sabía vencedor y el cautivo vencido, pero este último estaba dispuesto a demostrar que nunca había que subestimar a un McCoy.

—Sería divertido, lo confieso, pero no te he hecho llamar aquí para luchar —comenzó Nobah—. Aunque siempre podemos hacerlo, si es eso lo que prefieres.

Nathaniel frunció el ceño.

—Pues entonces di de una vez para qué me quieres aquí. No me gusta andar con rodeos, y creía que vosotros los comanches tampoco os andabais por las ramas.

Aunque su voz sonaba firme, él sentía cómo se retorcía algo en su estómago. Había llegado la hora de la verdad.

—Puedes estar tranquilo. No te haré perder tu preciado tiempo... —le contestó el otro, con cierta ironía. No se había movido ni un milímetro, y a pesar de llevar pantalones, la oscuridad del *tipi* lanzaba sombras extrañas sobre los dibujos tatuados en su torso desnudo—. Queremos firmar un tratado.

Nate sonrió. Al fin. La esperanza comenzó a resurgir en su interior como un ligero aleteo.

Sin embargo, Nobah se percató del sutil cambio en el rostro del chico, y se apresuró a cortar en seco cualquier atisbo de felicidad.

—No pienses que somos estúpidos. Se han firmado decenas de tratados en otras ocasiones, ¿por qué en esta iba a funcionar? No nos fiamos de vosotros, pero tenemos algo que vosotros queréis, y

ese algo se va a quedar aquí, y por voluntad propia.

Él supo al instante a qué se refería. Bajó la mirada y reprimió el impulso de pasarse las manos por la cabeza. Las cosas podían ponerse muy feas...

—No tiene por qué ser como en las otras ocasiones, Nobah. Sabes que no tendréis otra oportunidad a no ser que consigáis una tregua de verdad, la paz.

La risa del guerrero inundó la estancia.

—¿Y desde cuándo me ha interesado a mí la paz?

—Si no lo haces por ti, hazlo por tu pueblo —le contestó Nate al tiempo que alzaba la mirada.

Esas palabras ya le habían sido repetidas en varias ocasiones al comanche, y era el único motivo por el que había accedido a montar toda aquella pantomima.

Él también podría firmar tratados falsos, tal y como solían hacerlo los blancos.

—Por ellos lo hago. Y esperamos que colabores.

Él asintió, pero una pequeña parte de su interior se rompió: es posible que él volviera, pero los niños... No podría cumplir con su promesa.

A no ser que se los llevara a la fuerza.

Pero, ¿sería capaz de iniciar otra guerra, acabar con las vidas de esas gentes y quizá también con las del otro bando, tan solo por cumplir con su promesa?

—Os ayudaré. Haré todo lo que esté en mi mano por acabar con esto de una vez —le contestó.

El jefe Quahadi asintió, en silencio, pero fue entonces cuando se escuchó un alboroto lejano en el exterior, que cada vez se hacía más cercano. Alguien abrió las pieles con brusquedad, y anunció en un comanche que no fue difícil de comprender para el extranjero:

—Hemos recibido señales de humo, Nobah. Se acerca un grupo de blancos.

Capítulo 23

No era una mujer cualquiera

Aquel extraño grupo de rescate siguió los pasos de la compañía de *rangers* desaparecida semanas atrás: los seis hombres y una mujer —aunque pocos podrían adivinarlo— llegaron hasta donde se perdió la pista de la diligencia, preguntaron en los escasos pueblos que salpicaban aquella zona, y se adentraron en tierras desconocidas cuando al fin tuvieron claro que no quedaba otra opción.

Poco sabían ellos que, de haber esperado en sus hogares, habría sido el destino quien hubiera ido en su busca.

No obstante, aquella clara mañana en que al fin dieron con lo que andaban buscando, Edlyn ya sentía algo extraño. Era un presentimiento, una sensación casi tangible, pues de vez en cuando la piel se le ponía de gallina, como si estuviera siendo observada.

—¿Tú lo notas? —le preguntó a Doc mientras recorrían aquel paraje árido.

El chico se volvió a observar los montes que coronaban aquel pasillo, a su derecha, y entrecerró los ojos mientras los recorría.

—No sé... Es posible. La verdad es que este sitio me da escalofríos.

Unos buitres comenzaron a rodar en círculos por encima de sus cabezas, y ella se giró de nuevo. No había nadie detrás, pero tampoco delante ni a los lados. O al menos, eso parecía.

¿Y entonces qué hacían aquellas aves allí? Ellos estaban lejos de quedar moribundos, no podía ser que estuvieran esperando a que alguno de ellos cayera redondo. O quizá es que algo había ocurrido allí...

O, sencillamente, es que estaban muertos de hambre.

Todos se percataron del cambio en la atmósfera y ralentizaron la marcha para poder otear el terreno con mayor tranquilidad.

—Permaneced atentos, chicos. Están aquí —les advirtió Arthur sin moverse—. Nos vigilan, y eso es bueno. Eso es que no desean atacar... Al menos todavía. Amos, alza la bandera blanca. Que esté bien visible —ordenó.

De todos, el señor Miller era quien más experiencia tenía en estas lides... Él era uno de los jóvenes de antaño que, junto a August y los demás hombres de bien que colonizaron el estado, se habían encargado en otras ocasiones de negociar con los indígenas. Por ese mismo motivo todos obedecieron sin rechistar, unos con más miedo que otros.

Edlyn, por su parte, sintió una emoción sin igual.

Al fin, al fin los encontraba...

Le resultaba indiferente quiénes eran: si los que habían capturado a Nathaniel o los que tenían a sus hermanos o cualquier otra tribu... El caso era dar con ellos, lo que tanto había deseado una y otra vez desde el ataque. Encontrar a los salvajes.

Y desde entonces, allí estaba ella ahora: con seis hombres prácticamente desconocidos, perdida en las llanuras occidentales de Texas. Allí, justo en el límite de la civilización.

El momento que tanto esperaba había llegado y podía sentir cómo el corazón galopaba rápido y amenazaba con explotarle en el pecho. Agitada, comenzó a respirar por la boca hasta conseguir serenarse. Debía controlar sus nervios.

No tardaron en dejarse ver.

Allá, a lo lejos.

Unas extrañas figuras en sus caballos asomaron por aquella colina que antes había observado la chica.

Todos los vieron, y ninguno dijo nada. Arthur se detuvo y ordenó a Amos que ondeara la bandera blanca.

Ella permaneció a la cola, expectante. Aquellas figuras habían reinado en sus pesadillas, eran las dueñas de su descanso. Aquellas figuras... Aquellas figuras eran los demonios a los que ansiaba dar caza, así muriera en el intento.

Pero no se movió, porque era una mujer inteligente.

«Déjales que se acerquen. Déjales que se acerquen», se repetía una y otra vez.

Quería pasar desapercibida, esconderse. Permaneció a la retaguardia, cubierta por el ala de su sombrero. Ellos no la esperarían, nadie podría sospechar que se trataba de una mujer, y menos que podría ser aquella chica a la que ultrajaron.

Sonrió, pero no era una sonrisa de verdad, sino una de medio lado. Una mueca.

Iba a arrastrar a todos aquellos hombres al infierno.

Pero qué más le daba. Que cada uno cuidara de su propio pellejo.

Tras un rato de quietud, tanta que la incomodidad podía palpase con las yemas de los dedos, el grupo de indígenas comenzó a descender por la colina a paso lento.

La compañía de rescate no se movió, sino que continuó en su sitio para evitar provocarles. La bandera blanca continuaba alta, ondeando al viento... En aquel silencio, se podía escuchar hasta el ondear de la tela al viento. Y entonces uno de los nativos blandió otra similar.

Casi todos suspiraron de alivio al verla. ¡Iban a regresar vivos a casa! El temor a que no fuera así había estado rondando sobre sus cabezas durante todo aquel tiempo, y ahora que la esperanza renacía con fuerza se sintieron aliviados, tanto, que incluso algunos de ellos llegaron a sonreír.

Todos se relajaron, sí. Todos a excepción de ella, que continuó semiescondida a la retaguardia. Observaba a aquellos extraños con la mirada fija, sin querer perderse ni un detalle.

Tan solo usaban pantalones, como aquellos otros que la marcaron de por vida. Portaban todo tipo de armas, pero no las empuñaban, al igual que tampoco lo hacían ellos. Tenían exactamente el mismo aspecto que recordaba, aunque nadie usaba aquellos cuernos de búfalo, ni plumas ni cualquier otro tipo de extraño abalorio. Sus cabezas estaban desnudas, sus cabellos recogidos en trenzas. Venían en son de paz.

Pero ella advirtió que era el mismo hombre.

Señor, sí. Era el mismo hombre. Nunca olvidaría aquel rostro marcado por el odio.

Siempre pensó que, en el momento en que le viera, cogería su Colt y lo acribillaría a balazos. Y no es que no lo deseara con todas sus fuerzas, tanto por miedo como por sed de venganza... No, no es que no lo deseara. Es que los ojos se le llenaron de lágrimas, porque al fin había dado con aquellos que se habían llevado a sus hermanos.

¡Anna! ¡Charlie! ¡Estaba cerca de encontrarlos al fin!

Se escondió todavía más, incapaz de realizar movimiento alguno. No creía probable que la

reconocieran, pero de hacerlo todo acabaría en ese mismo momento.

Aquel bastardo se acercó con lentitud hacia Arthur, dejando a sus compañeros a su espalda. Seguía al mando.

Ambos se miraron a los ojos. No hubo movimientos.

—Venimos en son de paz.

El caballo de Miller relinchó, como confirmando sus palabras. El feje asintió.

—Palabras, palabras de blancos... —Su voz estaba llena de odio. Esa voz que perseguía a Edlyn cuando menos lo esperaba—. ¿Qué habéis venido a buscar?

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

El americano era cortés, y su voz no tembló, sino que permaneció firme, valiente. Era así como había de enfrentarse uno a la muerte.

—Soy Nobah, jefe guerrero de los Quahadi. ¿Venís en representación del pueblo blanco?

En esta ocasión fue Arthur quien asintió.

—Me llamo Arthur Miller, y represento a los *rangers* de Texas. Vengo en busca de Nathaniel McCoy, quien tengo entendido desapareció no muy lejos de aquí. ¿Es acaso vuestro cautivo?

Nobah le observó de arriba abajo. Era su forma de medir al adversario e infundirle temor, al mismo tiempo. Y lo cierto es que en esa ocasión lo conseguía, pues hasta los caballos se removían inquietos.

—Es nuestro cautivo.

Las piernas de Edlyn temblaron, y si hubiera sido otro tipo de mujer, del tipo que ella odiaba, se habría desmayado. Pero hizo todo lo posible por mantenerse en su sitio, pues ella odiaba a ese tipo de mujeres y, definitivamente, no era una de ellas.

Ese hombre tenía a Nathaniel, pero también tenía a sus hermanos. Se mordió la lengua hasta casi sangrar para no preguntar: «¿Y a mis hermanos? ¿Todavía tienes a mis hermanos, bestia inmunda?». Pero calló. Estaba aprendiendo a hacer las cosas bien.

Al fin, el destino le estaba dando una oportunidad.

Las negociaciones no eran tan sencillas. Lo que esos tipos pedían a cambio era algo que escapaba de las manos de Arthur, algo que se debía negociar con el Gobernador y este, a su vez, con el mismísimo presidente. Firmar un acuerdo oficial con aquellos bárbaros no era tan sencillo como llegar y dar todo por hecho...

La muchacha pudo comprobarlo aquella misma tarde, y su desesperación aumentó y se infló como un globo a punto de explotar.

Arrancar la máquina de la paz era algo lento y tedioso. Se marcharon al pueblo más cercano, donde pidieron cobijo e iniciaron los trámites de negociación con el gobierno.

Tierras.

Era lo único que pedían. Sus tierras.

Había muchas en los Estados Unidos, ¿por qué demonios no se las daban ya? Era algo que Edlyn se preguntaba constantemente... Si por ella fuera, podían hacer un círculo y encerrarlos a todos allí adentro, como si fueran reses.

Esa misma noche, cuando estaban cenando, Arthur les contó a todos la historia de Nobah, Jefe de los Quahadi, y su relación con August McCoy. Ella habría sentido pena por él de no saber que era un monstruo a lomos de un caballo.

Habría sentido pena por él de no ser porque estaba decidida a matarle, y esa decisión era inamovible.

Cuando todos estaban durmiendo, ella no podía cerrar los ojos. Se levantó, cogió toda la munición que pudo, y agitó el hombro de Doc.

Este abrió un solo ojo y la miró, hastiado.

—Ed, por favor, déjame dormir, estas no son horas de...

—Me marchó —le interrumpió. No le había contado a nadie quién era ese hombre, sus planes morirían con ella... Pero más le valía ser precavida.

El veterinario se apoyó sobre un codo y la miró con ojos más abiertos.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Se puede saber dónde vas?

—Me voy a por Nathaniel —confesó entre susurros.

Él soltó una carcajada.

—¡Cállate, que vas a despertar a todos!

—Pero ¿te has vuelto loca? Eso es un suicidio, ¿por qué no esperas a traerle sano y salvo? ¿Qué prisas tienes?

—No vas a convencerme de nada, Doc, así que escúchame bien: ha llegado mi hora. Volveré viva, o no volveré... Pero mis hermanos están allí, con ellos, y no pienso dejar que pase más tiempo. Me voy a por ellos, ahora que no me esperan. Se habrán confiado. Les soltaré y les traeré, y lo único que te pido es que no me delates, ¿de acuerdo? Mañana, cuando volváis a reunirlos con ellos, no deben saber nada...

—Pero, vamos a ver, muchacha, ¿cómo demonios les vas a encontrar?

—Nathaniel me enseñó a rastrear. Y también Frank, un amigo... Puede que no sea muy buena, pero ahora que están más tranquilos será mucho más fácil encontrarles. Diles a todos que me he marchado a casa y deséame suerte, anda.

Cuando los dos amigos se despidieron, Matthew observó a la chica caminar hacia la oscuridad. Por lo poco que la conocía, sabía que algún día la vería cometer una locura, y ese momento había llegado. Solo esperaba que no fuera ella la que muriera, porque él estaba dispuesto a esperar cuanto hiciera falta para estar a su lado. Rezó por que fuera aquel a quien buscaba el que no saliera vivo, pues él era un hombre paciente y, sin duda alguna, quería a una mujer como aquella en su vida.

Edlyn llegó al lugar en el que vieron a los salvajes cuando ya era de día. La suerte estaba con ella: no había llovido, con lo que no sería tan complicado rastrear a aquellos caballos. Costara lo que costara, daría con ellos.

Desde el momento en que los guerreros Quahadi partieron, Nate supo que la situación se complicaba, aunque no tenía por qué ser perjudicial para él.

Le encerraron en un *tipi*, de nuevo atado al poste, y dejaron vigilancia en el exterior.

Al menos ya no estaba a la intemperie.

Su piel se había bronceado y curtido tanto después de aquellos días al raso que casi parecía uno de los peones de su rancho, aunque eso a él no le incomodaba. Lo que no te mataba te hacía más fuerte, y unas cuantas quemaduras no suponían problema alguno. Sin embargo, el descanso le vendría bien, si es que se avecinaban problemas.

Tenía que conseguir hablar con Anna como fuera.

No obstante, parecían haberle prohibido hablar con él; sus heridas ya no requerían cuidados y aquello significó dejar de tenerla cerca. Los hombres le traían la comida y nunca le dirigían la palabra salvo para ordenarle ponerse en pie y salir. A su favor estaba el hecho de que los guerreros no habían vuelto aún, y le sería mucho más fácil tramar algo.

Sabía que la única forma en que conseguiría hablar con ella de nuevo era si estaba herido.

Estudió el *tipi*, pero allí no había nada que pudiera usar. Esperó a que decidieran sacarle de allí y, durante el paseo hasta el río, simuló una caída con la que se hizo un buen corte en la pierna. Trató de exagerar el dolor al máximo; al fin y al cabo, ellos no sabían la magnitud del corte, tan solo la chamán podría calcularla.

Era una maldita herida superficial, pero ayudó a que ella estuviera de nuevo junto a él, en el *tipi*, observando su maltrecha piel.

—Anna, han venido hombres blancos a por nosotros, ¿verdad? —le susurró mientras la chica le limpiaba con agua.

Ella miró al guerrero, que les observaba ceñudo, y asintió de manera casi imperceptible.

—Es el momento, ha llegado la hora, tenemos que estar preparados para... —la lanza del comanche se le clavó en el brazo y, tras emitir un grito de sorpresa más que de dolor, el prisionero calló de inmediato. Un pequeño chorro de sangre le bajó hasta la mano, y él la observó desesperado antes de girarse para mirar al guerrero. Podría con él. Si había que luchar, ese hombre no era un gran adversario. No era Nobah.

Y entonces llegó él.

—Ta'by-yecht, déjanos solos —le ordenó a la chica en comanche. Ella salió, sin prisa alguna, y miró a Nathaniel de reojo. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios, pero el jefe ya no la observaba; ahora era el cautivo el objeto de su odio—. Podrás pensar que mis hombres son estúpidos —amenazó, esta vez en un inglés—, pero ten por seguro que yo no lo soy, McCoy.

El aludido le observó sin decir nada. No tenía sentido. El momento de su enfrentamiento se acercaba, y Nate era hombre de pocas palabras. Prefería ahorrarse la energía.

Nobah se acercó, le cogió de los pelos, y tiró de él hacia el exterior.

—Aunque hayan venido a por ti, no creas que estás a salvo, estúpido blanco.

Seguía llamándole así aun a pesar de saber que ambos tenían la misma cantidad de sangre aguada corriendo por sus venas. Nate apretó los labios y tironeó de las ataduras que ligaban sus manos.

—Vaya, qué suerte, han venido a por mí... ¿No estás asustado?

—No seas estúpido ni tientes más a tu suerte, porque de lo contrario no te cortaré tan solo un brazo, ¿entendido? Nadie me ha pedido que te devuelva entero, y el Gran Espíritu estará más que satisfecho si le hago una ofrenda.

El enojo de Nobah al ver de nuevo a Anna en el *tipi* con el prisionero le había cegado y, con el hacha en mano, arrastró a Nate hasta el centro del poblado, donde todos pudieran observar.

—¡Esto es lo que le sucede a un sucio traidor! —gritó, mientras alzaba el arma.

Nathaniel hizo un movimiento rápido con las piernas y consiguió darle una patada al jefe que le arrojó sobre el suelo. El problema era que continuaba con las manos atadas, y aunque intentó huir con rapidez, el otro fue todavía más rápido en levantarse y atrapar la pierna del chico. Con la que tenía libre, este le propinó otra patada en el ojo que tiró de nuevo al comanche hacia atrás, pero no le dio tiempo a erguirse y correr antes de que Nobah se pusiera en pie y emitiera un grito salvaje de guerra.

Había subestimado a su enemigo, y eso le indignaba todavía más.

Se arrojó sobre él con el hacha, esta vez sin importarle el lugar en donde esta fuera a caer. Unos meses atrás no se hubiera imaginado luchando contra los comanches... Pero ahora, ya todo le daba igual. Dentro de Nobah solo había odio, pero él necesitaba vivir. Tenía que vivir.

Entonces, un disparo atravesó el aire.

Capítulo 24

Gran espíritu, no nos abandones

*E*dlyn había llegado al poblado justo después de que los guerreros regresaran, pero decidió que era mejor preparar la fuga una vez hubiera estudiado el terreno que les rodeaba. Encontró un escondrijo donde dejar a Liberty y se manchó todas las ropas, la piel y el cabello de lodo para pasar desapercibida. No sabía de dónde le había venido aquella idea, pero sonrió ante su propia astucia.

Cada vez era más lista, se decía. Aquello podía funcionar. Tenía que funcionar.

Poco después, cuando llegó de nuevo a los alrededores de aquel pequeño asentamiento, se encaramó a un árbol para observarlos mejor y pasar desapercibida. Fue así como vio aparecer en escena a Nate herido, arrastrado por uno de ellos. Estaba mucho más delgado, las costillas se advertían con claridad en una piel morena y magullada, y sus cabellos ondulados habían crecido hasta casi llegarle a los hombros; pero incluso así, maltrecho, apreció la belleza de sus formas y su actitud, siempre valiente. Nunca agachaba la cabeza.

Poco después de desaparecer dentro de aquel hogar, Anna hizo lo propio.

Sabía que era ella porque su corazón lo había gritado, pero no lo cierto es que no lo parecía. Esas ropas, ese color de piel, ese cabello oscurecido... No sabía cómo aquella gente consiguió cambiarla de aquella manera, pero era su hermanita, la llorona, la que siempre se quejaba por todo.

Su hermana la blanda se había convertido en una mujer endurecida.

Las lágrimas anegaron sus ojos. Con Nathaniel allí, sabía que ella y Charlie estarían bien. Fue una sensación de seguridad extraña, porque en realidad ella nunca había necesitado a nadie que la calmara, pero su sola presencia conseguía hacerlo. Recorrió el lugar con la mirada, y entonces vio a los dos críos: uno demasiado pequeño, pero el otro, de unos cinco años, cuidaba de él.

Entonces comenzó a llorar sin cesar. La vista se le nubló, y apoyó la cabeza sobre su brazo para que esas estúpidas lágrimas dejaran de caer. No era el momento de dejarse llevar por ningún tipo de sentimiento, ni siquiera aunque fuera de alegría o alivio. Necesitaba tener el sentido de la vista intacto y los nervios bajo control.

Fue entonces cuando aparecieron en escena algunos de los guerreros, con Nobah a la cabeza. Maldijo para sus adentros: aquello complicaba las cosas, debería haber sido impulsiva, como siempre, y dejar de calcularlo todo. Cuando calculaba las cosas, le salían mal.

Observó cómo se bajaban de los caballos y el maldito monstruo habló con otro de los que se había quedado allí, que le señaló al lugar donde se encontraban Anna y Nate.

Al verle salir de allí con Nathaniel a rastras y el hacha en la mano, comenzó a bajar del árbol al que se había encaramado.

Ese maldito iba a morir antes de lo que pensaba...

No pudo ser testigo de todo cuanto acontecía, solo supo que habían comenzado una pelea y que Nate llevaba desventaja, ya que continuaba con las manos atadas. Alcanzó a ver el momento justo en que el guerrero alzó el hacha sobre la cabeza de aquel con quien había decidido compartir su vida, y no lo pensó dos veces. Su venganza al fin llegaba.

Disparó.

El cuerpo del jefe cayó al suelo, retorciéndose, y el campamento se llenó de gritos de horror y gente corriendo a todas partes. Nathaniel permaneció a su lado, con los ojos abiertos como platos y mirando a su alrededor en busca del tirador, pero Anna y Charlie corrieron hacia el comanche y se agacharon sobre él.

Edlyn, que seguía semioculta, observó la escena sin poder dar crédito.

Charlie lloraba junto a él, y su hermana gritaba órdenes sin cesar mientras le taponaba la herida.

¿Qué demonios estaba sucediendo allí? ¿Por qué no huían, por qué no corrían lejos? ¿Por qué ayudaban a ese hombre?

Aquel desconcierto le hizo bajar la guardia, pues de súbito una enorme tristeza la inundó. Sintió el dolor de la traición recorrer todas sus extremidades, y de no ser porque unas manos tiraron de ella, se habría quedado allí, parada como una estúpida.

Nathaniel había aprovechado el momento de desconcierto para soltarse las manos con la navaja de Nobah y echar a correr hacia donde el sonido del disparo había provenido. Nadie le prestó atención: todo el mundo estaba ocupado intentando ayudar a Anna a salvar a aquel monstruo.

O al menos, eso pensó él.

Cuando la descubrió allí, la abrazó con todas sus fuerzas.

No podía creer que fuera ella, no podía creer que se hubiera atrevido a hacer aquello sola... Estaba loca. Su Edlyn estaba loca, y tenía que sacarla de allí, ponerla a salvo. Tomó el arma que seguía sosteniendo en la mano, una mano que temblaba con fuerza, e intentó tirar de ella para llevársela lejos mientras el terror dominara a esas gentes.

Sin embargo, una lanza se cernió sobre ellos antes de que pudieran darse cuenta. Nate disparó, decidido a salir de allí con vida, y entonces Edlyn volvió a despertar.

—¡Mis hermanos, mis hermanos! —gritó, frenética.

Nate le tapó la boca con la mano mientras tiraba de ella y continuaba alejándose.

—¡*Shhh!* ¡Nos descubrirán los demás!

Ella jadeó e inhaló con fuerza debajo de sus dedos.

—Tenemos que volver a por ellos —susurró cuando él bajó la mano.

—No podemos sacarles de allí nosotros solos, Edlyn... Pero si es lo que deseas, regresaré a buscarles —le susurró al tanto que se detenía y se giraba para observarla con gravedad. Quería saber si era consciente del sacrificio que haría de hacerlo, que si volvía a allá abajo quizá no regresara de nuevo, ni él ni los niños.

Ella le miró, pero estaba ida. No comprendía lo que le decía. Había llegado hasta allí, no podía volver sin los niños.

—Voy a regresar —susurró con voz temblorosa mientras se soltaba de su agarre.

A él casi no le dio tiempo a reaccionar. La muchacha se había desembarazado de él tan rápido que le dejó con la mano en el aire. La observó un segundo correr de nuevo colina abajo, entre los arbustos, y maldijo para sus adentros antes de echar tras ella. Estaba buscando que la mataran, pero mientras él continuara con vida no iba a permitirlo.

Entonces escucharon disparos de nuevo. Varios. Y gritos que se sumaron a aquellos disparos, quebrantando la aparente paz de aquel remoto lugar.

Edlyn se detuvo de repente con los ojos abiertos de par en par.

—¡Mis hermanos! ¡Mis hermanos! ¡Les van a matar, Nate!

Nate se detuvo junto a ella intentando recuperar el aliento. Había pasado demasiado tiempo inactivo. Cuando la observó, supo lo que estaba pensando: aquellos dos niños no parecían blancos... Pasaban desapercibidos entre aquellas gentes, y si alguno de ellos se cruzaba en el camino de los asaltantes...

Ambos se miraron a los ojos, sabiendo lo que estaba por llegar: Nate pensó que, aun así, untada de barro y agitada, era una mujer preciosa. Una mujer hecha a sí misma, a la que admiraba por encima de todas las cosas.

La abrazó, la besó con fuerza durante un breve instante, y volvieron de nuevo hacia el poblado.

—Nuestros disparos les han alertado —le indicó Nate al llegar hasta el linde del campamento.

Llevaba consigo uno de los revólveres que había tomado del cinto de Edlyn tras devolverle el que había tomado prestado en principio, y comprobó cuántas balas tenía. Ella le tendió dos para que lo recargara, y se acercaron todavía más para observar lo que estaba ocurriendo.

La chica reconoció a los intrusos al instante, y también se percató de la rapidez con la que habían actuado. No lo esperaba. Por el tiempo que había pasado con ellos, hubiera pensado que eran todos unos vagos inútiles.

Los comanches habían presentado batalla, pero despojados de todo cuanto tenían por el anterior saqueo, su armamento ya no podía compararse al que portaba la compañía de rescate. Además, el elemento sorpresa había jugado a su favor; les habían pillado desprevenidos a raíz del ataque de Edlyn contra el jefe comanche y no estaban preparados para la lucha. Todos estaban intentando ocultar a los pocos supervivientes que quedaban, y tan solo unos cuantos guerreros permanecieron alerta.

Fueron, de nuevo, presa fácil frente a las armas de fuego.

Un campamento comanche donde hubiera ancianos, mujeres y niños, siempre lo era.

—¿Es ese Arthur Miller? —susurró Nathaniel a su lado.

Ella asintió con la cabeza y entonces, tras el estupor inicial de encontrar a la compañía allí, volvió a caer en la cuenta de que ellos no sabían que sus hermanos se encontraban en el poblado.

El cabecilla de los *rangers* había logrado colocar a los hombres que quedaban vivos de rodillas, en fila, frente a él, pero ella no tomó aquella dirección. En realidad, no sabía adónde debía dirigirse, pero comenzó a buscar con la mirada. Necesitaba verles, necesitaba encontrarles con vida.

—¿Qué habéis hecho con los niños? ¡Los niños! —exigió. Al no recibir respuesta volvió a insistir, encolerizada—: ¡He preguntado qué habéis hecho con los niños!

Arthur la observaba asombrado. ¿De dónde diantres había salido? Esa mujer estaba loca...

—Vaya, nuestra hija pródiga...

—¡Dime dónde están! —le exigió sin rodeos mientras se colocaba delante de él y lanzaba chispas por los ojos.

—¿Por qué demonios te interesa tanto saber dónde están unos niños comanches? —inquirió con el ceño fruncido.

—¡Están aquí, Edlyn!

Se giró hacia donde provenía la voz de Nate y le vio inclinado a la entrada de uno de los *tipis* que estaba siendo vigilado por Amos.

Había acudido al lugar donde vivía Anna, pues tenía la esperanza de encontrar a ambos niños allí, con vida, y así era. No creía capaz a Arthur de acribillar a balazos a unos simples críos, aunque en realidad ese temor siempre subsistía. No obstante, y por fortuna, sí los halló en el interior... Aunque no estaban solos.

En el regazo de Anna, en un estado de semiconsciencia y rezando un cántico comanche, se hallaba el jefe de los Quahadi.

Cuando la chica llegó hasta allí, Nate la detuvo con el brazo. No quería que viera a su hermana abrazar a aquel hombre. No lo entendería.

—¿Qué demonios pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me dejas...? —se quejó, removiéndose sin cesar.

Anna, que estaba atendiendo al herido, levantó la cabeza de golpe.

Había escuchado su voz.

La voz de su hermana.

¡La voz de Edlyn!

Con cuidado, colocó la cabeza de Nobah sobre las pieles y se levantó, con las piernas temblorosas, a comprobar si era cierto lo que había escuchado o era su imaginación, que andaba desbocada. Quizá su mente le estaba jugando una mala pasada, ahora que todo parecía derrumbarse a su alrededor.

Cuando la vio allí de pie, vestida de hombre y embadurnada de lodo hasta las cejas, no le cupo la menor duda: se llevó las manos a la boca y sollozó como hacía mucho tiempo que no lo había hecho.

Había venido a rescatarla. Su hermana, al fin, había venido a por ella...

Edlyn sonrió al verla en aquel estado. Era ella, su hermanita pequeña, la quejica, la llorona... Seguía estando allí, debajo de aquella apariencia comanche. No se la habían robado.

Ambas se fundieron en un estrecho abrazo mientras daban rienda suelta a sus emociones, aquellas que habían dejado olvidadas, aquellas que habían ahogado en lo más profundo de su alma para ser capaces de seguir adelante.

El caos llegó y se quedó para reinar entre su gente. Él solo podía sentir dolor, un dolor como nunca antes hubiera sentido... Y la vio a ella, a Anna, mirarle con aquellos profundos ojos azules y el rostro lleno de pecas.

Le hablaba, pero no comprendía lo que le decía. Solo escuchaba ruidos, gritos, alaridos... Los hombres blancos llegaron de nuevo, pero no conseguía distinguir sus rostros. Parecían los mismos que habían llegado a negociar. De nuevo, se sintió traicionado, dolido como nunca antes.

No podían confiar en los blancos. Él siempre lo repetía, pero a veces los ancianos se empeñaban en que no debía dejarse cegar por el odio. ¿Y para qué? Allí estaban, por seguir su consejo, por intentar la paz... Él sabía que no tenían que haberles dado tregua, nunca había sido su intención ceder, y por hacerlo, allí estaban ahora, a las puertas de la muerte.

El fin de los días de su pueblo había llegado.

Se dejó mecer por Anna, sorbió del cálido líquido que le tendió, y comenzó a rezar al Gran Espíritu, a pedirle por su gente, a rogarle que no los abandonara. Ellos habían respetado a la tierra, a los frutos de esta y a las criaturas que vivían sobre ella... Era su sustento, y la habían honrado desde el inicio de sus días. No merecían aquel fin.

«Gran Espíritu, no nos abandones».

«Gran Espíritu, quédate con nosotros».

De repente, sintió un frío atroz. Anna ya no estaba con él, le había abandonado... Se dejó llevar por la luz y siguió los pasos que Aquel Que Todo Lo Sabe le indicaba.

Capítulo 25

Una familia

*E*l reencuentro entre Edlyn y Anna fue algo tierno, conmovedor. Nathaniel fue testigo silencioso del mismo, y se conformó con observarlas desde un segundo plano. No deseaba interrumpirlas por nada del mundo, aunque la belleza de aquel reencuentro le emocionó tanto que era incapaz de apartar la mirada.

Las muchachas se miraban, se tocaban la cara el cabello, las mejillas... Sonreían, y, al mismo tiempo, se preguntaban de todo entre susurros. Las dos estaban cambiadas, las dos eran personas distintas y, sin embargo, seguían siendo las mismas. Estuvieron así, sentadas sobre el suelo y perdidas en su propio mundo, durante un largo rato. Y durante todo ese tiempo él las observó, ajeno a las preguntas de la compañía de rescate, asintiendo tan solo cuando se le preguntaba.

Para él, aquello era lo más cercano a la felicidad que había conocido desde hacía mucho.

Hasta que Charlie apareció.

Anna le tendió la mano para que se acercara, pero el niño tenía miedo de aquella desconocida que abrazaba a su hermana. Edlyn había comenzado a llorar de nuevo al ver al pequeño dudar, y al limpiarse las lágrimas con el brazo se eliminó gran parte del lodo que llevaba pegado a la cara. Fue entonces cuando el niño mudó la expresión y frunció el ceño.

Edlyn le observaba, temblando. Una oleada de ternura recorrió su cuerpo al contemplar el cuerpecito desgarrado de aquel pequeño que un día fuera su molesto hermano. Había crecido tanto en aquel tiempo... Pero es que casi dos años, en la vida de un niño de aquella edad, contaban demasiado.

Tanto, que cuando Charlie abrió la boca fue para hablar en comanche.

Anna le respondió en el mismo idioma, y fue entonces cuando le tocó a Edlyn fruncir el ceño. ¿Por qué hablaban en aquel extraño idioma? ¿Qué les había ocurrido a sus hermanos? ¿Qué demonios habían hecho esas bestias con ellos?

Se acercó veloz al niño, le tomó de los brazos, y le dijo:

—¡Soy yo, Charlie! ¡Soy tu hermana Edlyn! ¿Es que ya no me recuerdas?

Le miró a los ojos, tratando de encontrar en aquel extraño algo que le hiciera despertar. Mas el niño parecía más espantado que otra cosa, pues comenzó a llorar y chillar. Ella le soltó y se tapó los oídos, mirando a su alrededor. ¿Pero qué diantres le ocurría? ¿Es que no se daba cuenta de que había llegado para salvarle? ¡Iba a llevarle al fin a casa!

A casa...

¿A qué casa?

Se quitó las manos de los oídos y observó a aquel crío histérico de nuevo. Anna abrazó al pequeño y le susurró palabras incomprensibles al oído, pero ella comenzó a sentir algo extraño, una pérdida, un vacío en su interior.

—Isa hakaru?² —se escuchó entonces con claridad.

Escuchó que su hermana pronunciaba su nombre, y al fin entendió que el niño continuaba sin reconocerla.

En aquel momento, todo su mundo, todo aquello por lo que había luchado, se vino abajo. Se dejó caer en el suelo e intentó asumir cuanto acontecía.

Bien, su hermano ya no la conocía. No pasaba nada. No pasaba absolutamente nada. Tenía que haber contado con eso. De todas formas, no importaba. Ya la conocería de nuevo, más tarde, cuando estuvieran en casa.

«¿Qué casa?» Volvía a repetir su subconsciente.

Nathaniel, que había sido testigo de cómo la inmensa felicidad de aquella a quien él amaba se tornaba en la más dura decepción, se acercó entonces y la tomó entre sus brazos.

—Edlyn, mírame —le susurró en un intento de tranquilizarla.

La muchacha estaba empezando a hiperventilar y no podía dejar que se dejara llevar por su carácter impetuoso en aquel momento. La situación era demasiado complicada, no podían prender otro fuego.

—Mírame —le exigió de nuevo mientras la sacudía.

Ella levantó la mirada y fijó sus ojos en los de él. Todavía no era ella, lo sabía. El odio estaba llenando su cuerpo, y tenía que ser drenado o explotaría.

—Es solo un niño. Un niño pequeño todavía... Dale tiempo, volverá a ti. ¿De acuerdo?

Al ver que no reaccionada, le acarició la mejilla y pegó su frente a la de ella. No supo si fue un error hacerlo, porque en cuanto su piel entró en contacto con la de ella, todo a su alrededor desapareció... Las órdenes de la compañía, los gritos, los sollozos... Solo quedaron ellos dos, compartiendo el aire que respiraban. Así era como debía ser.

Nate rozó su nariz contra la de ella y le dio un suave beso en los labios.

—Estamos aquí, estamos juntos, somos una familia. Todo va a ir bien —volvió a repetirle en el mismo tono mientras continuaba acariciando su rostro con delicadeza.

Y ella asintió.

Había logrado calmarse... Ese era el efecto que él tenía en ella, lograba apagar el fuego cuando este amenazaba por consumirla. Pero su mente, fría, continuaba trabajando.

La voz airada de Matthew les interrumpió.

—¿Qué hacemos con estos?

Edlyn se giró y vio a qué se refería: a un lado estaban Arthur y Roger con los guerreros que quedaban en pie, y detrás de él, Matthew y Doc vigilaban al resto de los integrantes del poblado Quahadi. Entre ellos, una mujer abrazaba a un anciano, asustada, mientras este le reconfortaba acariciando su espalda.

—No toquéis al jefe, dejadle de momento en su tienda. Será un buen trofeo... —respondió el cabecilla.

Edlyn se levantó al sentir cómo la ira volvía a apoderarse de ella.

—Me da igual lo que hagáis con todos estos asquerosos animales, pero ese hombre de ahí dentro mató a mi familia, y seré yo misma quien se encargue de acabar con él.

Desenfundó su revólver y acudió, veloz como el rayo, a la entrada del *tipi*. Amos no intentó evitar que entrara; se quedó pasmado, sin saber qué hacer, y mirándola con la boca abierta. Pero algo la detuvo nada más abrir la puerta.

Una mano.

Una mano aferró su brazo, con fuerza.

Ella se giró para ver quién osaba detenerla... Y la incredulidad quedó patente en su rostro.

Miró a su hermana, que negaba con la cabeza, y después dirigió su mirada hacia el interior, donde Nobah yacía inconsciente y sudoroso. Junto a él había un pequeñín. Un pequeñín que caminaba de aquí para allá, dando vueltas por el *tipi*, jugando con los cuencos de Anna y dando golpes por doquier con ellos. El niño levantó la mirada y, al verla allí, dijo:

—¿*Pia*?

Era la misma palabra que decía siempre el pequeño August. De hecho, se parecía tanto a él... Claro que a ella esas gentes le parecían todas iguales, pero no pudo evitar que una lágrima de añoranza y rabia resbalara por su rostro.

Ese niño era el hijo de alguien, el nieto de alguien. Era solo un niño. Y ella no podía hacer aquello delante de un maldito niño.

Se giró y se marchó de allí para perderse entre la espesura de aquel escarpado bosque. Los arbustos le arañaban los brazos, las ramas secas hacían lo propio con su cara, pero no podía volver atrás y hacer aquello que una vez le hicieran a ella. A un hombre que ya estaba casi muerto, al que ella misma había disparado. No podía convertirse en un monstruo delante de un niño... No quería ser como ellos.

Escuchó a Nathaniel llamarla, pero ella no podía dejar de avanzar. Tenía que liberar toda aquella energía, tenía que hacer algo para apagar aquel fuego.

Gritó con toda sus fuerzas. Gritó hasta que se quedó sin voz. Se sacó el machete que llevaba enfundado y golpeó y golpeó el tronco de un árbol mientras continuaba rabiando.

Cuando al fin se hubo descargado, se dejó caer al suelo, exhausta, y comenzó a sollozar.

¿Qué importaba todo? Todos estaban a salvo. Todo estaba bien... Al fin había encontrado a su odiosa hermana, y eso le hizo sonreír. Sí que era odiosa, pero ahora estaba a salvo. ¿Qué le quedaba ahora a ella? Llorar como una mocosa, eso es lo que estaba haciendo. Estaba perdida. Lo había perdido todo.

Y entonces rió con fuerza. Rió como si estuviera loca.

Y unos fuertes brazos se aferraron a ella para reconfortarla.

Los vaticinios que el Gran Espíritu transmite a través de sus intermediarios siempre son acertados.

Lo que quedaba del pueblo Quahadi sobrevivió a aquella tragedia... Y todo se debió a aquella muchacha a quien el último gran chamán de la tribu, Pea'hochso, se había empeñado en adoptar.

Ella se había convertido en una chamán sin igual, en una caja de sorpresas que ayudó a salvar cuerpos y mentes. Y fue ella, Ta'by-yecht, quien intercedió por su pueblo.

Impidió que Edlyn terminara con la vida del jefe guerrero a sangre fría, porque para ella, aquello no sería justicia. Aquello sería un asesinato.

Y ella no quería que su hermana fuera una asesina.

Tampoco deseaba que Nobah muriera.

Sí, él fue quien acabó con la vida de sus familiares, pero en cierta forma, después de haber vivido todo tipo de experiencias con aquella gente, comprendía su odio. No lo justificaba... Nada justificaba un asesinato, las muertes de inocentes... La brutalidad ejercida por unos y por otros. Pero sí comprendía que ellos, quienes una vez fueran los débiles, se habían rebelado y dejado cegar por el odio que provocó tantas pérdidas, esas que ella misma había experimentado.

Pero las muertes debían acabar. Aquel círculo vicioso tendría que llegar a su fin, tarde o temprano.

Aquellos hombres, que se autodenominaban «compañía de salvamento», les habían encontrado gracias a los disparos de Edlyn y Nate. Se sorprendió al enterarse de que ella les acompañó en un principio, aunque después lo entendió todo. Las cosas habían cambiado mucho, tanto para ella como para su hermana.

Cuando Arthur Miller ordenó que tomaran a los dos niños Fletcher antes de marcharse de allí, se percató en ese momento de lo que deseaban hacer.

Esos hombres querían sus trofeos. Querían colgarse la medalla de haber derrotado al mismísimo jefe Quahadi. Querían continuar con la pesadilla.

Fue entonces cuando decidió interceder, porque sentía que, de alguna forma, se lo debía al orden de las cosas. El Gran Espíritu la había elegido para desempeñar aquel papel, y lo haría sin dudar.

Escuchar aquellas sabias palabras de una niña tan joven, de una que había, además, sufrido tanto, dejó a Arthur sin palabras.

Y por si fuera poco, ella afirmó que, de asesinarles a ellos, estarían asesinando a su familia. Porque ellos lo eran ahora también, y no podía dejarles atrás. Además, Charlie tampoco merecía perder todo de nuevo, era demasiado pequeño para tanto sufrimiento.

Rogó que las cosas se quedaran como estaban, pero que les cedieran un hogar para vivir en paz.

Kotsoteka, el anciano jefe de la paz, ejerció el papel de representante de la tribu junto a la muchacha, y negoció con aquellos hombres una tregua que les permitiría respirar tranquilos, al menos, hasta que Nobah estuviera recuperado. Decidieron quedarse allí, en aquel improvisado poblado, hasta que el guerrero sanara, si es que alguna vez lo hacía. Y mientras tanto, Arthur se encargaría de negociar con el gobierno la entrega de unas tierras protegidas, una reserva donde se encontrarán a salvo.

Cuando Edlyn regresó junto a Nate y le dieron la noticia, estalló de nuevo. No podía permitir que su hermana pequeña se quedara allí otra vez. Ni loca iba a dejarles atrás... La discusión con Anna fue encarnizada, aunque solo por su parte. Le gritó, le tiró del pelo, intentó llevársela a rastras, pero su hermana pequeña ya no lloraba, ya no se dejaba hacer, se resistía y continuaba en sus trece.

Necesitaban tiempo, le repetía una y otra vez.

—Hazlo por Charlie, Edlyn. Hazlo por él. Danos tiempo. Ellos también son nuestra familia, no podemos dejarles cuando más nos necesitan. ¿Es que no lo ves?

—¡Yo también os necesito! ¡Maldición! ¡Yo también os necesito! ¡Esta no es tu familia! ¡Tu familia soy yo! ¿No te importa cuánto he sufrido? —gritó ella encolerizada.

Aún así, Anna no transigió, por muy temible que fueran el aspecto y las amenazas de Edlyn, que hubo de tragárselas y ahogarse en su propia frustración.

Aquella noche la pasaron allí, en el campamento. Mantuvieron a los guerreros atados y vigilados para poder descansar y regresar al día siguiente, porque incluso aunque el señor Miller entregara a Kotsoteka un escrito por el que confirmaba, de manera oficial, aquella tregua, no se fiaban del resto de los guerreros.

Edlyn durmió junto a sus hermanos, en uno de los *tipis* y acompañada de Nate, quien no podía ni deseaba separarse de ella. A pesar de todo el dolor, de las explosiones de rabia contenida y de las pequeñas decepciones que la llevaron, por una vez en su vida, a conformarse por impotencia, aquella fue la primera vez en que la chica no tuvo pesadillas.

Quizá fuera el cansancio, quizá la tranquilidad de saberles vivos... El caso es que era indiferente. Ahora estaban allí, dormidos, en paz, como una familia. Y pensaban disfrutar de

aquella sensación durase lo que durase.

Capítulo 26

Esos cobardes encapuchados

*L*os rumores de que Arthur Miller había salvado a Nathaniel McCoy corrieron como la pólvora.

Qué ironía.

No había sido él, sino Edlyn, quien le había recuperado... Pero las habladurías a ella no le importaban. Qué más daba lo que creyeran los demás... Le dejaría a él llevarse la gloria si eso significaba que ellos estarían en paz.

El viaje de regreso fue mucho más sencillo y breve que el de ida. Además, habían hecho una parada para descansar y pasar una noche en el rancho de Doc, y este les había prestado otro caballo con el que pudiera viajar Nate hasta White Settlement. Ambos congeniaron bastante bien, y el uno enseñó al otro a tocar la armónica, cosa que Edlyn agradecía porque el sonido le relajaba por las noches. Si escuchaba la música, en su cabeza se apagaban los gritos y los disparos.

Con Matthew la historia fue bien distinta. Se separó de sus dos amigos tras la llegada del prisionero, a quien nunca esperó salvar, y no dirigió prácticamente la palabra a la chica. Casi ni se despidió, pero a ella no le importó. Por lo poco o lo mucho que conocía a los hombres, sabía que tardaría en olvidarse lo que costara encontrar a una sustituta.

Cuando ambos llegaron al fin al rancho McCoy, sanos y salvos, se encontraban bastante más descansados de lo que esperaban. No obstante, a pesar de su buen estado físico, cierto halo de tristeza les envolvía, pues haber tenido que dejar atrás a los niños era algo que ensombrecía el humor de Edlyn una y otra vez. Su empeño por quedarse entre los que denominaban su nueva familia había resultado ser una cuchillada en el corazón para ella, pero al final había que tenido que ceder y amoldarse a la nueva situación, con la promesa de que pronto volverían a verse.

Al llegar al rancho, y tras un incómodo recibimiento en el que Rose perdió la compostura —y Nathaniel no supo cómo actuar ante tal alarde de cariño—, cenaron algo, se asearon y se retiraron a descansar.

El rancho necesitaba mano de obra, y Nate recuperar su forma física.

Durante los días que siguieron, el chico, que se había marchado siendo un muchacho y regresado convertido en hombre, recuperó algo de su antiguo aspecto, aunque la tez morena y más oscurecida todavía por el sol no logró irse. Eso tampoco le importaba a Edlyn. Cada vez que le miraba, cada vez que observaba aquel rostro grave, anguloso y oscuro y este le sonreía, se recordaba a sí misma que aún había esperanza, que él había regresado de entre los muertos y, por tanto, todo era posible.

Ella volvió a vestirse de mujer y hasta se atrevió a volver a Fort Worth, pues necesitaba enviar una carta a Consuelo. Quería que vinieran al rancho, deseaba ver de nuevo al pequeño August, saber que se encontraba bien, y que Nate al fin le conociera.

Además, también necesitaba saber qué había ocurrido con Frank. Parecía imposible que hubiera vuelto viva, y estaba segura de que él se sentiría muy orgulloso de ella y de que se alegraría,

además, de que los niños estuvieran vivos.

Cuando la vio, Marybelle casi se desmaya.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás muy delgada! —le dijo asombrada, tapándose la boca por la sorpresa—. Pero, qué digo, aún así estás preciosa, con ese vestido de elegante dama...

—Bah, es un trapo viejo de la señora McCoy. Me lo he arreglado yo misma. ¿Cómo estás tú? ¿Y las chicas?

Ella se encogió de hombros. Las cosas en el *saloon* no cambiaban, pero era una rutina que la mujer adoraba. Sin embargo, según le contó, ella tampoco sabía nada de Frank. Una noche se marchó, la dejó sola... Y ya no regresó.

—Estoy tan preocupada, Ed... Ya sé que es habitual en él desaparecer de vez en cuando, pero es que esto no me da buena espina... El día en que él se marchó también desapareció el *sheriff*, y no se sabe nada de ninguno de los dos desde entonces. Es posible que esta vez sí debamos temernos lo peor.

Al escuchar aquello, la joven asintió con la cabeza. No quería pensarlo, no quería temerlo... Pero lo hacía. Si Frank estuviera vivo, ¿no habría regresado a su lado?

Aún así, se quitó ese mal presentimiento de encima. Ya volvería a ella cuando se enterara de todo. Estaba segura.

Mala hierba nunca muere, rezaba un dicho que le hizo sonreír.

No habría sonreído tanto de haber sabido cuán cierto era aquel dicho.

Y muy pronto lo iban a adivinar...

—La cena estaba sabrosa, Rose —agradeció ella. Quería ser educada con aquella mujer incluso aunque lo sintiera algo forzado, sabía cuánto lo apreciaba ella.

Desde el otro lado de la mesa, Nate le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. No era más que una comida exigua, lo poco que podían extraer de aquella tierra escasamente trabajada, pero cualquier cosa era de agradecer. Y aquel cambio en la actitud de Edlyn le llenaba de felicidad.

Durante esos días no habían hablado de matrimonio. Los habían dedicado a recuperarse y trabajar en el rancho, que buena falta le hacía, aunque lo cierto es que él no había querido tentar a la suerte acercándose demasiado a ella. La consideraba su mujer, pero luchaba contra la idea de acudir a su cama día tras día, noche tras noche, cada vez que se acostaba.

Luchaba contra las ganas de ir a su habitación y mandarlo todo al cuerno, porque era su mujer, porque no podía resistirlo más y porque hoy estaban juntos, quizá mañana fuera distinto.

Pero no lo hacía. En parte, porque temía que ella le metiera un balazo entre ceja y ceja, es cierto, pero también porque ella merecía volver a ser quien una vez fue, y él no quería ser el culpable de que perdiera esa oportunidad.

Aunque también jugaba cierto papel el hecho de que fuera un romántico empedernido, un estúpido caballero que hubiera preferido que fuera su esposa, con todas las de la ley. Era lo que ella merecía, al fin y al cabo.

No obstante, esa noche era distinta. No sabía por qué, pero le miraba demasiado, y esa sonrisa pícaro... Se estaba poniendo enfermo solo de pensar qué podría hacer con ella si continuaba mirándole así.

De hecho, continuó pensándolo mientras acudía a su cuarto y comenzaba a desprenderse de su ropa con parsimonia. Mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba de una silla, imaginaba que ella hacía lo mismo con su vestido, nudo a nudo, lazo a lazo...

Con la camisa desabrochada, se sentó en la cama e intentó controlar la respiración. Aquello era una tortura. Y además, era inútil resistirse. La quería, al diablo con las formalidades, al diablo con todo... Ya habían solicitado la licencia para el matrimonio, sería cuestión de días, como mucho un par de semanas, que pudieran al fin casarse.

Se levantó de la cama y, justo cuando iba a dirigirse a la puerta, ella la abrió y se detuvo allí mismo, a la entrada, con una sonrisa y una mirada traviesa.

Él reaccionó de inmediato: le devolvió aquella sonrisa y recorrió su cuerpo con una ávida mirada. La luz de la lámpara de aceite realzaba cada curva de su silueta, y antes de que hiciera el más mínimo movimiento, él cerró los ojos con fuerza y agachó la cabeza.

«Respira, tranquilízate y ten cuidado con ella», se advirtió a sí mismo.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella le miraba con una ceja levantada y los brazos en jarras.

—¿Te vas a quedar ahí quieto? —le increpó.

Y ese fue el pistoletazo de salida.

Recorrió la distancia que les separaba en dos enormes zancadas y la tomó con fuerza entre sus brazos para besarla con desesperación, con la pasión desbordada que había intentado doblegar durante tanto tiempo y que, al fin, había decidido liberar.

Ella le apretó contra sí. Aquel era el Nathaniel que tanto andaba buscando; el hombre atrevido, fuerte, el chico aventurero que una vez conoció. La alzó, abrazándola por debajo del trasero para levantarla del suelo, y ella apoyó los brazos en sus hombros para enredar sus dedos en la oscura cabellera de él.

Cómo había deseado que llegara aquel momento... Cómo lo habían deseado ambos.

Sus ávidos labios, entremezclados en un torbellino de roces y caricias, quedaron de repente quietos.

Un disparo.

Otro, seguido de un estruendo.

Una enorme luz.

Se separaron y se observaron durante un segundo, desorientados y confundidos, pero otro destello, esta vez más fuerte, volvió a llamar su atención.

Giraron la cabeza hacia donde provenía aquella claridad, y desde la ventana observaron algo que les dejó estupefactos: un fuego. Pero un fuego extraño...

Nate la bajó con cuidado al suelo y ambos se dirigieron a la ventana para observar qué era aquello.

Una cruz ardía, en llamas, allá abajo. Una cruz que había sido incendiada por un encapuchado que vestía de blanco, y que no iba solo.

Nathaniel ya había oído hablar de aquello, y no podía permitir que Edlyn supiera de qué iba todo aquello. Sabía que algún día podrían hacerles una visita...

—Quédate aquí. Ni se te ocurra bajar, ¿me oyes? —la amenazó. Después cayó en la cuenta de que amenazándola iba a conseguir totalmente lo contrario, así que la besó en los labios y continuó —: necesito que vigiles la casa. Que no entren, Edlyn. No les dejes entrar, protege a Rose, ¿de acuerdo?

Ella asintió y él se giró para coger el cinto con los revólveres y colocárselo mientras salía a toda prisa. Ella, a su vez, fue a su habitación a hacer lo propio.

Cuando Nate salió al porche, la cruz seguía ardiendo enfurecida. A él le pareció salida del mismísimo infierno, como las gentes que allí había reunidas. Las gentes que tenían a varios de sus jornaleros, todos ellos negros, asidos por el cuello con una soga y encañonados.

—Vaya, vaya, vaya... Al fin se digna a salir nuestro gran terrateniente —dijo una voz desconocida.

El encapuchado daba vueltas con su caballo en torno a la cruz y a los hombres que tenían cautivos mientras observaba al recién llegado.

—Qué es lo que queréis —respondió Nathaniel en un tono controlado.

—Vamos, tira el arma, McCoy... ¿qué crees que vas a conseguir? No durarías ni un asalto antes de que cualquiera de mis hombres te meta un tiro entre ceja y ceja, y seguro que unos cuantos negros de estos caen también contigo.

Nate soltó el fusil con el que le estaba apuntando, algo indeciso, y se reconfortó pensando en el revólver que había escondido bajo la camisa, en la parte de atrás del pantalón.

—¿Vais a decirme de una vez qué es lo que queréis? —fue la única y lacónica respuesta del interpelado.

El hombre rió.

—Verte sufrir, rata india.

Entonces hizo una señal a otro encapuchado y este tiró de la soga de uno de los jornaleros. Le arrastró hasta un árbol y pasó la cuerda por una de sus ramas. Nathaniel apretó los labios e intentó pensar con celeridad.

A su espalda, la puerta de la casa se abrió y Rose salió como una exhalación portando otro fusil con el que apuntaba a los visitantes.

—¡Marchaos de mi casa! ¡Fuera de aquí! —comenzó a gritarles a todos mientras daba vueltas por el patio.

—¡Rose! ¡Vuelve aquí! —le advirtió él, temiendo lo peor.

Corrió hacia ella, pero algunos de los hombres se interpusieron con sus caballos, bloqueándole el camino. Otros comenzaron a empujarla mientras se reían a carcajadas, y él intentó tirar de uno de ellos, desesperado por desviar la atención hacia él y que dejaran a su madrastra en paz.

Algún día descubriría quiénes eran, y entonces... entonces los mataría a todos. Gritó como un loco para intentar llamar la atención de esos cobardes, pero lo único que logró fue recibir una patada en la cara que le derribó al suelo. Los encapuchados formaron un círculo en torno a los dos, y Nate les escuchó reír al ver la sangre manar de su nariz.

—Si no dejáis a mi madre en paz, os juro que...

—¿Qué es lo que vas a jurar, indio de mierda? No estás en posición de jurar nada...

—Pero yo sí.

Todos se giraron y la vieron, allí parada, con dos revólveres en sendas manos. Y no tuvieron tiempo de reaccionar.

Disparó contra el líder, que cayó del caballo y se retorció de dolor en el suelo. Y continuó disparando contra aquellos hombres, derribando a unos, hiriendo a otros, mas eran tantos los visitantes que pronto las balas cruzaron en ambos sentidos.

Nathaniel tiró de Rose y se la llevó hacia la casa mientras intentaba protegerla cubriéndola con su propio cuerpo.

—¡Cogedla, coged a la chica! —gritó el líder, que había caído al suelo.

De repente, otro de los encapuchados espoleó a su caballo y se colocó delante de ella para protegerla de los disparos.

—¡Ese no era el trato! —rezongó al tiempo que empuñaba su revólver.

—Ya no hay trato, estúpido viejo.

Aquel hombre se quitó entonces la capucha para apuntar a la chica.

Ella no lo pudo ver con claridad, pero lo que sí pudo distinguir era que le faltaba un ojo.

El hombre que la protegía también se quitó la capucha.

Y a este sí le pudo ver. Le reconocería aunque hubieran pasado mil años.

—He dicho que a ella no la toquéis, podéis hacer con ellos lo que queráis, ¡pero a ella ni la miréis! —se impuso desde su caballo.

Parker rió. Y entonces disparó.

Y Nate, que ya había puesto a Rose a cubierto, desenfundó el revólver que llevaba a su espalda y se convirtió, de nuevo, en el sereno justiciero que llevaba dentro.

Parker se retorció en el suelo, pero él continuó disparando contra el resto de la banda. Estos, en cuanto fueron testigos de la caída de los líderes, huyeron despavoridos como cobardes. Como los cobardes encapuchados que eran.

Edlyn se acercó temblando a James. No podía creerlo: su padre, del que no había sabido nada en tanto tiempo... Que la había repudiado, que la odiaba, que no deseaba saber nada de ella... había arriesgado su vida por ella.

Yacía en el suelo, tiritando, perdiendo sangre que manaba copiosa del orificio de bala que tenía en el pecho. Se agachó junto a él.

—Padre... —le puso una mano en el pecho, sobre aquella túnica blanca que perdía poco a poco su color para tornarse por completo roja—. Padre, ¿por qué? ¿Por qué...?

Él la miró mientras se iba. Pero antes de marcharse, reunió las fuerzas suficientes para decirle unas últimas palabras... Unas que Edlyn jamás podría olvidar.

—Siempre te he querido...

Entonces los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas y su padre partió, al fin, junto a su adorada Eleanor.

Le observó durante un instante: aquella sombra delgada y de cabellos grises de quien un día fuera el apuesto James R. Fletcher parecía dormir en paz, pero ella sabía que era un hombre torturado. Lo sabía porque así se lo dijeron sus ojos.

Una extraña risa le sacó de sus pensamientos, y ella levantó la cabeza, alarmada.

De pie, junto al líder que se revolvía de dolor en el suelo, estaba Nate. Le apuntaba con el revólver intentando sonsacarle información, pero el hombre no hacía más que reír.

—No te he matado a ti, puta, pero al menos sí he acabado con ese amigo tuyo, y también con tu padre. Dos por uno... Ahora sí puedo irme tranquilo —y comenzó a reír de nuevo.

Su risa era una risa ahogada. La risa de un hombre que estaba a las puertas del infierno.

Y ella le iba a obligar a entrar en él a patadas.

Se levantó como alma que lleva el diablo, llegó hasta él, le puso una bota sobre el cuello y apretó y apretó, terminando de ahogarle.

—Edlyn... —susurró Nate, intentando agarrarla del brazo.

Ella le apartó de un manotazo.

—Nunca... volverás... a llamar... a una... mujer... puta —hizo hincapié en la última palabra al tiempo que ejercía más presión con su bota hasta que aquel miserable asesino dejó de sacudir los brazos y las piernas y quedó al fin inconsciente.

—¿Es él? —le preguntó Nathaniel.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que intentaba recuperar el aire que le faltaba de los pulmones. Hubiera escupido sobre su cabeza si hubiera sabido hacerlo, pero se quedó allí, mirándole con los labios apretados y los ojos rebosantes de rabia. Escoria inmundada...

Entonces, Nate hizo un gesto de comprensión con la cabeza. Levantó el revólver, apuntó a la

frente de Parker, y disparó sin titubear.

—Siempre hay que asegurarse de que estén bien muertos —dijo, mientras todavía le apuntaba con el revólver—. Que allá donde vayas, August no te deje descansar...

Su venganza había tomado forma al fin... Pero esperaba no ser él, sino su víctima, quien le atormentara por toda la eternidad.

Capítulo 27

La semilla de la felicidad

*E*dlyn se despertó algo desorientada.

Estaba acostada boca abajo y las sábanas se le pegaban a la cara, dejándole unas extrañas marcas rosadas que adivinó, gracias a la luz del sol, en el espejo de pie que había junto a la cama.

Y también a través del espejo de pie observó el cuerpo del hombre que la abrazaba.

El oscuro brazo aferraba la espalda de la muchacha con fuerza, y ella pensó que, quizá, estuviera soñando con que se perdían de nuevo. Tal y como ella lo había hecho.

Pero no, no habían vuelto a perderse, estaban allí, y estaban juntos. Al menos, se encontraban bien y eran felices. Algo que ella, durante un tiempo, no creyó que fuera posible.

Después de enterrar a James junto a las tumbas de su madre, su abuela y Bernarda, debajo de aquel fresno que adornaba el porche del antiguo rancho Fletcher, ella necesitó unos días de paz para reflexionar y asumir lo acontecido.

Su padre, en su locura, había fabricado ataúdes, sacado los cuerpos y los había enterrado de nuevo dentro de ellos... Volver a aquel lugar y enterarse de todo aquello la llenó de angustia.

Era ese tipo de tristeza que se te pega al cuerpo y ya no tiene ansias de marcharse, porque detrás de un motivo para estar triste te da otro... Porque Frank tampoco estaba con ellos ya, porque también le había perdido. La vida le había arrebatado a tantas personas... Ahora entendía por qué no había vuelto Frank a ella de nuevo, y por qué no lo haría nunca más. Le echaría tanto de menos...

Eso y el temor a no volver a ver a Anna y Charlie, convirtieron a la joven en una sombra oscura durante semanas. No calculaba el tiempo, tan solo se levantaba, intentaba desayunar y se marchaba junto a Nate a trabajar en el rancho. Sentir que la necesitaban, que era útil en algo, era lo único que le hacía despertar.

Recordó, también, aquel día en que estaba sentada en su escritorio, intentando reunir en un cuaderno sus memorias. No quería olvidar a sus seres queridos, y tampoco a los que creía no haber querido. Necesitaba plasmarlo todo, de alguna manera, para que aquellas personas cobraran vida de nuevo.

Además, era un domingo y los habitantes de White Settlement habían disfrutado de un día de descanso, y Edlyn lo odiaba.

Odiaba estar sentada allí, con su vestido rosa, convertida en algo que no era, observando la tinta negra en la que debía mojar la pluma. Lo odiaba porque le hacía pensar.

Nathaniel había tocado a la puerta con suavidad, pero al no obtener respuesta, entró sin decir nada y se arrodilló junto a ella. Le dio un suave beso en la mejilla y le dijo:

—Tengo una sorpresa para ti.

Para él era más fácil estar contento. Le observó, con aquel gesto pícaro en su rostro, y se preguntó si algún día tendrían la oportunidad de ser felices, de sentir la alegría de nuevo.

Quizás él sí, pero ella... Ella no lo veía tan sencillo.

Le tomó de la mano y bajó las escaleras junto a él. Cualquier cosa le parecía mejor que enfrentarse a aquel papel en blanco que parecía mirarle, acusador.

Y allí, en el recibidor, se topó con Consuelo, Manuel y el pequeño August.

Y entonces, como si de un milagro se tratase, Edlyn volvió a sonreír.

—¿Cómo...? —intentó preguntar embargada por la emoción.

Nate le apretó la mano.

—Bueno, no hacía falta que les invitara, estaban deseando venir, ¿verdad, Consuelo?

La mujer comenzó a reír a carcajadas, y el August observó a las dos mujeres y comenzó a hacer palmas, contento.

—¿Es que no vas a venir a darnos un abrazo, chiquilla?

Fue una locura. Les abrazó, rió, y hasta lloró de alegría. El niño la llenó de besos y abrazos, y a ella no le importó en absoluto. Les necesitaba. Necesitaba aquel destello de esperanza. La vida continuaba, al fin.

Tenerles en el rancho le ayudó a sobrellevar las nuevas pérdidas. Todos lloraron a Frank, es cierto, pero también sabían que ese era su destino, que de alguna forma él lo buscaba... Y estaban satisfechos porque, al fin, había sido vengado y ahora se encontraba allá, en alguna parte, junto a su querida Stella.

Poco a poco y con la ayuda del niño, la joven volvió a recuperar las ganas de vivir, de disfrutar el día a día. August la adoraba, y a pesar de ser tan pequeño, era increíble que todavía la recordara. Prefería estar con ella que con Consuelo, y aunque la mujer se ponía celosa y gritaba a los cuatro vientos que la vida estaba llena de desagradecidos, en el fondo se alegraba por que la muchacha tuviera algo que le devolviera la alegría de vivir.

Por su parte, Nate estaba tan contento de tener al pequeño allí y de que, además, ella le hubiera llamado August, que decidió acogerle en su seno y darle su apellido. Si aquel pequeñín juguetón era hijo de Edlyn, también lo sería de él. Jugaba y retozaba por el suelo con el niño y se distraía tanto con aquellas diabluras que en ocasiones, Rose se veía obligada a tomarles a los dos de las orejas para que se comportaran.

Y es que, al igual que las penas nunca vienen solas, las alegrías tampoco.

Gracias a Arthur Miller, que visitaba de vez en cuando el rancho para informarles sobre la situación con los Quahadi —aunque Edlyn se había percatado de que el hombre también lo hacía por ver a Rose—, se enteraron de que el jefe comanche se estaba recuperando de sus heridas, aunque no sin secuelas. Y también recibieron noticias de Anna, quien les envió una carta en donde les contaba lo feliz que era ayudando a su pueblo, y los avances de Charlie como pequeño cazador. Además, prometía visitarles pronto, ahora que Nobah parecía no necesitarla tanto, y les confesaba que había vuelto a hablarle de nuevo a Charlie de su familia blanca y que nadie le prohibía hacerlo, con lo que el niño comenzaba a aceptar aquella vida perdida.

La tribu comanche había conseguido su anhelada reserva e intentaría salir adelante en paz, y eso era un gran alivio para Edlyn, pues la seguridad de sus hermanos era lo que más le preocupaba.

Ahora, allí, tendida sobre la cama mientras pensaba en todo aquello y con el brazo de Nathaniel aferrándola por la espalda, volvió a sonreír. El cabello alborotado contrastaba, por su claridad, con la oscura piel de él. Aquello era algo que ella adoraba observar... Ese contraste extraño, tan atractivo.

Se dio la vuelta para mirarle; aun dormido continuaba frunciendo el ceño, preocupado. Estaba soñando.

Pasó los dedos, con delicadeza, por esas cejas oscuras en un intento de que se relajara... Él suavizó el gesto y, acto seguido, abrió los ojos para encontrarse con los de ella.

—Hola, mi amor —le susurró antes de moverse para darle un beso en los labios.

Aquella había sido, al fin, su primera noche juntos. La noche en que ella, gracias a las alegrías que le daba el pequeño August y a las noticias de su hermana, había sentido la semilla de la dicha brotar con fuerza en su interior. La noche en que quiso compartir su mejor versión con él.

Esa era su familia, la familia a la que ella debía proteger: su niño, su esposo... Y quizá, algún día, sus hermanos volvieran a ella. Sí, quizá lo hicieran, pero lo cierto era que les deseaba toda la felicidad, y si tenía que ser al lado de aquellas gentes, no podía interferir y causarles más daño.

Después del suave beso de buenos días, abrió de nuevo los ojos y le sonrió.

—Te quiero.

Nate alzó las cejas y pestañeó varias veces antes de sonreír.

—Espera... Creo que he oído algo extraño. Era un sonido muy raro, juraría que... pero no entiendo... —comenzó a bromear mientras ella reía y fingía querer atizarle con la mano.

Edlyn no era dada a expresar sus sentimientos y, a pesar de todo cuanto había acontecido entre ellos, todavía no había sido capaz de decirle cuánto le amaba. Pero él la conocía, y sabía que el miedo a perderle era el causante de todo.

Ese era precisamente el motivo por el que le restaba importancia: quería que le resultara fácil, que no se sintiera tan incómoda expresando esas palabras. Ya no le perdería, estarían siempre juntos, unidos. Quizá no siempre fueran felices, pero se tendrían el uno al otro, para lo bueno y para lo malo.

Cuando terminaron de reír y bromear, él volvió a tomarla entre sus brazos y se colocó encima de ella para observarla mejor mientras la acariciaba.

Era hermosa. Para él, era maravillosa, la mujer más bella y valiosa del mundo. La vida tranquila que había recuperado en el rancho había devuelto la suavidad a sus rasgos; ya no tenía siempre ese gesto de preocupación en el rostro, y sus labios parecían más llenos. Pasó los dedos por encima de ellos, acariciándolos, y se inclinó para rozarlos con los suyos. Ella se removió debajo de él, dispuesta a comenzar de nuevo con ese emocionante juego que hubieran estado practicando toda la noche. No se cansaba, necesitaba de él una y otra vez, todas las veces que se lo habían negado.

Nathaniel introdujo las manos por dentro del fino camisón de algodón que Edlyn llevaba puesto y subió por sus muslos, que abrió para él. Siguió besándola una y otra vez, incapaz de saciarse de sus labios. La boda se celebraría en una semana, pero ellos ya eran marido y mujer.

Ella ya se lo había demostrado la noche anterior al entregarse a él, con anhelo, y lo estaba haciendo ahora, al rodearle con las piernas y apretarle contra su cuerpo.

Nate le acarició los pechos, y ella suspiró, alzándose hacia él, ofreciéndose. Quería dárselo todo, quería crear una nueva vida junto a él, en paz. Se introdujo en su interior y ahogó un gemido. Ella le apretó con más fuerza y entrelazó los dedos en sus oscuros cabellos. Le miró a los ojos y se meció contra él.

—Dámelo todo —le exigió.

Y él, que tanto había soñado con ello, deseaba darle todo cuanto ella le pidiera. Lo deseaba, y se lo daría.

Durante toda la vida.

Epílogo

Nobah se puso en pie, no sin dificultad, y logró mantenerse erguido durante más tiempo del que había calculado en un principio.

La maldita herida de la pierna le había hecho sangrar de manera profusa, hasta tal punto que casi pierde la vida. Y si no lo hizo, fue gracias a Ta'by-yecht.

Cada día, cuando intentaba volver a caminar, se recordaba que, al menos, no estaba muerto... Aunque a veces sí deseara estarlo.

Porque, ¿qué era un guerrero si no podía luchar? ¿Qué era un guerrero Quahadi si no podía, siquiera, cazar?

Le habían arrancado la guerra de cuajo, negociado la paz sin su presencia... Le habían obligado a aceptarla, incluso aunque en su fuero interno él siempre la hubiera rechazado.

Nunca pretendió firmar la paz. Él quería pagarles a los blancos con la misma moneda... Pretender una paz y clavarles un cuchillo donde más les doliera, justo como ellos habían hecho con su pueblo.

Pero todo llegó así, de aquella manera... Y al final él se vio relegado a... nada.

Sí, a pesar de que le debía a la chica su curación, el odio contra esos usurpadores había continuado creciendo dentro de Nobah. El odio, la rabia, la desesperación... Incluso contra sí mismo, por sentirse inservible.

Se convirtió en un ser amargado, taciturno y devorado por el rencor.

Solo había una semilla dentro de él, una pequeña flor que temblaba perezosa y se desplazaba hacia la luz del sol cuando Ta'by-yecht llegaba hasta él. Porque ella era su sol: le cuidaba, le soportaba, le reconfortaba... Calmaba el dolor de su alma y de su cuerpo.

A esas alturas, él ya sabía que aquello debía ser lo que llamaban amor. Quería a la mujer en que se había convertido la que una vez fuera tan solo una niña débil y pecosa. La quería hasta tal punto, que consintió que su única esposa crease un hogar junto a otro guerrero, porque para él solo existía una persona con quien podría compartir su vida, y esa era Anna.

Incluso aunque el sentimiento no fuera correspondido.

Su serpiente interior se retorció de odio cuando ella no estaba, intentaba elucubrar maneras de vengarse, de recuperar su dignidad, de devolverle el orgullo a su pueblo... Pero cuando ella aparecía, ese animal se enroscaba sobre sí mismo y se quedaba dormido, escuchando, como apaciguado por el murmullo de los pájaros.

Estaban en paz. Su gente estaba en paz: nadie les atacaba, tenían sus tierras, sí... ¿Pero acaso no era eso mendigar por lo que era suyo? Ella le repetía una y otra vez que la mejor decisión era la rendición cuando se luchaba contra un gigante, que lo más noble era proteger a los niños, a las mujeres, a los ancianos... Luchar sí, pero por el futuro.

Y él intentaba creerlo, aunque dudaba que alguna vez lo hiciera. O al menos lo dudaba cuando ella no estaba cerca.

Consiguió dar un par de pasos y abrir las pieles del *tipi*. Era la primera vez que, por sí mismo, veía la luz del día... Esa luz que le había sido arrebatada durante tanto tiempo.

La luz del amanecer.

Pero ella se marchaba.

Se lo había dicho la noche anterior, y él no podía permitirlo.

No podía marcharse, no podía abandonarle... Y él no se quedaría ahí, recostado, esperando a que ella lo hiciera.

Le había dicho que regresaría, que tan solo quería visitar a su hermana, pero, ¿y si no lo hacía?

Tenía que verla antes de partir. Tenía que asegurarse de que volviera a él, de que le devolviera la fe.

Y sí, a la luz del amanecer, allí estaba ella.

Su Ta'by-yecht.

Ella le sonrió alegre mientras le saludaba con la mano. Iba montada a un caballo y llevaba un pequeño fardo atado al costado. Su cabello oscurecido brilló con los perezosos rayos del sol y, antes de partir, se giró de nuevo y se dirigió hacia él.

—Prométeme que cuidarás de mi hermano mientras no esté —le dijo en comanche, con semblante serio.

El asintió, solemne.

Lo haría con su propia vida, si fuera necesario. En su ausencia, lucharía por volver a ser el guerrero que una vez fue, por volver a ser merecedor de ella, por ser el guía fuerte y valeroso en quien todos se deseaban reflejar.

Ella sonrió de nuevo, tiró de las riendas del caballo y le hizo una señal con la mano: una señal de despedida.

—Hasta pronto, Nobah.

Y en su corazón, él supo que volvería a él. Que volvería con los suyos.

Y también supo que, cuando así lo hiciera, sería el mejor jefe de la paz que su tribu hubiera conocido jamás.

1. Hermana mayor en idioma comanche.

2. ¿Quién es?

© 2020, Lory Squire

Primera edición en este formato: abril de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-63-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.